

Meg Harris Williams

PRUEBA DE FE

NARRACION DE HORACIO

Hamlet en análisis

Traducido por Crispina Sanders

AGRADECIMIENTOS

Esta narración de la crisis de un adolescente se basa rigurosamente en la estructura emocional y estética del Hamlet de Shakespeare, y ha sido integramente supervisada desde el punto de vista psicoanalítico por el Dr Donald Meltzer.

OFELIA: ¡Oh, destronada ha quedado aquella mente noble!

De estudiante, cortesano y soldado, ojos, lengua y espada.

Esperanza y flor de la nación galana,

Espejo de la moda, modelo de elegancia,

De todos admirado, ¡destronado, derrocado!

[III. I. 152-156]

PERSONAJES

Dr David Horacio - psicoanalista

Antígona e Ismene Horacio - sus hijas

Claudio Dane - rico industrial

Gertrude Dane - su mujer

Hamlet Dane - estudiante de inglés en Cambridge

Professor Antony Polack - catedrático de inglés en la Universidad de Cambridge

Ofelia Polack - estudiante de música en esa universidad

Nando Polack - su hermano

Sra Forte - periodista

Forte - su hijo

Rosenfeld y Gildestein - estudiantes, amigos de Hamlet

INDICE

Agradecimientos, 1

Personajes, 2

Capítulo uno: El preludio, 6

A los 19 años Hamlet entra en análisis con el Dr Horacio que ve en él su delirio “tío-padre” y su soledad de hijo único.

Capítulo dos: El fantasma, 27

Sorprendido por el fuerte impacto de Ofelia sobre Hamlet tras el sueño del fantasma, Horacio empieza a trabajar la ambivalencia de Hamlet hacia las mujeres.

Capítulo tres: El príncipe, 41

Se aclara la ansiedad claustrofóbica de Hamlet en el contexto del cambio de casa de sus padres. Su ataque a “la verdad es belleza” como sistema de valores asociado con el Professor Polack, va a ser actuado en la puesta en escena del “Sueño de una noche de verano” sirviéndose de Ofelia como instrumento.

Capítulo cuatro: La ratonera, 56

El nadir: Hamlet ha conseguido hacer perder a Horacio las riendas de la transferencia analítica. Asombro de Horacio ante la noticia de que Ofelia está embarazada, pero gracias al sueño de la ratonera, que marca un momento decisivo, Horacio advierte la vulnerabilidad de Hamlet y de momento el análisis vuelve a su curso.

Capítulo cinco: La tumba

Horacio aclara las ansiedades subyacentes al tema del aborto de Ofelia y la relación de Hamlet con la familia Forte. Su recompensa es el sueño de la tumba y la renovada dependencia de Hamlet.

Capítulo seis: El cuento de invierno

Sin embargo Horacio no capta la profunda desesperanza de Hamlet en el subsiguiente periodo de depresión persecutoria y de sentimiento de culpa. El sueño del cuento de invierno, junto con la recuperación de Ofelia, le animan a cobrar nuevas esperanzas, que resultarán falsas.

Capítulo siete: La tempestad

Horacio no proporciona suficiente apoyo contra la auto-denigración de Hamlet en el sueño de la tempestad, sintiéndose luego extrañado y herido por la manera hipócrita de romper el análisis Hamlet.

Capítulo ocho: El rey y la reina

Rompiendo con su propia técnica analítica Horacio acude a una cena con los padres de Hamlet, y descubre que hay algo podrido en el estado de Dinamarca que a la vez refleja sus propios problemas personales. Primeras sospechas de que éstos pueden haber introducido interferencias en su relación con Hamlet.

Capítulo nueve: Ofelia en Colono

Desoyendo una vez más su propio juicio profesional, Horacio accede a mantener una consulta con Ofelia en la que se le confirma el efecto perturbador de su belleza sobre Hamlet, y además le queda claro hasta qué punto Hamlet desconoce la personalidad de ella. Aún así, Horacio sigue sin darse cuenta de su propia y total equivocación.

Capítulo diez: El sueño de Carrete

Desilusión de Horacio cuando Hamlet vuelve ocho años más tarde tras haber seguido el camino “Forte” del éxito intelectual. El sueño de Carrete explica la huida de Hamlet años atrás, y por fin Horacio empieza a entender su equivocación en el manejo del análisis.

Capítulo once: La lucha de Horacio

Mediante su sueño de Gertrude y Ofelia Horacio ve por fin claro su error. Hilando hilos de su vida personal y del análisis de Hamlet, y al aceptar la mútua interferencia entre éstos, el “viejo romántico” está en situación de pasar revista a su propia historia.

Apéndice

Índice de sueños

PRUEBA DE FE:
LA HISTORIA DE HORACIO

CAPITULO UNO

El prelude

Mi buen Horacio, vejado quedará mi nombre
Si estos hechos no se dan a conocer.
Si alguna vez en tu corazón estuve,
Absténte aún del reposo ansiado,
Y sigue respirando con dolor en este mundo cruel
Para poder contar mi historia
[V. ii. 349-354]

Noviembre 1981

Abierto por donde yo le había dejado aquel domingo por la tarde antes de sacar al perro a dar su paseo, estaba ese interesante libro del melancólico joven danés con sus espirales de frases fascinantemente concatenadas. La mesa redonda al lado de la ventana es donde más me gusta sentarme a leer. Como se hacía ya de noche fui a correr las cortinas según es mi costumbre, ya que mi casa, en una hilera de casas estrechas adosadas, contiene también mi consultorio y no pocos de mis pacientes viven en las cercanías. Al pasar cerca de la mesa me di un torpe golpe en el brazo derecho que tenía aún escayolado por un absurdo y doloroso accidente de la noche anterior. La luz que salía de las dos ventanas largas y estrechas saltaba por encima del hueco de bajada al sótano y estallaba contra la losas mojadas de la acera, estrecha y desigual como todas las del centro viejo de Hampstead, alcanzando hasta el lugar donde las raíces de los árboles pujaban entre las losas. Al cerrar las cortinas, por los espacios cuadrados que

quedaban así iluminados, vi pasar deprisa en dirección al centro del pueblo una mujer joven con zapatos grandes de deporte. Había disminuido un poco la fuerza del temporal que nos azotaba desde hacía dos semanas, pero en la oscuridad del final de la calle donde se juntan los árboles y la esplanada de la entrada del parque se oía aún bramar la tormenta en las ramas.

Desde que empecé a vivir solo me había convertido en un lector voraz. Me imaginaba a Kierkegaard, que se había comparado a sí mismo con el Hamlet de Shakespeare, subiendo y bajando las aceras lisas de Copenhagen, espionando a Regina (su Ofelia) a modo de estrategia compulsiva para conseguir separarse de ella. (También Elsinore era llano y liso - sus acantilados y abismos, enloquecedores, pertenecían a la topografía de la mente, no de la tierra). “Si hubiera tenido fé no habría abandonado a Regina.” ¡Una gran intuición! La traducción de esa frase me había estado dando vueltas en la cabeza mientras paseaba al perro esa tarde, y en el aire frío y húmedo la había sentido como si me calentara por dentro como un vaso de vino. Para el lector ocasional, cuyo hambre por la verdad sólida no le ha llevado aún a lanzarse sobre una frase así como si de una presa se tratara, puede que parezca - como ‘la verdad es belleza’ de la Urna griega de Keats- un tópico manido, carente de significado, una disculpa romántica, la capitulación ante lo que resulta socialmente aceptable, como “El matrimonio te va bien a ti”.

Sigue respirando con dolor en este mundo cruel

Para poder contar mi historia

[V. ii. 353-354]

Recordaba de nuevo esas palabras. Habían transcurrido ya ocho años desde el análisis de mi Hamlet pero sólo una semana desde la última vez que le vi. En esos ocho años la sociedad, el mundo, mi vida personal habían cambiado; Hamlet ya no era el joven príncipe huraño y rebelde que me había cautivado, ahora era un pilar de la sociedad, no era un psicoanalista pero no andaba muy lejos: era un omnipotente analista social. Sin duda esa ruta satisfacía sus deseos de trabajo apostólico sin ir

directamente contra mí. ¿Pero por qué le había parecido necesario escoger precisamente ese camino? ¿Por qué tanta urgencia, por qué esa debilidad? ¿Qué había ocurrido desde aquel intenso aunque breve periodo de análisis conmigo? Interrumpido prematuramente antes del año, había quedado suspendido en mi memoria como una larva, sirviendo (pensé yo siempre) a través del reducido beneficio que pudimos lograr, para mantener viva su capacidad de visión, hasta que se diera cuenta de que necesitaba volver.

Mi perro, un viejo montañés del Pirineo de pelazo largo y blanco golpeaba con el rabo la alfombra china y esparcía hojarasca húmeda sobre los listones encerados de mi elegante salita. Me llegaron a la memoria con nitidez escenas de hacia 10 o 12 años, otra vida, cuando esos listones estaban cubiertos con una moqueta barata que absorbía la algarabía y los ruidos de nuestras dos hijas a las que Beatrice contenía con ruegos de : “Calladas, que papá está trabajando abajo”. El fantasma del sótano, porque mi consultorio queda justo debajo. Mis preocupaciones por las interrupciones en mi trabajo eran ahora muy diferentes. Diferente también mi preocupación por mis hijas. (Estaba aún de malísimo humor por los acontecimientos de la noche anterior en el restaurante, enfadado más que deprimido). ¿Cómo había sucedido que lo que había sido una gozosa relación de amor con el psicoanálisis se había convertido en una especie de esclavitud (adicción lo llamaba mi hija)? Ocho años esperé, ¿a qué? ¿A que volviera Hamlet a recomenzar nuestro trabajo, que ahora veía que no iba a ocurrir? ¡Qué desperdicio, qué futilidad! ¿Pero por qué me afectaba tanto la historia de Hamlet, sus amigos y su familia? Durante toda la semana anterior se habían destapado en mí sentimientos y asociaciones centrados en torno a ese análisis abortado, haciendo de él el foco de mi descontento en la vida, la fuente de mi propia rabia hacia mi familia. ¿Representaba Hamlet la personificación de mis ambiciones de juventud? El era un joven muy diferente de lo que había sido yo veinte años atrás, y tampoco era mi primer ‘hijo’ analítico, pero sin embargo en su relación con su madre y con Ofelia yo veía reflejos y semejanzas de la desintegración de mi relación con mi mujer. ¿Cómo me había herido descubrir que Beatrice me había sido infiel! ¡Qué ira! Yo hubiera sido

incapaz de serle infiel. También ella había cambiado, igual que Hamlet, y perdido su fé en mí.

Respira con dolor... Apoyé el brazo roto encima del libro que estaba aún en la mesa bajo el círculo de luz de la lámpara, y con esfuerzo conseguí abrir una botella de vino mientras pensaba que de algún modo el sufrimiento de la historia de Hamlet era también mi dolor, el de mi historia. Necesitaba entender el uno a través del otro para poder avanzar en la comprensión de mi desdicha. “¿Qué es la fé, después de todo, sino meramente la fuerza de someterse a una vivencia apasionada, de acercarse a lo desconocido -como dijo Kierkegaard- “con miedo y temblando”? Mi padre, el bondadoso rabino, me había educado en el resplandor de su fé, que no era un refugio de certidumbre sino un ejemplo de tolerancia de la incertidumbre gracias a la bondad espiritual. Era él quien me había dicho:

Los tres sustitutos
De la fé, en el amor,
Son la memoria, la esperanza
Y la muerte repentina ¹

Mi profesión tiene también su credo, sus artículos de fé. ¿No me comprometí yo a recibir la terrible fuerza de la emoción que los objetos internos del paciente transfieren, con su burda exageración de los atributos del analista, agigantado o endiosado? ¿Y al hacerlo, aceptar igualmente el equivalente poder de la contratransferencia evocada, es decir: la responsabilidad paterna o el sentido de responsabilidad, que me permite ver en el paciente al niño, incluso al bebé? Lo había prometido; había prestado mi adherencia a ese artículo de fé: requisito para que pueda operar la imaginación psicoanalítica. Pensé en algunos de los modos más conocidos de romper con la fé en la verdad de la imaginación en nuestra profesión: cobrar precios desorbitados, exaltar el sentido común, afiliarse a la Policía de la Calidad - nuestra

¹ “Fe y Amor” poema de Roland Harris

versión moderna consumista de la Policía del Pensamiento. No me sentía culpable de esos errores, pero había otras traiciones más íntimas y sutiles : evasiones, maneras de cubrir la verdad con un poco de brillo, de hacerla más suave. ¿Había habido eso en mi manejo del análisis de Hamlet, algo que podría haber contribuido a su presente regresión? Yo sabía que había cometido errores, había sido lento en reconocer el significado de sus cambios y variaciones típicos de la mente adolescente. Pero el método tiene eso en cuenta; antes de llegar a entender una configuración, ha aparecido ya sin ser notada en múltiples ocasiones. Después de todo el analista sigue muy de lejos el inconsciente del paciente. La mirada retrospectiva es la esencia misma del método psicoanalítico. ¿Qué puede uno responder a la queja de “¿por qué no me lo dijiste antes”? Nuestras ideas son ya viejas cuando por fin encuentran voz. No hay por qué avergonzarse, esa es la única posición correcta, válida, es lo que pide el método. Y yo nunca he vacilado en mi fidelidad al método. Hay que tener fé en él y seguir su dictado ¿Cabía aquí posibilidad alguna de duda?

Empecé a sentir el pulso del vino por mis venas, ese vino, el vino celestial que decía Keats, la re-digestión de nuestras más etéreas ruminaciones sobre la tierra. Hamlet había partido para siempre. En su ausencia yo tenía que contentarme con escrutar su historia, sin otra compañía que yo mismo para digerirla. Pilato, como bromista que era, no esperó a oír la respuesta, pero quizá a mí después de ocho años la verdad me estaba esperando envuelta en la historia de Hamlet, ese viaje de rememoración que estaba a punto de emprender. Y ya en la formulación de mi tarea podía vislumbrar la posibilidad de un dolor diferente al concluirlo, el dolor gozoso de comprender.

Dejadme decir a quienes aún lo ignoren

Cómo estas cosas acaecieron.

[V. ii. 384-385]

Julio 1973

Hamlet, hijo único de padres burgueses acomodados, llegó a mi consulta poco después de cumplir sus diecinueve años porque en casa era “imposible”: grosero y agresivo en su conducta. Su malestar se manifestaba a veces en estados de extremo distanciamiento durante los que se pasaba horas escribiendo en su diario por las noches, y durmiendo casi todo el día, sin hacer caso alguno de quien estuviera en casa. Otras veces ese estado de incomunicación se manifestaba en gritos, empujones a los muebles, etc.

Una noche se cerró por dentro en casa y sus padres tuvieron que llamar a la policía para que les abrieran. Todo esto empezó al volver de vacaciones tras su primer año de Inglés en Cambridge.

* * *

Yo conocía superficialmente a los padres de Hamlet. Su madre era una mujer elegante y cultivada de origen francés, de líquidos ojos oscuros y fama de excelente cocinera y anfitriona de fiestas frecuentadas por los intelectuales de Hampstead. Se decía que ayudaba a artistas y escritores jóvenes y que tenía una especie de salón literario. Su padre era un industrial: un tipo alto, de ojos verdes y suaves, y boca sensual y melancólica. Cuando le vi esta vez, con motivo del tratamiento de Hamlet, me pareció cansado y un poco encogido, su mujer sin embargo me pareció más bella que de costumbre. Su preocupación por Hamlet, me dijeron, se agudizaba porque no entendían qué pasaba, ya que aunque eran conscientes de la existencia en los jóvenes de rebeliones, negativismo y hasta depresiones, no había en Hamlet ninguna razón para ello. Era como si se hubiera convertido en un extraño. Su hostilidad parecía dirigida especialmente contra su padre, a quien había estado muy unido de pequeño.

“Cada vez que se cruza con él en la escalera, o donde sea (ya no come con nosotros, sabe usted)”, me explicó su madre, “ le dice ‘¿Cómo vamos tío?’, o le hace un gesto grosero con los dedos. Y va en serio, es muy desagradable. Después de una temporada de portarse así, le dije que ya bastaba, que estábamos hartos de bromas

infantiles y sin gusto. Me echó una mirada que no puedo ni describir: salvaje, de maldad, de verdadero odio. Fue horrible.”

Mientras ella hablaba, en la cara de Claudio había una mueca de dolor. Luego añadió: “Y lleva ya bastante tiempo insultando a su padre, le acusa de ser bebedor - a veces en público, abiertamente o con indirectas. Lo cual es absurdo, Claudio bebe cuando está con gente, como todo el mundo.”

“Pero parece que tenemos más compromisos sociales que la mayoría de la gente”, dijo Claudio con sequedad.

“Ni más ni menos que lo inevitable, dada tu posición y tus obligaciones” le contestó su mujer en tono un poco defensivo, y luego, dirigiéndose a mí, me explicó que están intentado disminuir el número de invitaciones porque Claudio tuvo una cardiopatía el invierno pasado. Yo pregunté si parecía haberle afectado a Hamlet.

“Al contrario” dijo su padre, “más bien lo usó para preocuparnos más.” Pasó luego a explicar su postura como padre: que no era un padre dominante, y que nunca había forzado a Hamlet a hacer nada que no quisiera, ni le había pedido nada que no fuera razonable.

“Tiene usted que entender, doctor Horacio,” dijo en tono afligido, “que nosotros no somos padres ambiciosos, o que empujen a su hijo en una dirección que no le vaya bien a él. No hay razones para que se vuelva contra nosotros.”

“Es cierto”, corroboró su esposa, “lo único que queremos es que él logre sus ambiciones en la vida. Si quisiera ser escritor, por ejemplo, nos parecería perfectamente bien.”

“Yo sé bien lo que es tener presión de los padres”, continuó Claudio. “Es cierto que en algún momento creí que un día me seguiría en el negocio. Pero cuando se vió claro que lo suyo no era eso, nunca intenté forzarle. Quedé decepcionado claro está . Es un chico inteligente, lo sabemos - sus profesores siempre han puesto grandes esperanzas en él. El catedrático de Cambridge dice que es uno de sus más prometedores alumnos.”

Novias, ¿qué hay de eso? pregunté. Su madre se animó: “A mí sí que me parecía que podía tener algo que ver con una novia”, dijo. “Aunque a decir verdad él nunca ha traído ninguna a casa. Pero pensé que en su diario encontraría alguna pista - no cesa de escribir con avidez desde que volvió; pero lo tiene guardado bajo llave. Y, bueno, me pareció ridículo. Es demasiado mayor para que le saquemos los secretos a la fuerza, ¿de qué serviría? No, pensé yo, si no tiene confianza para hablarme directamente mejor será que le busquemos a una persona con quien hablar.”

Claudio asintió. “A Gertrude le parece que necesita desahogarse, ¿entiende? delante de otra persona, no simplemente con nosotros.” Y añadió casi furtivamente “¿Cree usted que se puede hacer algo con él, quiero decir, por él?”

Dije que me parecía que sí. Los síntomas de Hamlet sonaban exagerados pero característicos de la adolescencia.

“Un tipo de locura normal, ¿quiere usted decir?” dijo Claudio, “¿que requiere el reajuste de los valores del resto de la gente, relativamente hablando? ¡Es lo que yo solía decir a mi padre!”

Quizá fuera en grado más que en tipo en lo que se pasaba de los límites de lo “normal”, dije yo. Hasta que no le conociera y viera cómo tomaba la idea de trabajar con el método psicoanalítico me sería muy difícil expresar una opinión. Saqué mi agenda y ví que le podía ofrecer tres sesiones por semana a partir de setiembre. Ellos pusieron cara de asombro. Me disculpé por no poder ofrecer más pero les advertí que a Hamlet le resultaría difícil venir desde Cambridge durante el trimestre con más frecuencia (podría venir por ejemplo un día de semana por la tarde, y un sábado y un lunes de mañana), y añadí que en cualquier caso es difícil conseguir que los adolescentes asistan a más de 2 o 3 sesiones a la semana.

“Es que habíamos pensado que quizá usted pudiera ver qué es lo que le pasa antes de que vuelva a la universidad”, confesó la madre. Ahora me tocaba a mí expresar mi asombro. Sea cual fuere el problema que tenía, dije, requeriría algo más que un mero diagnóstico. Gertrude sonrió disculpándose y dijo, “Tiene usted razón,

doctor Horacio, somos demasiado impacientes. El psicoanálisis no es una cura instantánea. Por eso funciona, ¿no es así?”

Desafortunadamente, añadí, nunca existía garantía de cura. Incluso el concepto de cura carecía de la validez que había tenido en otros tiempos. Pero la adolescencia era un periodo de turbulencia y dinamismo y yo tenía esperanzas. Claudio preguntó si recibiría informes con regularidad, y le expliqué que no era normalmente apropiado, que iba en detrimento de la relación analítica que el chico continuamente se sintiera objeto de discusión a espaldas suyas; que el analista tenía que ser visto como una figura independiente. “Comprendo”, dijo Claudio con una risa pícaro, “lo único que nos toca hacer es pagar la cuenta mensual.” Estaba claro que se sentía aliviado de que otra persona estuviera dispuesta a tomarse los problemas de su hijo en serio. Gertrude le había echado una mirada de desaprobación y dijo que había aún una cosa que a ella le preocupaba: Hamlet estaba planeando irse en un largo viaje a la India en verano, ¿estaba en condiciones? La noticia me inquietó, y pregunté si había manifestado cualquier otro problema de conducta fuera de casa - en la universidad, por ejemplo.

“Que nosotros sepamos no”, dijo el padre; “y conocemos bastante bien a su tutor. Estoy seguro de que nos hubiera comunicado cualquiera cosa que él hubiera notado. Lo único que dice es lo contento que está con el progreso de Hamlet, con Hamlet en términos generales.” Y con triste ironía añadió, “Hamlet es la niña de sus ojos.”

En ese caso, contesté (sin mucha esperanza), será de suponer que irá ; pensé que sería imposible detenerle- ¿iba a ir solo?

“No”, dijo Gertrude, “va a ir con un amigo que conoce desde hace mucho tiempo - el hijo del catedrático Polack, su tutor. El es un poco mayor que Hamlet, y ya ha estado allí antes. Aunque a decir verdad, yo no diría que sea más responsable.”

“No les va a pasar nada”, dijo Claudio con decisión. “Y a él le vendrá bien.”

Después de irse los Danes, me quedé pensando en la fuerte atracción de sus cualidades personales: su humildad, su espíritu abierto. Era la primera vez que hablaba

personalmente con ellos, aunque también yo había asistido a sus fiestas y había quedado impresionado por el brillo del ambiente, su cultura, su buen gusto, su estilo y su riqueza. Yo era indudablemente más joven que la mayoría de los psicoanalistas con quienes ellos tenían trato, pero instintivamente sentí que habían elegido una persona dispuesta a responder al reto de su problemático hijo. Era un hecho curioso, pensé (y no por primera vez) que incluso los hijos de padres de gran sensibilidad y dedicación, y educados en condiciones privilegiadas, no eran inmunes a los trastornos psicológicos.

La entrevista preliminar con Hamlet tuvo lugar antes de las vacaciones de verano. Era uno de esos adolescentes que obviamente están incómodos: llegó a mi casa en Flask Walk en una bici que dejó apoyada contra las rejas de la ventana del semisótano donde está mi consultorio. Bajó las escaleras de un salto y llamó al timbre. Como era justo la hora le hice pasar directamente y se sentó en la silla que hay en el rincón del consultorio, desde donde podía vigilar a la vez su bici, el diván y a mí. Me llamó la atención su parecido con la madre - era una versión angulosa y lánguida de su serena y elegante figura, con los mismos ojos oscuros, aunque los de él estaban semiocultos por mechadas de pelo largo y grasiento. Parapetado en su silla me lanzó miradas de lince durante un par de minutos.

“Supongo que me va a decir que no me puede psicoanalizar si no me tumbo en el diván”, empezó diciendo. “Pues lo siento mucho pero no me voy a tumbar, porque no hay cosa que me parezca más ridícula.”

Le tranquilicé diciendo que se trataba solamente de una entrevista inicial y que no había prisa para usar el diván hasta que él no estuviera listo. Que la función del diván era la de ayudarlo a concentrar pensamientos y asociaciones sin la distracción de mirar al analista. Le di mi explicación usual de mi manera de trabajar con el método psicoanalítico, la disciplina de la rutina, el encuadre, las sesiones de 50 minutos, etc: la importancia de procurar ser sincero al relatar lo que le pase por la mente durante la sesión por absurdo que parezca, en lugar de amontonar cosas para contarme fuera de sesión; y sobre todo la importancia de tratar de recordar sus sueños. Al decir yo esto una ola de pánico pareció nublarle los ojos por debajo de las mechadas, me aseguró que

él no soñaba y que de ninguna manera recordaba los sueños. “Y respecto a lo de decirle a usted todo lo que me pase por la cabeza cuando estoy aquí sentado, me parece la cosa más aburrida del mundo. Sería como intentar escribir un ensayo sin pensar, simplemente garabateando una palabra tras otra.”

En la práctica, le dije, vería que sólo se le ocurrirían cosas que son relevantes en la situación analítica (es decir, en la situación emotiva). Que esa es la belleza del método. Que lo único que le pedía yo es que las narrara sinceramente.

Se separó una mecha de un ojo y me miró intensamente: “Usted es de verdad raro”, me dijo. “Qué idea tan extraña - decir que un método es bello - incluso si fuera un método, que a mí no me lo parece. Desde luego no un método científico.”

Le comenté que, inevitablemente, eso era algo que sólo llegaría a entender con la experiencia. Pareció un poco herido por este reproche mío y me dijo en tono condescendiente:

“Se dará usted cuenta pronto de que yo sé más de este asunto que mi tío. A él no le ha interesado nunca, hasta ahora que se le ha ocurrido mandarme aquí. Está desesperado por librarse de mí, ¿entiende? De hecho fui yo quien le metió la idea en la cabeza”, dijo con aire provocativo. “Estoy interesado en ampliar mis ideas.”

Hizo una pausa, y me fijó la vista como para dar efecto. Qué era eso de su “tío” le pregunté.

“El tío Claudio, claro está”, dijo como quitando importancia, pero con mirada penetrante y desafiante. “Se han conocido, ¿no?”

“Ah ya”, dije yo, y le pedí que me dijera qué sabía sobre el psicoanálisis.

“Bueno”, empezó, “He leído bastante para empezar - introducciones a varias escuelas y otras cosas- tengo una lista de libros recomendados por mi director de estudios, que está muy metido en el tema. Eso es a modo de base, claro está. Y luego tengo un par de amigos que se han psicoanalizado. Rosenfeld está aún trabajando sus complejos: tuvo una infancia terrible, sus padres se le quitaron de encima y le plantaron en un colegio. Solía venir a la sala de prefectos a la hora de comer, después de su sesión, y nos contaba sus nuevos descubrimientos sobre lo que sus padres habían

hecho a sus procesos primarios antes de la aparición de la memoria consciente. El suyo era un análisis freudiano, pero el de Gildstein, mi otro amigo, era kleiniano, o sea que tuve oportunidad de comparar. La madre de Gildstein es psicoanalista, de modo que él tuvo análisis profiláctico de muy joven, para que no lo cogiera de más mayor. Los kleinianos están por la prevención más que la cura ¿no? ¿usted es kleiniano?”

Bajo esa capa de ingenuidad (que yo no podía decir si era real o fingida), daba la impresión de un gato esperando a saltar sobre la presa. Me dí cuenta de que tendría que andarme con cuidado con este chico ansioso de saber. Le señalé que lo que le habían contado sus amigos entraba en la categoría de comentarios (o “información de base” como lo llamaba él), y que quizá viera que su propia experiencia iba a ser bastante diferente. Y ya que había hecho indagaciones sobre mí, ¿qué más había descubierto? le pregunté.

“Es usted autor de trabajos científicos, ¿no?” contestó en seguida. (¡Ay de mí! me dije). Le pregunté si había leído alguno de ellos. “Bueno, a medias. La verdad es que su estilo no me impresionó mucho - demasiada jerga. Y algunas de sus ideas están un poco pasadas, pero, vamos, estaba bien” (dijo, a la vez que tamborileaba con los dedos en su rodilla). “Pero me sorprende que la gente sobre la que escribe le den permiso para exponer sus secretos en público de ese modo.”

Me pareció que estaba convencido de que yo iba a escribir un “trabajo científico” sobre él, y que eso le ponía nervioso. Le expliqué que ese tipo de trabajos se escribían para otros colegas, que no eran ni muy inteligibles ni de amplia circulación, y que se protegía la identidad de los pacientes mediante el cambio de nombres y otros detalles.

“¡Nombres! ¿Qué hay en un nombre?” exclamó con desdén, como si yo fuera un conocido cualquiera o tremendamente crédulo. “Con los padres que yo tengo, no le sería a usted posible escribir nada sobre mí sin que todo el mundo supiera exactamente de quien se trata. ‘Ah sí, el chico de los Danes’ comentarán entre whisky y whisky, ‘lleva algún tiempo con el doctor Horacio; y resulta que el problema que tiene es que... Bla, bla, bla.’”

Vislumbré ahí tempranos destellos de la grandiosidad, en esa manera de buscar la atención de la gente, que resultaría ser más tarde el problema central de su análisis; y ya en esos momentos me preocupó. Para diluir la tensión le expliqué que existe otra protección más sutil, basada en la naturaleza misma de la relación psicoanalítica y en la “contratransferencia” del analista que recibe los sentimientos del paciente, lo cual significa que inevitablemente el analista escribe siempre desde un punto de vista subjetivo, y esencialmente, sobre sí mismo. Me escuchó con una media sonrisa.

“Ah, muy bien, me gusta, resbaladizo como un pez. O sea que nadie descubre el secreto después de todo.”

Se trataba más bien, le dije, de que la idea de que había un “secreto” era equivocada, y que era más correcto pensar que la mente “contiene misterios”, en lugar de “esconder secretos”.

“¿Ah sí?” dijo con aire burlón, y desconfiado. “¿No será usted religioso o algo así, verdad?”

El método psicoanalítico está ideado, le dije, para centrarse en lo que ocurre en la mente - pensamientos, sentimientos y la organización e interacción de las figuras u objetos internos, y que por ser éstos difíciles de observar y entender, nos servimos de los sueños para “decir la verdad” de una situación interna.

“No entiendo cómo puede el psicoanálisis curar si ni siquiera puede averiguar qué es lo que va mal”, dijo, “lo llame usted secreto o misterio.”

Acepté que quizá fuera mejor definir nuestra meta como observación, clarificación y comprensión, más que “curación”. Se quedó pensando unos momentos y concluyó que eso era precisamente a lo que había venido, no a curarse (puesto que no le pasaba nada) sino a “investigar su misterio interno.”

Cuando salía por la puerta, al ver que yo le extendía la mano, me dió un apretón rápido y nervioso. Esa primera entrevista se me quedó muy grabada. Me afectó su apremio por “investigarse” a sí mismo y su disposición a verme a mí casi inmediatamente como alguien de quien podía depender de un modo infantil. Casi sin

conocerme había estado dispuesto a adoptarme como el amigo verdadero que evidentemente no tenía. Estaba claro que él había motivado a sus padres a buscarle analista. Pero también me preocupaba una cierta fijación en su actitud: tenía una idea previa de mi función como analista y de cómo le iba a ayudar yo; y principalmente la confusión sobre su “tío-padre” tenía la estructura fija de un delirio, con su consecuente peligro de incipiente esquizofrenia.

A su primera sesión dos meses más tarde Hamlet llegó en bici, igual que la primera vez, y entró en el consultorio con aire rápido y ocupado. Llevaba una camisa india azul, vaqueros con remiendos y sandalias. Se había dejado barba. Echó una mirada alrededor y me saludó con un gesto de la cabeza, como si mi presencia en aquella habitación fuera algo fortuito, un mero accidente, cosas que ocurren en los viajes. Y luego, lo cual me sorprendió un tanto, se tiró en el diván y empezó a hablar, con mucha animación y moviendo los brazos, sobre la gente y los sucesos de sus vacaciones de verano. Había ido a la India con su amigo Nando (“Ferdinand –es que su padre es italiano”) y el relato de sus viajes (que en seguida me di cuenta de que yo no era el primero en escuchar) se iba adornando e idealizando cada vez que lo contaba, aunque sí que incluía una semana en cama con diarrea aguda y en el camino de vuelta dos noches en una cárcel turca por sospecha de traficar en drogas. Y esto lo contaba como si hubiera sido el zenit de una gira de príncipe y su regreso se esperara con impaciencia.

“Rosenfeld y Gildstein también han vuelto”, en tono cargado de significado y girando hacia un lado la cabeza como si estuviera contemplando a su entera corte rodeándole. (Ni qué decir tiene que yo apenas me acordaba de quien podrían ser Rosenfeld y Gildstein).

Ya no había en Hamlet el aire de torpeza y susceptibilidad de nuestra primera entrevista, pero también habían desaparecido aquellos breves momentos de contacto emocional. Me pareció que quería que yo notara esa nueva actitud suya de hombre de mundo; y como me distraje pensando en esto interrumpió su relato acusándome de que no le escuchaba.

“Supongo que lo único que le interesa a usted es mi vida sexual”, dijo con aire provocador.

Le contesté que querría saber un poco más de su amigo Nando, ¿hacía mucho que le conocía?

“Desde siempre”. dijo bostezando. “El era el capitán de rugby en el colegio - era un año mayor que yo. Sí, y se las da de gran conquistador - ya lo ha adivinado usted. Pero es buena persona y estuvo bien ir de viaje con él, no es de los que te dejan en la estacada.” (Primera indicación de que quizá hubo “estacadas”.) “Está metido en en la meditación trascendental y cosas de esas. Se ha ido de su casa y ahora vive con unos amigos en Islington. Su padre es mi supervisor en Cambridge - aunque cuesta creer que Nando sea hijo de un genio intelectual.”

El genio intelectual, el catedrático Polack, iba a figurar muy a menudo en el análisis, al igual que los otros miembros de la familia Polack. La relación homosexual que Hamlet había tenido con Nando en época del colegio dio paso a un intenso affaire con Ofelia, la hermana de Nando. Supe entonces que Hamlet conocía a la familia desde la infancia, que él y Nando habían estado de pensionistas en el mismo colegio, y que Nando siguió viviendo allí después de mudarse a Cambridge su padre y su hermana. De su primer año en la universidad Hamlet había sacado una profunda admiración por el catedrático, y por lo que parecía, el sentimiento era mutuo. Me contó también la “asombrosa” historia de la llegada de Polack a Inglaterra como judío italiano cuyo padre- apellidado Polaco - había tenido un puesto político alto antes de la guerra. Al empezar ésta toda su familia murió en los campos de concentración, y sólo sobrevivió él porque le ayudó a escapar una chica inglesa, primero en una carreta de bueyes, luego en la camioneta de unos guardias y por fin en la bodega de un barco pesquero, hasta llegar a Inglaterra donde se casó con la chica. Ella murió cuando los hijos eran muy pequeños y Polack los crió solo, y según Hamlet, con heroísmo y absoluta dedicación a su educación.

“Le costó una verdadera fortuna tener a Nando en el colegio¿sabe? Y a Ofelia le dio una fabulosa educación musical; ella toca el violoncelo y un montón de

instrumentos musicales medievales. En realidad si lo piensas bien”, continuó, “los dos chicos han recibido más atención que la que mis padres me han dado a mí.”

Sorprendente salida, pensé. ¿Creía que sus padres le habían dado oportunidades equivalentes al menos a las de los hijos de Polack?

“Convencionalmente hablando quizá”, dijo con pomposidad. “Pero en términos reales no. Yo tenía que ser chico modelo: el primero en los exámenes, educado y fino con los invitados en casa, saber hablar, cumplir mi papel, me sintiera como me sintiera por dentro. Un mono sabio.” Y con aire confidencial me ofreció una explicación, “Supongo que al haber muerto su mujer cuando aún era joven él tuvo libertad para educar a Nando y a Ofelia como quería, sin injerencias.”

Interesante. En tono irónico comenté que un característico motivo de queja suya era que tenía dos padres en lugar de uno solo, que por implicación quería decir que las madres no son necesarias, mero telón de fondo. Hablaba como si sus padres, fundidos y confundidos en uno, hubieran sido un impedimento para que se pensara en él y así poder crecer en línea recta, como lo había hecho Ofelia por el camino de la música, mientras que él, Hamlet, había crecido “retorcido.”

Al decir yo eso se volvió hacia mí con energía, “¡okay, o sea que voy cargado de un lote de problemas heredados - mi tío, para empezar! Todo el mundo sabe que es un libertino, un borracho y un viejo verde, pero mi madre le tiene endiosado. ¡Y yo incluso toleraría eso si no fuera porque son todos unos hipócritas y vanidosos! Los adultos es que no saben distinguir entre formar y educar. Quieren que sus hijos ‘hagan buen papel’, sí, como perritos, ¿y a quién le beneficia? Pues desde luego que a los chicos no. Míreme a mí, a mí me han ‘formado’, me han criado como a un semental de establos de categoría - estoy perfectamente pulido, desde cómo portarme en la mesa hasta cómo hablar de política socialista. Y todo para satisfacerles su vanidad, eso en el mejor de los casos y en el peor de los casos, ¡ simplemente para exhibirme en las reuniones sociales!”

Esta salida me extrañó y me dolió. Hamlet me estaba acusando de ser uno de los “entrenadores” adultos que sólo quieren hacerle seguir la línea para su propia

satisfacción personal. Me acordé de una ocasión en que yo le había hecho a mi padre la misma distinción, pero de una manera más suave (creo que nunca discutí con él). Le dije a Hamlet que lo que atacaba eran los valores del sistema, “los establos” que pasan por alto problemas más complejos en el campo de las relaciones íntimas, por ejemplo la relación entre él y sus padres. Y que al rechazarlos por ser parte del sistema, y no merecer su atención, eludía enfrentarse a la dificultad real.

“Son ellos los que piensan que no somos dignos de su atención”, me replicó. “La opinión general entre los adultos es que los hijos tienen derecho a voz y voto siempre que digan lo que deben, y se olvidan de que sus hijos les ven y les oyen *a ellos*, a ellos que están siempre jugando a los secretitos, ¡porque no saben distinguir entre un secreto y un misterio!”

Interesante chico, pensé, cuando terminó de desahogarse. Su crítica del mundo adulto era más perspicaz que los desafíos adolescentes normales, pero también más delirante. Presentaba a su madre con la tara de su adhesión a su despreciable “tío”-padre a quien había disociado de su padre “real”. Era de suponer que el puesto que había pasado a ocupar en el afecto del catedrático era la alternativa a esa situación. Empecé a tener una imagen de la fuerte naturaleza defensiva de la grandiosidad de Hamlet, su tremendamente intensa necesidad de destacar y ser admirado, de ser enfin, el mejor caballo de la cuadra. Por ejemplo en una sesión no paró de hablar de la cena a la que había asistido en casa de Polack, junto con otros estudiantes, y donde él había sido el alma de la noche con sus imitaciones satíricas de personajes públicos que habían encantado al catedrático. Y a la vez me contó otros triunfos conseguidos, golpes devastadores contra el sistema establecido, por ejemplo forzar a la dirección del Colegio Universitario a instalar una máquina de condones en los servicios, y poner una fotocopidora en la sala de estar de los estudiantes bajo el concepto de igualdad de derecho a impartir información.

A la sesión siguiente me trajo un interesante, si breve, sueño que arrojaba luz sobre la insinceridad de su idealización de las relaciones en la familia Polack. El sueño empezó con *un océano azul resplandeciente a vista de pájaro, y en medio de él una*

mota pequeña. Al ir enfocando poco a poco (como en una película) resultó ser una minúscula tarjeta postal de una isla, con un círculo de arena amarilla y cocoteros. El catedrático Polack estaba de pie en medio del círculo, vestido como un mago de fiesta de niños con una capa púrpura tachonada de estrellas y lunas, con los brazos alzados y una varita mágica en una mano, la cabeza calva y la barba en punta apuntando hacia el cielo.

“Me dí cuenta de que estaba hablando, pronunciando un sortilegio. Parece que decía, ‘Creced, hijos míos, creced y prosperad!’ Y luego vi que encima de su cabeza había una nube grande, blanca y algodonosa dibujada contra el cielo azul, como en los cielos del rococó. Y Nando y Ofelia estaban sentados con las piernas cruzadas en el centro de la nube, vestidos con túnicas doradas y blancas y dándose bombones en la boca el uno al otro.”

Parecía que le divertía el sueño, dijo que era como una mezcla de anuncios de bombones y de compañías de seguros. “Es un sueño clásico de realización de un deseo”, pronunció “... Deseo de adultos, quiero decir. Se montan un escenario de ese tipo y colocan a los hijos en el centro para que actúen las fantasías suyas. ¡Vamos niños, creced, creced, y convertíos en un orgullo para vuestros padres! ¡Mira qué chicos más buenos, mira cómo hacen sus exámenes y se comen sus bombones! ‘Prosperad’ tiene doble sentido, claro está, se refiere a la posición social. Todos tienen pretensiones aristocráticas.”

Le concedí que el trasfondo del sueño era su burla de los métodos educativos de Polack, y por implicación del mundo adulto. En el cuadro que pinta Hamlet, el catedrático con su varita mágica cree que está “educando” a los niños, impartiendo sabiduría - sin percatarse de que secretamente (incluidos aquí los juegos sexuales) los chicos se están educando a sí mismos.

Como respuesta Hamlet me habló de una extraña visión, un flash, que había tenido hacía unos días estando con Nando y sus amigos, sentados, haciendo meditación transcendental “en plan de broma”. Había visto vívidamente una imagen de Ofelia de unos años atrás: estaba ella sentada a hombros de su hermano en una manifestación

política; era una de las pocas ocasiones en que la había visto en Londres desde su mudanza a Cambridge.

“Llevaba una trenca verde y le caía el pelo largo y rubio por delante de la cara. Abría y cerraba continuamente la boca que la tenía muy rosa en contraste con el aire gris helado. Su aliento subía hasta las nubes y cantaba rítmicamente ‘cerdos fuera’. Parecía muy enojada y como traspuesta.”

Le pregunté a Hamlet si los hermanos Polack eran especialmente guapos. Asintió, como si fuera obvio, (casi pareció sorprendido), y añadió que a Nando en el colegio a veces se le conocía por el “Adonis”. “Pero ella tiene más talento que él”, me aclaró para que no pensara que él se dejaba afectar por rasgos tan superficiales como la belleza física.

La imagen que me daba, dije, implicaba que en esa pareja de hermano y hermana Nando tenía el cuerpo y Ofelia el cerebro.

“Nando no es necio”, dijo Hamlet, “pero no es académico.”

No obstante esta aclaración yo pensé que la adoración de Hamlet por el Adonis-Nando capitán de rugby era un tanto dudosa, al igual que su idealización del padre “mago”. También saqué la impresión de que había algo desagradable en la chica con su “cerdos fuera” - ¿quién eran los cerdos?

“No sé”, contestó Hamlet despreocupadamente, “la policía, supongo... no me acuerdo.”

En cierto modo éste era el otro lado de la cartulina de los bombones, aquí se veía que los chicos llevaban el volante, dirigían el mundo. También aquí parecía haber una relación con la infancia del propio Hamlet. Pensando en la soledad de esa época suya le pregunté si había una conexión con él a hombros de su padre cuando era muy pequeño. Sí, dijo con sorpresa, se acordaba de haber ido así. Entonces le describí la imagen que yo tenía de él, de niño, muy en alto, gracias a la estatura de su padre pero creyendo que era él quien se había elevado a sí mismo y que era en realidad el único rey que dirigía y controlaba los movimientos de su padre.

Nos despedimos al acabar la sesión con mútuo respeto cauteloso. Ahora yo tenía una idea mucho más clara de la gravedad de su problema : su grandiosidad, con raíces en la relación con su padre en la infancia; y la forma delirante en que se manifestaba ahora: el desprecio hacia el ‘tío - padre’ por no responder a su manejo y a la mútua idealización que él exigía. A la vez, me admiraba y sorprendía su cooperación y su interés, tan diferentes de la agresividad y el antagonismo normales en los adolescentes. Me sentí conmovido por su penetración y a la vez su necesidad de dependencia, ya que por debajo de su desprecio hacia la necesidad del mundo adulto se dejaba sentir con fuerza la nostalgia de un niño solitario que fue el nene de papá . Quizá esto tuviera mayor impacto en mí al no tener yo un hijo propio, cosa que sentía como un vacío en mi vida. Vislumbraba ya las líneas de relaciones tansferenciales en formación, y sabía que tendría que andar con cuidado. En la intensidad de su deseo de explorar su misterio y ser admirado, Hamlet estaba empezando a transferirme a mí algo que antes había depositado en Polack - y antes aún en su padre .

CAPITULO DOS

EL FANTASMA

FANTASMA: Si hay honor en tí no lo consientas.
No permitas que el lecho real de Dinamarca
sea tálamo de lujuria y desdichado incesto.
Pero como quiera que actúes
que no se macille tu mente, ni tu alma intente
contra tu madre daño alguno.

[I. v. 82-86]

La semana siguiente Hamlet me trajo un sueño fascinante y clave. Los conflictos emocionales allí reflejados serían tema central del análisis durante largo tiempo. El “sueño del fantasma” iba a ser uno de los más importantes puntos de referencia para nosotros.

En el sueño *Hamlet vio a su padre vestido con el uniforme de piloto de guerra sentado en un Spitfire con traje y gafas de vuelo. Parecía de un tamaño extranatural, y le rodeaba una aureola dorada centelleante. Las alas del avión parecían como si palpitaran movidas por un fuerte viento, y cubrían con su sombra a Hamlet que temblaba fuera, de pie. Al verse en contraste con su padre en el avión, se sentía muy pequeño y asustado, pero sobre todo desorientado y queriendo desesperadamente saber qué pasaba, así que chilló:*

“¡No me dejes estallar de ignorancia!

¿Por qué me sacudes con horribles pensamientos

Que exceden el alcance de mi espíritu?

¡Dime por qué! ¿Qué he de pensar? ¿Qué he de hacer?

En ese momento su padre se levantó las gafas dejando ver su cara y movió los labios enunciando una respuesta pero no se le oía, parecía como si el sonido de su voz se

hubiera transferido al aleteo del avión. Y fue de ese modo como Hamlet oyó la queja de su padre sobre su desdicha y su historia:

*“¡Oh Hamlet! los secretos de mi calabozo
Son fruto de lujuria, la lujuria de tu madre,
Angel de virtuosa apariencia, cuya dulce leche
Se volvió amargura y tristeza - bebida
De serpiente - el día que traidoramente
Me abandonó a orillas del Leteo
De mí alejándose mientras yo me reposaba
Buscando mi agrado
En inocente y plácido balanceo.
Ignorando
Que en otro había puesto ella su deseo”.*

Hamlet notó que su padre se daba la vuelta preparándose para despegar de nuevo . Le preguntó con urgencia qué debería “hacer” y su padre le contestó en el mismo tono fantasmagórico trasmitiendo el sonido a través de las vibraciones del viento

*“No me olvides, hijo mío, y busca venganza.
Pero sea cual fuere el modo en que actúes, tu mente
nunca macilles, ni a tu madre daño alguno causes”*

Luego el ruido del motor al ir saliendo el avión por la pista ahogó todos los otros sonidos. Pero primero dio tres vueltas por encima de Hamlet que vio que el morro del avión llevaba la seductora imagen de una chica en traje de baño, con “Gertrude” escrito en letras curvas.

Me entusiasmó la riqueza de imágenes de este sueño, con su directo - aunque ambiguo - enfoque en la problemática relación entre Hamlet y su padre, y con el telón de fondo de su madre como fuerza central de gravitación, tanto atrayendo como

repeliendo. Había en el sueño un ambiente de clase y buen tono que Hamlet asociaba con condecoraciones de su padre por actos de valor colocadas en un rincón de la casa dedicado a recuerdos de momentos importantes en la historia familiar, incluidas fotos de la boda de sus padres y una de su padre de pie al lado de su avión en la guerra. Desde ese punto de vista el sueño mostraba a su padre como héroe, protegiendo a su madre o a la madre patria contra invasiones en tiempo de guerra. También mostraba su agresividad contra las mujeres - la referencia al niño destetado, que se sentía abandonado por la mujer/madre a la vez que se hacía consciente de su dependencia de ella.

Este padre cuya ambigüedad surgía de su propia imagen interna ambigua de lo femenino, parecía transferir su dilema a Hamlet en el sueño. El, Hamlet, quedaba excluido de las vertiginosas cumbres (y peligros) sexuales alcanzados por el avión (que llevaba el nombre de su madre); su padre despegaba sin él. Sin embargo, pensando en las palabras finales de su padre, yo me preguntaba en qué sentido exacto el modelo de sexualidad que él presentaba era una “venganza”.

“Venganza contra mi madre por juntarse al tío Claudio” pronunció Hamlet en tono de impaciencia. “A su edad es vergonzosa esa manera suya de atender sus deseos y adularle - y más ahora que está enfermo. Es degradante, cuando uno piensa cómo era antes mi padre; pero ella se lo ha buscado.”

Le pedí que me explicara la diferencia entre su “padre” y “el tío Claudio”. Me respondió rápidamente, como contento de tener la oportunidad de dejar las cosas claras por fin:

“Todo era muy diferente antes de tomar control el tío Claudio. Todo el mundo admiraba a mi padre - era generoso, idealista, fuerte. No había en él ni disimulos ni secretos; todo era abierto y franco. Era esa clase de hombre que - de haber vivido - habría realmente cambiado la sociedad, porque creía en lo que decía y lo hubiera llevado a cabo. No como el tío Claudio...” (aquí empezó a enumerar con desdén lo que a sus ojos era evidencia del decaimiento mental y físico de su padre: su enfermedad, la bebida, problemas económicos y de relaciones industriales en la fábrica de productos

químicos que tenía y que había levantado a partir de cero.) “Y ahora tiene una investigación de Hacienda. ¡Eso le pasa por ser un capitalista decente con principios socialistas! ¿Se creía que se iba a escabullir con eso de nadar y guardar la ropa? No, si ya se ve que si no está jodiendo a alguna mujer está jodiendo a los empleados. ¡Qué asco! Degeneración mental y corporal.”

Entendí que para Hamlet su padre se había convertido literalmente en otra persona, aunque aún un miembro de la familia, el “hermano” de su yo anterior. El noble y heroico capitán de guerra, de sinceros ideales socialistas, había sido suplantado por el usurpador capitán de industria. Le pregunté que cuándo había tenido lugar esta transformación, me contestó que no se acordaba exactamente porque debía de ser él aún muy joven, pero que sí que recordaba vívidamente cuando empezó a darse cuenta de lo ocurrido, cuando tenía 13 o 14 años. Entonces empezó a pensar por sí mismo, se le abrieron los ojos, y se arrepintió de haberle seguido la corriente a su madre hacienda como si no pasara nada, porque él empezó a ver claro que esa táctica hipócrita liaba las relaciones de la familia.

“Eso es lo patético de la generación de los mayores”, dijo Hamlet en tono mordaz y amargo; “ piensan que saben hacer muy bien eso de ocultar secretos a los niños, ¡cuando es obvio a todas luces que todo el mundo sabe lo que ocurre!”

Le dije que él estaba convencido de que su madre, con buena intención pero estúpidamente, le había ocultado, de niño, la muerte de su padre, con la esperanza de que se olvidaría y de que Claudio sería un padrastro completamente satisfactorio. Sin responderme directamente a esta interpretación continuó aún con más vigor, como si se necesitara más evidencia para convencerme de la estupidez de su madre:

“Y el resultado final es que soy yo quien tiene que decirle a ella que se está equivocando, porque sólo se engaña a sí misma. Mire, doctor Horacio, mi madre creyó que podría taparlo con audiencias en el salón del trono, rodeada de aduladores y sicofantes - de la mejor clase, por supuesto, con ideas impecables en política y cultura - envidiosos todos y agradecidos de poder participar en tan brillantes conversaciones y de darle a la botella con Claudio hasta que se seque la bodega. Así es la vida con los

Danes: pilares de la sociedad y la civilización por fuera, ¡y por debajo un hediondo montón de arrivistas!”

Volviendo al sueño, cuya rica “bodega” de imágenes me parecía que apenas habíamos empezado a explorar, le mostré que la imagen de su padre como héroe requería un reajuste a la luz de su propia turbulencia de adolescente y su amarga visión del mundo adulto ahora que sus ojos “se habían abierto”.

“Todo eso del avión”, dijo Hamlet quitándole importancia, “pertenece a cuando yo era pequeño y estaba loco por los aviones y quería ser piloto. O sea que está ya muy pasado. A mí esas cosas no me dicen nada hoy en día. Es un piloto fantasma del pasado.”

Sin embargo, le señalé, el sueño trata de “ahora”, no de “entonces”. El padre héroe que como un fantasma había regresado del pasado de sus ideales de infancia parecía estar poniéndole en contacto con las ansiedades de la edad madura, que acechaban sobre él como la sombra de las alas del avión de su padre. Y especialmente empezaba él a reconocer su propia ambivalencia hacia las mujeres mediante la ayuda de un padre cuyo papel parecía ser el de protector y conquistador a la vez. Esto, que estaba surgiendo dentro de él, era lo que le empezaba a dar problemas.

“Yo creo que son *ellos* los que tienen problemas”, dijo Hamlet en tono desdeñoso, sin tomar nota de mi interpretación de su conflicto personal. “Deberían llevar un aviso del Ministerio de sanidad ‘Eviten mi ejemplo - soy obsoleto.’ Es que son incapaces de ajustarse a cómo son las cosas ahora. En la guerra todo era bueno o malo, o estaba bien o estaba mal. Un fin común y alegre camaradería - y Dios de su parte. Fácil. Ahora han perdido su sentido de orientación, y todo es toma y daca, barajeos y reuniones de comité. Corrupción y soborno. Bebida y libertinaje.”

La persistente y perspicaz variación introducida por Hamlet en el tema normal de los adolescentes consistente en que los niños han descubierto hace mucho todo lo que los adultos intentan ocultarles, era que los propios adultos eran en realidad, sin saberlo, niños. No obstante me pareció necesario recordarle su propia impotencia que en el sueño estaba claramente representada como “estallando de ignorancia”.

“Sí, ya, quizá ”, dijo despacio y en un tono más agresivo, “pero lo cierto es que somos nosotros, la nueva generación, los que vamos a tener que cargar con solucionarles los problemas a ellos.”

El sueño, insistí, mostraba que el primer lugar donde tenía que empezar a poner soluciones era dentro de sí mismo, en su condición interna. En lugar de atribuir culpabilidad a su padre y madre internos, necesitaba localizar las cualidades positivas que podían ofrecerle para elaborar sus propios conflictos.

“¡Padre y madre internos! Suenan a una pareja poco sana”, dijo burlándose. “Posición social y auto-satisfacción - eso es lo suyo en pocas palabras.”

De acuerdo, dije, posición social y auto-satisfacción se podían definir como cualidades poco útiles, podrían incluso “vengarse” de él deformando su crecimiento mental. El trabajo que nos tocaba hacer en el análisis era desenredarlas de aquellas otras cualidades auténticamente paternas que sus objetos internos poseían.

“¡Desenredar! ¡Ah sí, me gusta!” dijo mofándose. “Mire usted, lo que pasa es, a fin de cuentas, que nadie quiere a un tipo con una enfermedad social.”

Medio reconocí la referencia y él me lo explicó: “el agente Krupke de *West Side Story*, ¿no sabe? es lo que le dicen:

“Mi mamá una junky
Mi papá un borracho
¿Qué tiene de extraño!
Que sea yo punk ?”

Y con aire malicioso y a modo de conclusión me dijo “¿Okay, agente Krupke?”

Cuando se fue, me quedé meditando en sus rápidos cambios de actitud hacia mí y las otras figuras paternas. A veces cooperaba conmigo, tanto en el sentido de conspirar como en el de dejarse ayudar (con un claro elemento de alarde); para pasar luego a relegarme a una figura “autoritaria” oprimente. No le beneficiaba a mi técnica su innata habilidad para darle a nuestra conversación el giro de un debate - forma que

obviamente le era familiar y con la que se sentía en control - donde ganar un punto tomaba precedencia a enfrentarse a la verdad sobre sí mismo. Tenía un natural talento para evitar la intimidad emotiva a la que mis interpretaciones trataban de llevarle. Y sin embargo todo esto estaba presente en el sueño! Una vez más me admiré de lo rico que era ese sueño del fantasma, el primero de una serie de sueños imaginativos que me sorprendieron por su profundidad y contacto emotivo, y que en cada ocasión me dieron nuevas esperanzas incluso cuando me veía presa del desaliento.

Era extraño, sin embargo, que a pesar de su perspicacia y su brillantez, Hamlet no parecía haber captado el concepto de aprender de un individuo, o de ser enseñado por él. Su vinculación a mí, tan inmediata ya desde nuestro primer encuentro, tenía algo de automático, sin una reciprocidad basada en apreciación real o aumento de confianza en mí. Esto me llevó a pensar en el Catedrático, que - sospeché - llenaba ahora el vacío dejado por la temprana idealización del padre. Y a su vez me vinieron a la mente ciertos factores perturbantes de mi propia vida: ansiedad acerca de la venidera adolescencia de mis hijas, vago sentimiento de que mi mujer y yo nos habíamos ido alejando, y sobre todo, la pena de no tener un hijo. Mi relación contratransferencial con Hamlet me hizo muy consciente de todos estos factores, especialmente el último. ¿Había quizá yo idealizado a los padres de Hamlet, llegando a conclusiones sobre su excelencia como modo de eludir mis propias dudas y problemas en esta insatisfactoria y difícil esfera? ¿Había en su crítica de ellos más verdad que lo que yo estaba dispuesto a investigar? Me preocupaba, como me ocurría periódicamente con otros pacientes, el hecho de que quizá me metía demasiado en mi trabajo analítico, ponía demasiada emoción personal en ello, a expensas de mi vida familiar.

Entretanto, durante los días siguientes, volví a reflexionar sobre la relación de Hamlet con este nuevo sustituto de padre: el Catedrático, y me preguntaba cómo evolucionaría. Tenía curiosidad, pero antes de tener más noticias, la repentina intimidad de Hamlet con la hija del Catedrático irrumpió en el análisis con una intensidad y rapidez que me cogieron desprevenido.

Una tarde Hamlet vino a la sesión con un atuendo extraño: chaqueta de cuero con un montón de cadenas y aros colgando, el cuello de ésta alzado y unas gafas oscuras sobre la frente; y se había afeitado la cabeza. Inmediatamente me chocó el parecido con el piloto fantasma del sueño y le comenté que la armadura que llevaba le daba aspecto de inaccesible. Al punto me replicó:

“No soy yo el que es inaccesible. Es esa puta frígida. Me evita - no del todo (al menos eso sería sincero), pero no quiere salir sola conmigo. De hecho la veo casi todos los días pero siempre rodeada de guardaespaldas, amigos, su padre. Y si no, tiene ‘mucho trabajo’ .”

¿De quién hablas? le interrumpí ¿de la hija de Polack?

“¡Sí, de Ofelia!” saltó irritado. “Anoche soñé *que volaba a su ventana, como si fuera Batman tomando la ciudadela, y la poseía:*

Con tan lastimero y profundo suspiro

Que mi entero ser parecía sacudido

Y mi fin llegado.

¡Y después del sueño me di cuenta de que eso era precisamente lo que ella quería - lo que colma sus fantasías femeninas! Así es como se lo montan todas - arrebatadas como princesas en la torre, virginales y absortas. Lo cual”, añadió con salvaje cinismo, “es la receta que dan de cómo hay que revestir la cuestión, las suciedades que hay por debajo no cuentan.”

Luego, en respuesta a una pregunta mía, me explicó que Ofelia no vivía en casa de su padre, aunque pasaba muchos fines de semana allí, sino que estaba en un colegio de mujeres en la universidad - una especie de convento - y que su ventana estaba en el segundo piso, como en el sueño. Que desde luego él no tenía intención de trepar por las cañerías como un Romeo. “¡Qué hipocresía! Eso es lo que me da asco. Y no digo ella sólo, todo el mundo. No se permite hombres después de las 11 de la noche, con lo cual hay un hombre en cada armario. A mí sólo me interesa el sexo igualitario, no esas arcaicas fantasías de cortejar y conquistar. ¿De qué sirve hacer como si

adoráramos la virginidad hoy en día? Eso era en la época del rey Eduardo. Y es que aún no hemos entendido el diagnóstico de Shaw, no hemos aprendido a separar el lío de los contratos de matrimonio, etc. (cuyo fin es simplemente perpetuar las sociedades jerárquicas) de la picazón de la carne que deberíamos tomar simplemente como lo que es. Ya es hora de barrer telarañas y de introducir un poco de pensamiento claro.

Era la primera vez, pero no la última, que veía a Hamlet encendido de furia y pasión. Era un fenómeno curioso, desatado - me pareció a mí - por el “fantasma” de su interior.

“¡Es todo apariencia!” añadió con renovada fuerza. “En el fondo eso es lo que hay detrás de las sonrisitas y los pestañeos. Tengan la edad que tengan, es lo mismo. Mi madre, por ejemplo, con sus malditas fiestas y sus poses de anfitriona, haciendo creer que tiene el deber social de flirtear y satisfacer los caprichos de los invitados que se la comen con los ojos. Quiere aparentar que es el sistema de mecenaje, ‘hacer el bien’, cuando la verdad es que todas las mujeres son putas veladas. Usted seguramente lo llama masoquismo femenino. Es algo innato. Ofelia también es así con su sonrisas de falsa modestia y meneos de cabeza. ¡Qué se cree! ¿Que soy un imbécil, un ignorante que no sabe nada de su pasado, o incluso, de sus devaneos de ahora? ¿O es que le da igual, con tal de que yo cumpla con las reglas de hacerle la corte, adorarla, y hacerme el gallito?”

Me impresionó el fuerte impacto que Ofelia había hecho en él, que no cuadraba con la descripción un tanto fría, que me había dado antes, de una figura más bien retraída, una especie de apéndice de su hermano. Sentía curiosidad por saber cómo era ella en realidad. De nuevo le mostré a Hamlet su identificación con el aspecto agresivo del fantasma piloto que había aparecido en su sueño de “Batman”, su discurso de desprecio hacia las mujeres - putas veladas - y en su manera de venir vestido hoy. Este era el lado dominante y consciente de la posición social del piloto de guerra, más que el lado protector. La implicación parecía ser que su padre, con sus métodos anticuados de “hacer la corte y conquistar”, no tendría dificultad en volar

entre “telarañas” y “líos” - incluso sabría cómo servirse de ellos como parte de su equipo para satisfacer “la picazón de la carne”.

“No, esa es más bien la obsesión de Claudio”, observó Hamlet sarcásticamente. “Pero sus métodos son más escurridizos, menos enérgicos. Y mi madre le consiente como a un niño, para compensar además sus flirteos con la otra gentuza. Es una tonta.”

El sueño de Batman, dije, se debe tomar como un aviso. Muestra el significado de las actuaciones, el disfrazarse de piloto fantasma papá , y de meterse así dentro del papá avión agresivo y de su pene entendido como arma. Ahora podíamos entender mejor lo que no nos quedó claro antes al hablar el Fantasma de “venganza”. El concepto de venganza, le recordé, había surgido en respuesta a la reiterada pregunta de Hamlet de qué debía “hacer”. Venganza era la respuesta al deseo de acción - claramente demostrado en el sueño de Batman.

“Pero indudablemente la cuestión será qué tipo de acción, ¿no?” dijo Hamlet. “No se puede decir que toda acción está mal, que toda acción es vengativa. En ese caso habrá que decir que todo acto sexual es malo, o sea que lo único que podemos permitirnos es pensar en ello.”

La distinción presentada por los sueños, expliqué, era la distinción fundamental entre “ acción” y “comunicación”. La acción era en realidad actuación - actuación sobre alguien, sobre sus sentimientos, manipulación. En el sueño de Batman, por ejemplo, no había intención clara de comunicar nada a Ofelia, sino simplemente de conquistar mediante la acción.

“Eso es porque yo sabía que *a ella* le gustaría así”, protestó. “Es una romántica perdida, como todas las mujeres. Es uno de los rasgos de la insinceridad. Ya se lo dije antes, a mí esas mierdas primitivas no me van, es absurdo. ¿O se cree usted que la cumbre de mi ambición es hacer de Batman en películas?” me dijo en tono de mofa.

Como imagen de un sueño, le contesté, no era ni más ni menos absurda que la del piloto fantasma. Transmitía un significado, que no tiene por qué traducirse

literalmente en escalar una cañería, había otras formas de “acción” para con Ofelia que quizá llegara a utilizar con Ofelia. O con su madre, como el Fantasma había indicado, ya que parecía que estábamos tratando en general de la cuestión de su actitud hacia las mujeres. El Fantasma implicaba que, motivado por deseos de venganza contra las mujeres, quizá “mancillara” su propia mente. Y que éste era el tipo de acción contra el que debíamos guardarnos.

“Por favor, doctor Horacio, me parece que dramatiza usted demasiado mi carácter”, dijo en tono paternalista. “Que yo no voy por ahí con granadas en los bolsillos. Sabrá usted que soy un intelectual pacífico. Sólo peleo, justificadamente, bajo provocación; incluso en el colegio tenía esa fama. Nadie puede decir que sea un cobarde, pero tampoco soy un agresor. Y desde luego contra las mujeres no. Pero” - añadió en un tono duro y desagradable - “tampoco estoy dispuesto a dejarme manejar por el masoquismo de niña buena de Ofelia. ¡No voy a hacer de sádico simplemente para darle gusto a sus caprichos femeninos! O me acepta tal cual soy o lo dejamos.”

Inquieto ante su negativa a entrar en contacto con la violencia de sus propios sentimientos recalqué de nuevo la importancia de examinar sus motivos en el contexto de acción por oposición a comunicación. Esta vez no me contestó inmediatamente sino que se metió una mano al bolso y sacó no una granada sino un trozo de papel doblado.

“Veo que con lo único que le voy a convencer es con la prueba del oráculo”, anunció. “¿Le leo el poema que le he mandado a Ofelia? Así verá que no hago nada sin comunicación.”

Me cogió por sorpresa, vacilé, pero me interrumpió él: “No se preocupe, es algo más que una carta personal de amor, es un poema, es decir universal, puede tomarlo como quiera. De hecho se va a publicar en Varsity la semana próxima.” Y empezó a recitarlo deprisa:

“Joder, joder y joder,
sacas música de mí, parece conocer
mis registros.
Pero si mi dedo, si mi lengua pudiera

gobernar tus orificios,
verías cuán excelente la música
que de arriba abajo sonaría
en el organillo del centro
de mi misterio.”

A medida que lo leía se me hundía el alma. Probablemente le estaba resultando bastante pesado a Ofelia, y yo deseaba ansiosamente encontrar el modo de ayudarlo a contenerse. El poema en sí, le dije, era una buena ilustración de lo que habíamos estado diciendo - acción disfrazada de comunicación. Era la traducción a la vida real de la acción contenida en el sueño de Batman: ese aspecto suyo de “joder y joder” que cree que lo único que tiene que hacer es “gobernar los orificios”.

“¿Cómo puede usted decir eso?”, se quejó un poco desanimado, “¿cuando es un ruego directo y sencillo de relación igualitaria?”

En una relación entre iguales, dije, ninguna de las dos personas debería ser un registro que se toca, sino que uno debería ser capaz de imaginar que la otra persona también tiene “misterio”. Al comienzo de la sesión él había saltado a conclusiones de “hipocresía” en Ofelia en lugar de admitir que no entendía sus intenciones respecto a él. En vez de tratar de calibrar su estado mental, él se había dejado llevar a “actuar el Fantasma” mediante aquella carta.

“Lo que pasa es que a usted no le gustan las claras referencias sexuales de la ambigüedad poética”, declaró recobrando su aplomo. “Es demasiado moderno para su gusto. Si fuera un sueño no le importaría, pero un poema tiene que pasar por la censura.”

Advertí entonces que no servía de nada que trajera sus poemas a la sesión para ser interpretados como si fueran sueños; quizá era incluso contraproducente. Le expliqué que su poesía podía estar censurada o reordenada por él, mientras que un sueño nos podía hablar directamente a nosotros de los procesos de su mundo interno. Y que nuestros fines un sueño era explícito pero un poema no.

“Bueno”, me respondió en tono acusador, “si ‘organizar material’ no cuenta con su aprobación quizá debería considerar atentamente qué es lo que hace usted con mis sueños cuando los pone en uno de sus trabajos científicos. “¿No está organizándolos para que encajen como usted quiere? Será que quiere ser usted el único a quien se le reconoce talento.”

El sueño, le dije, sería siempre su sueño, tal y como lo había contado, sin alteraciones. Mi interpretación tanto del sueño como de la situación analítica podría quizá llamarse mi sueño de su sueño. Y eso era precisamente lo que había aquí en estos momentos, al igual que en los trabajos científicos si es que alguna vez llegaba yo a incluir su material en uno de ellos.

“Su sueño”, repitió, con una chispa de interés desabrido y un tanto defensivo, “eso me parece mejor”.

No obstante se pasó los últimos minutos de la sesión murmurando a medias palabras sobre mis sofismas, y se fue mascullando aún entre dientes.

Ví que establecer límites había cobrado especial importancia. Hamlet confundía intrusión e intimidad, público y privado, acción y comunicación. De aquí que asumiera que la publicación del poema privado suyo a Ofelia era equivalente a mi publicación de sus sueños. Percibí los primeros atisbos de la forma claustrofóbica que podría tomar su grandiosidad, y de como ésta se alimentaba del delirio de que estaba actuando en nombre de su padre real y no de su tío usurpador. Se creía con la misión de corregir los valores o visión deformada de su madre. Las confusiones vislumbradas en esas primeras semanas dominaron el primer trimestre de nuestro breve periodo de análisis y alcanzaron un momento decisivo eventualmente en el campo de batalla que dimos en llamar “la ratonera”.

Entretanto, durante mi acostumbrado paseo de mediodía en Hampstead Heath el día de la sesión de “Batman” pensé en ciertos fallos personales míos que, gracias a Hamlet, habían empezando a filtrarse hacia mi consciente. Hacía frío y soplaba un viento fuerte que hacía correr las nubes; era el anuncio de los vendavales que después desnudarían los árboles, cargados aún de color de otoño. Bajé la cuesta hasta llegar al

estanque de South End Green y me detuve en el puentecito que lo cruza apoyándome en la barandilla para contemplar la turbulencia del agua. En otros tiempos Beatrice solía acompañarme en estos paseos, sobre todo cuando vivíamos en South End Green, pero ahora no venía nunca. Aunque habíamos mudado la casa a la parte alta y acomodada de Hampstead, ella arrendaba un estudio en Hackney y apenas si estaba en casa durante el día. Esto había sido después de acusarme de no tenerla en cuenta y de anularla tratándola como un ideal, una ficción de mi propio cerebro más que como a una persona. Tan seguro estaba yo de que no era así que no podía ver a qué se refería. Pensé que simplemente necesitaba liberarse de la casa ahora que las chicas podían ir solas al colegio. Pero me di cuenta de que, en nombre de Hamlet, estaba empezando a formarme un imagen idealizada de Ofelia, y comencé a sospechar que mi visión exageradamente romántica de las mujeres quizá no fuera motivo de orgullo, sino más bien un tipo poco constructivo de auto-complacencia. Era como si implícitamente pensara que a las mujeres no se les puede creer en el derecho de tener pensamientos desagradables. En el camino de vuelta, subiendo por East Heath Road, se me ocurrió que incluso quizá era posible que a veces yo no le gustara a Beatrice. ¿Cierto? ¿A partir de cuándo?

* * *

El resultado de estas ruminaciones fue que me dije a mí mismo que no debía sobreproteger la relación de Hamlet con Ofelia ni con sus padres. Tenía que dejarle que hiciera sus propios descubrimientos, libre de mis ideales, que por cierto estaban en periodo de turbulencia. ¡Ojalá - en los meses que siguieron - hubiera sido capaz de atenerme a ello, pero la rapidez de los acontecimientos me superó.

CAPITULO TRES

El Príncipe

OFELIA: Exhaló un tan lastimero y profundo suspiro
Que pareció fuera a romper su cuerpo entero
Y su ser acabar. Y se apartó de mí.
Con la cabeza por cima del hombro vuelta
Continuó su camino afuera
Sin ayudarse de los ojos, cuya luz
Hasta el final tuvo fija en mí.

[II. i. 94-100]

“**P**arece que el viejo diablo tenía razón en lo de que las mujeres son desleales y tienen dos caras”, fueron las primeras palabras de Hamlet en la siguiente sesión. Entendí que hablaba del Fantasma y de Ofelia y me pregunté qué habría ocurrido el fin de semana.

“ La cuestión es, ¿cuál de las dos caras expresa la verdadera naturaleza de la mujer: la externa o la interna?” dijo en tono agresivo.

Me pareció mala señal y le pedí que se explicara.

“Y yo le pido a usted que me explique qué carajo es eso que llaman Belleza”, dijo en tono declamatorio y moviendo las manos. Vi que me iba a soltar un monólogo. “Los imbéciles dicen con esos gorjeos suyos de plebeyos ‘¡es tan bonito el mundo!’ (imitando un gemido con voz aguda). “¿Qué carajo significa en realidad? Nada, absolutamente nada. Para ocultar el vacío de su mente y sus inhibiciones de puritanos burgueses, van por ahí llamando ‘bellas’ a las cosas simplemente para aparentar que son gente respetable y que comparten opiniones. Todos quieren ser parte del mismo sistema de lavado mútuo de cerebro. Con eso ya se ponen en onda. Y hacen

lo mismo con las mujeres. Están todos condicionados como perros de Pavlov a transformarse en esclavos ante la mera presencia de lo que llaman una mujer bella. ¿Pero debajo de todo eso qué hay? Un simple aglomerado pestilento de vapores, una porquería falta de sentido. La quintaesencia del polvo. ¿No es cierto? ¿Pero hay alguien que tenga el valor de admitirlo? ¡No! ¡Hay que seguir con el show - que no decaiga, siga la fiesta!”

Aquello era furia de beato. Pensé que en gran parte debía ser una reacción a alguna experiencia sexual con Ofelia de la que aún no me había hablado. A pesar de todo, el ataque me sorprendió y me irritó. Le dije a Hamlet que lo que había despertado en él esa violenta ambivalencia no era el condicionamiento social de estereotipos a la moda, sino una respuesta subjetiva que él no controlaba. Seguía, por tanto, aún parapetado en su posición agresiva, de “Batman” macho.

Me dejó terminar, pero apenas me escuchaba, y en cuanto paré se lanzó a la segunda parte de su discurso:

“Y por lo que respecta a la Verdad - otra mentira social, de hecho ésa es política, y aún más perniciosa. ¡Polaquito el catedrático y sus títulos de ensayos!” (¿O sea, pensé yo, que es el título de un ensayo lo que le ha puesto así?) “Me le imagino”, siguió Hamlet, “paseando de arriba abajo por el estrado, moviendo los brazos con ese aire pomposo que se da cuando está desgranando sus aforismos artríticos. ‘La Verdad’, dice, moviendo el dedo en el aire - ‘la verdad es una dirección a la que se llega a través de indirecciones’. Ros y Gil se meaban de risa y Polaquito ni se enteró - o pensaría que estaban demostrando su juvenil entusiasmo - ¡siguiendo a su emérito catedrático por el camino del ‘ método realmente científico de investigación filosófica de las estructuras psicológicas’! Y continuó ‘ buscando las pistas del método’, como dice él, y ‘excavando la verdad enterrada en el corazón oculto de la montaña de evidencia’. Y todas estas chorradas las pronuncia con esos ojillos brillantes de roedor, y ese aire tan ingenuo ¡como si estuviera a punto de hacer un descubrimiento epatante! ¡Palabras, palabras y palabras!”

Me quedó claro después de todo esto, que la admiración inicial de Hamlet hacia Polack había pasado a ser virulento desprecio, caso paralelo al de su giro de actitud hacia su propio padre, como quedaba indicado en el sueño del Fantasma. Dolido por lo imprevisto e intenso del ataque, y no sabiendo a qué se debía, le pregunté a Hamlet si el catedrático le había hecho en días recientes alguna crítica dura de su trabajo académico.

“Oh no, Polaquito no, alabanzas vacuas, incluso cuando escribo un ensayo tan pésimo como el último”, me contestó ásperamente. “Yo veo que es un ensayo pésimo, pero él no. Es un bebé que hace ruidos carentes de sentido. El último consejo suyo - aunque le parezca mentira - fue ‘La brevedad es la esencia del ingenio’ ¡Como si él supiera qué es la brevedad! No, si es que está totalmente pasado.”

No era fácil juzgar hasta qué punto Hamlet exageraba en su sátira del catedrático. Recordé el comentario de sus padres sobre el alto concepto en que Polack tenía el trabajo de Hamlet. Quizá Hamlet había visto ese trabajo como su propia búsqueda de la ‘verdad’ y se sentía decepcionado. Había claramente un vínculo entre esa “verdad” y el meollo oculto de la belleza femenina que tanto le había enfurecido al encontrarlo inalcanzable o decepcionante. Le pregunté si Polack había dado señales de no aprobar su interés por Ofelia.

“¿Por qué habría de hacerlo? me dijo sorprendido. “Además Ofelia le hace bailar al son que quiere.”

Como ya sospechaba, la génesis de la revulsión de Hamlet estaba en sí mismo. Le sugerí que una vez que se había convencido de que Polack le admiraba, él había concluido que el catedrático tenía que ser un idiota - un “bebé” - a quien había engañado con sus bufonadas. Que sentía que había estado haciendo dar vueltas al catedrático con sus “indirecciones”. Y que no era Ofelia, sino él, el que le hacía bailar al son que quería. Que de hecho se estaba acusando *a sí mismo* de ser un impostor, y a Polack de ser un bobo por no verlo. Que se sentía como un intruso en el misterioso sistema de valores de “verdad y belleza”. Y que el problema residía en si era un impostor en el campo de su trabajo, o con Ofelia, o en ambos.

“Un momento, pare ahí”, me objetó irritado, “¡ahora es usted el que está retorciendo las cosas! Yo hablaba de lo pasados y poco fiables que son los juicios de Polack - está acabado. Pero mis ensayos por lo general son muy buenos.”

No obstante, insistí, la tontería mayor de Polack - según Hamlet - parecía ser que “creía” en Hamlet y en su “verdad”. Eso venía a decir su relato. Acusaba al catedrático de dirigirle mal con sus “palabras, palabras y palabras”. Y sin embargo, como bien sabíamos, su propia facilidad de palabra se podía convertir en un vehículo igualmente poco fiable de la verdad. Y lo que esto sugería era que él había estado usando el lenguaje para camuflar una entrada “indirecta” o intrusiva en un mundo que que no le correspondía honradamente.

“Mi argumento es”, protestó en tono dolido, “ que no hay verdad - no existe tal cosa. Es un concepto anticuado, una forma de lavado de cerebro.”

La “verdad” de que estábamos hablando, dije, era la sinceridad de sus sentimientos y motivación - quizá respecto a su trabajo, y ciertamente con Ofelia.

“Ya, ¿y qué es exactamente lo que él quiere saber?” explotó por fin Hamlet. “¿Que me he estado beneficiando a su adorada hija? ¿Y qué - es eso una ‘verdad’? No es para tanto, no hay gran misterio en ello. Lo que pasa es que a Polaquito le gusta sacar su información a base de alusiones y circunlocuciones. Convertirlo en un juego de detective imberbe, como buscar huevos de chocolate en Pascua. Si no está envuelto en secreto no hay satisfacción en descubrirlo.”

Quizá , dije, ese modo particular de insinceridad se le podía aplicar a él, Hamlet. Le señalé que la manera de informarme que había empezado a tener relaciones sexuales con Ofelia era un tanto retorcida.

“No sabía que tuviera usted tanta prisa por enterarse”, respondió sarcásticamente.

Lo que le tenía preocupado, pues, era que había usado medios falsos o caricaturescos para obtener acceso a Ofelia, usándola como rehén ante su padre. Al no poder tolerar el efecto perturbador que su belleza tenía en él, había tratado de hacerlo

presa o conquistarlo. Esta técnica de tomar rehenes era, por supuesto, un abuso de confianza en relación a todas las personas del caso.

“Soy yo más bien el rehén en este tinglado”, dijo Hamlet. “Ella es la nena de papá , y yo estoy bajo libertad condicional.”

Quizá la estrecha relación entre Ofelia y su padre intensificaba su belleza a ojos de Hamlet. Sintiendo inseguro en su posición, empezaba a sospechar que quizá ella no era más que un instrumento de su padre, un gancho que iba a servir para pasarle al catedrático sus más íntimos “secretos”. Se sentía, en esencia, atrapado por el efecto desconcertante que la belleza tiene sobre la capacidad de juicio de los hombres.

“No es su belleza lo que me hace sospechar”, dijo Hamlet; “es la manera como la usa - y no sólo conmigo, con todo el mundo.”

Precisamente, confirmé yo. Su belleza era obvia a todo el mundo; pero el significado de esa belleza, y sus sentimientos hacia Hamlet en particular, no eran obvios en absoluto. Y de ahí venía su desconcierto y frustración.

“Eso ya se lo he dicho yo”, me contestó en tono desdeñoso. “Con las mujeres, el exterior no es guía ninguna del interior.”

Y ahora, le respondí, había descubierto que la actividad sexual en sí no es la llave del misterio, no es la solución mágica. Que la posesión del objeto bello no lleva en sí a la verdad - ni sobre sí mismo ni sobre Ofelia.

“Usted es un moralista a la antigua, ¿verdad doctor Horacio? Porque enfín, no hay nada nuevo en lo que dice. El objeto bello - la vaca sagrada.”

Empecé a entender su persistente desdén e irritación. Su denigración de la belleza, dije, era una manera de negar la humillación de una experiencia de impotencia. La disociación de Ofelia entre interior y exterior, parte superior e inferior del cuerpo, reflejaba en paralelo la disociación de su padre en bueno y malo, heroico y degenerado. Y de este modo se había introducido en su visión de Ofelia un cierto grado de desprecio, que - sugerí - era de hecho la causa de la impotencia.

Hamlet no tomó el reto. Se fue con mudo y lacónico cinismo que me inquietó aún más que su furia. Evidentemente la humillación le resultaba insoportable, y aquella

facilidad de palabra de sofista cuya ocultaba, me pareció a mí, un profundo fallo de contacto emocional. Sospeché que Ofelia se estaba convirtiendo en el nuevo foco de su ambivalencia - su amor y su antagonismo - suplantando a sus padres y a Polack. Y sus ataques contra la belleza y la verdad, que ahora iban a ir contra esta vulnerable chica, me herían en lo hondo haciéndome sentir que quería defenderla. El piloto de guerra se despertaba en mi interior. No obstante me dije una vez más que no debía empujar a la joven pareja, y que su relación tendría que evolucionar por sí misma.

Unas sesiones más tarde, un lunes por la mañana, Hamlet bajó las escaleras del consultorio a golpes, tropezando con desacostumbrada torpeza con paredes y puertas (él que normalmente se movía con la rapidez y ligereza de un gato). Al entrar en la habitación, le pegó tal puntapié a la moqueta con la punta de la bota, que la levantó por donde estaba un poco suelta a la entrada.

“Ya es hora de que arregle esto un poco”, dijo en voz baja, “es un asco”. Se tumbó sin sacar las manos de los bolsillos de la chaqueta, con los codos en ángulo hacia fuera, y me anunció:

“Por fin Claudio me ha echado de casa.”

(Yo estaba al corriente, y él lo sabía, de que sus padres se iban a mudar de la casona de Hampstead a un piso más pequeño, también en Hampstead, porque su padre había decidido retirarse del negocio) Tras una larga pausa cargada de muda indignación, dio voz a su queja:

“En el lugar que han encontrado no hay sitio para mí. ¡Una joya de pisito! Claro que yo ya le he dicho a Claudio que no aguanto su manera de armar cosas a mis espaldas, que me doy por enterado. En realidad me alegré de poner las cosas claras.”

Le pregunté si no había un cuarto para él en el piso nuevo.

“¡Cuarto, qué cuarto! “ resopló con malhumor. “Ah sí - un cuarto. Me han dado una especie de hueco en un descansillo, del tamaño de una jaula de hamster. Y mi madre dice chorradas de que me van a poner una claraboya y armarios empotrados y que será ideal para cuando yo vuelva a pasar temporadas en casa. ¡Cuando vuelva! ¡Ni lo sueñen!”

Le señalé la ansiedad claustrofóbica tras ese sentimiento de desposesión - desplazado y encerrado por sus padres en la jaula del hamster mientras se “armaban” cosas a sus espaldas. Había ecos de la queja del Fantasma respecto al destete. Había también envidia del nidito que se estaban haciendo sus padres (relacioné esto con el puntapié que le había dado a mi moqueta); sin olvidar su negación de ansiedad respecto a la razón por la que se mudaban, que era concretamente la enfermedad de Claudio.

“¡Nidito!” dijo con desprecio. “A mis espaldas y a su edad - es asqueroso. ¿Por qué cree que han elegido hacerlo en mitad del trimestre cuando yo estoy en Cambridge? La boba esa no se da cuenta; todo lo que organiza Claudio le parece de maravilla. Lo que sea, para tenerle contento. Es una respuesta pavloviana. La ciega su propia libido. Con tal de que haya sitio para su cama extra doble, y un salón suficientemente grande para invitar a legiones de tipos fascinantes, todo es ‘¡de mil maravillas’! Según ella va a ser muchísimo mejor, más fácil de cuidar - cosas que le dice Claudio para tapar la verdad, que es que me quiere quitar de en medio - pero ella no se da cuenta”

Soltó la parrafada en tono ultrajado, y tras una brevísima pausa concluyó: “No, no aguanto el estilo de Claudio - es asfixiante. El patriarca burgués sentado, como una panzuda araña en el centro de su red. La verdad es que me alegro de irme.”

Esta vez conecté la furia y ansiedad de Hamlet al verse desplazado, echado de casa, con el episodio de impotencia, tan humillante que no se había atrevido a admitirlo. También esto estaba generado por su identificación Batman con una figura patriarcal agresiva, caudillo de mujeres, cabeza de la casa, que a él le hacía sentir “asfixiado”, preso.

“No se preocupe”, dijo Hamlet sin escuchar la interpretación mía. “Estoy tomando medidas para salir. Yo no guardo rencor, veo que tenemos que ir cada uno por un lado. No sirve de nada quedarme ahí como una gallina estreñida esperando a que mi tío cambie. No puedo vivir del aire y de promesas meramente. Necesito libertad de

interpretación. Esta es mi oportunidad de jugarle la jugada al cabroncete y que todos vean lo que pasa. ¡Y *Ella* en especial!”

El tono de excitación en la voz era siempre una mala señal, y ahora en el contexto de su estado de ansiedad y de cerco, eso de la “libertad de interpretación” y de “salir”. ¿Qué estaba realmente ocurriendo? le pregunté en tono de sospecha.

“Bueno,” empezó en tono un poco triunfal, “ pues que le he puesto las cosas claras a Polaquito, y voy a montar la obra de Shakespeare al final del trimestre. Cuando mi madre la vea le va a estallar el cerebro. Van a entender por fin quiénes son. Incluso a Claudio se le van a abrir los ojos - si su embrutecimiento aún se lo permite.”

Su tono fanático me hizo sentir punzadas de angustia ya antes de que confesara que la obra que iba a montar iba específicamente dirigida contra sus padres. ¿Cuál era? le pregunté (no sé por qué yo había pensado en *Otelo*).

“Pues aunque le parezca mentira es *El sueño de una noche de verano*. Extraña elección, dirá usted, una obra para niños. Pero tendría que ver las fantasías oscuras y bestiales que se esconden tras todo ese rollo de las hadas. Si profundizas las puedes disparar muy alto.” Luego me contó con satisfacción que Ofelia había aceptado hacer de Titania y que iba a actuar un número de *Cabaret* que era canción y baile, que había incluido él; pero que su hermano se negaba a hacer el papel de uno de los acompañantes. “Le he intentado explicar que en *mi Sueño* - ¡un Sueño de 1973, por Dios! - no quiero hadas que sean nenas de ballet , que lo que quiero son hombrotos, y él hubiera estado perfecto en el papel. Pero bueno, tengo a Rosenfeld y Gildstein que me van a hacer de Flor de guisante y de Telaraña, y dos chicos del primer año, Peacock y Seaman, que van a ser Polilla y Mostaza. Y todos van a ser también los Mecánicos para hacer resaltar la ambigüedad general. Yo voy a ser Carrete, claro. O sea que en líneas generales así va a ser. El arte consiste en reunir las personas idóneas para expresar mi mensaje.”

A medida que escuchaba sus “ideas generales” iba sintiendo que me ponía de mal humor. Estaba convirtiendo la obra en una especie de fantasía masturbatoria omnipotente con una base en los “enormes” dedos-hadas-mecánicos. Ahora le tocaba a

Shakespeare ser el rehén. Pero no era eso lo que me preocupaba, sino la mezcla de santurronería y violencia en su lenguaje - por ejemplo “disparar muy alto” y “estallar el cerebro de su madre”, y sobre todo la actuación pública de su fantasía con Ofelia en papeles centrales. Al explicarle esto, le previne a Hamlet de la posibilidad de que su relación privada con esta chica quedara estropeada.

“¡Es *mi* novia!” protestó, no tanto con aire posesivo como de autoritario, como un aristócrata del siglo XVIII hablando de su criada. Le dije que eso no le autorizaba a tratarla como si fuera su puta.

Se echó a reír groseramente, un tanto sorprendido, y se defendió diciendo: “Pensé que era usted más avanzado en el asunto de la libertad sexual. Una puesta en escena tan radical como la mía ha de chocar a la generación de los mayores, a algunos, lo comprendo. Usted claramente está tan constreñido por valores anticuados como los demás.”

Eslogans del tipo “libertad sexual” y “libertad de interpretación”, dije, eran banderas llamando a la acción y contaminarían sus relaciones privadas. Era otra manifestación del lado omnipotente de “joder y joder”.

“¿Y qué diferencia hay entre lo que usted llama mis ‘eslogans’ (porque no le gustan) y sus ‘valores’, que están totalmente pasados pero que yo no le echo a usted en cara?”

Los valores son flexibles, expliqué -son una base de comunicación entre la gente. Los eslogans sirven para imponer la voluntad propia sobre los demás.

“Honra a tu padre y a tu madre... a eso se reduce ¿no? según usted”, dijo burlándose, como si incluso a mí ese “valor” tendría que parecerme demasiado simplista, una *reductio ad absurdum*.

De acuerdo, le dije ya un poco molesto, podría empezar por considerar “honra a Shakespeare” como un punto de partida razonable para la puesta en escena, en lugar de empezar organizando todo y a todos en torno a su papel de director, a fin de - citándole a él - “expresar su mensaje”. Después de todo, Shakespeare era el padre de su propia obra y la obra tenía su propia dignidad estética, que él no tenía derecho a violar.

“Ah, de eso se trata ¿no?” dijo en tono triunfal, como si por fin hubiera conseguido sacarme el secreto de mi resistencia. “No le hace gracia mi interpretación. ¡Ya me lo figuraba! Toda esta pretensión de que el psicoanálisis es un proceso científico, y ahora resulta que usted no es más que un romántico de la literatura. Para usted Shakespeare es una especie de dios que no se ha de profanar con la realidad de la vida cotidiana; ¡no ve que no era ni más ni menos que un gran escritor que sacaba una obra tras otra para sus mecenas!”

Se fue con su omnipotencia principesca no sólo intacta sino más hinchada, y yo me quedé melancólico y frustrado. Comprendí que mi esfuerzo por rebajarle esa omnipotencia había fracasado totalmente, y durante una temporada se cuidó de no hablar mucho de la obra, aunque yo era consciente de que el fuego seguía ardiendo en segundo plano. Estaba claro que no quería interferencias y desarrolló una actitud un tanto paternalista hacia mí, como si de mí dependiera el reestablecer mi posición de confidente profesional suyo tras haberme pasado de la raya. El, por su lado, era meticuloso en cuanto a puntualidad y otros aspectos formales del setting analítico, pero de un modo que dejaba ver que en realidad esto reemplazaba a la verdadera cooperación, que era una patraña que cubría su básica reticencia. Veía yo igualmente que me había convertido en rehén de sus bufonadas principescas, ahora que inevitablemente había descubierto mis valores estéticos, lo cual me hacía sentir vulnerable e incómodo. Me aconsejé a mí mismo más cautela por el momento y paciencia para esperar sueños. A Hamlet le costaba recordarlos, pero por fin me trajo uno interesante y serio, que a pesar de su aire de egocentrismo, parecía un augurio esperanzador en su relación con Ofelia. Empecé a pesar que quizá esa relación escapara al efecto dañino de la obra.

Dimos en ponerle al sueño el nombre de “Ser o no ser” porque trataba de la cuestión de “ser” amante, y decía así:

*“Doctor Horacio, si caer enamorado o
si no caer enamorado no sé.
De indecisión estoy enfermo,*

*Sin norte la corriente de mi decisión.
¿Bebió mi padre esta misma bebida?
¿Le propulsó a un universo de males?
¿A paladear amargura y una miriada de golpes
Como rayos salidos de las amenazadoras nubes
Del centro de la vida, que sólo en la muerte
Encuentran su fin?
¿Qué sueño podrá ayudarme a mí,
El ignorante superviviente de su catástrofe?
Y si salir pudiera de esta mortal tenaza,
Mi desnuda alma recién nacida
Pausada quedaría al borde del temor,
Perpleja al borde del abismo
Mientras a sus pies en el nebuloso horizonte
Se extiende el mundo. ¿Para qué volar
Hacia pecados desconocidos ? ¿Salto sería
O caída quizá ? Y mientras inmóvil aquí estoy,
El formador espíritu de ella despierta en mí el recuerdo
Como fresco rocío en la temprana madrugada,
Y a Dios ruego
Que amor y fama en la nada se confundan.”*

“Sé lo que significa ese sueño”, afirmó con confianza. “Significa que en realidad estoy enamorado de Ofelia. Lo pensé ayer después del ensayo. Rosenfeld me dijo que era yo un tipo con suerte por estar saliendo con Ofelia, que a él le hubiera gustado- lo dijo de una manera muy natural, casi bromeando, y se fue. Pero me hizo pensar, vi que es natural que todo el mundo quiera conseguir a Ofelia y que soy un tipo con suerte. Me recorrió una sensación agradable de calor - me sentí extraño y triste. Pensé que quizá podamos hacer que la cosa funcione.”

Luego empezó a hablar del sueño, y de que “todo eso de encontrar su fin se refiere al sexo, no a la muerte” y a la sensualidad en su familia, que él había “heredado pero ahora se veía más capaz de aceptar”, porque sabía que Ofelia realmente le entendía, incluso sus complejos. Que habían trabajado juntos en la obra, y que ella de verdad entendía lo que le pedía que hiciera, y que reconocía que era “fabulosa - lo dice todo el mundo”.

“El del espíritu formador es Coleridge ¿sabe?” me comunicó. “Y lo de el amor y la fama es de Keats - hemos estado estudiando esos dos este trimestre. Yo antes pensaba que lo de las lunas y las cascadas de los Románticos era una pérdida de tiempo comparado con las brújulas y los telescopios de los Metafísicos, mucho más parecidos realistas. Pero ahora les encuentro su utilidad a los Románticos.”

Noté el egocentrismo infantil que había aún en las confidencias que me hacía cuando sentía que yo estaba “contento’ con él. Era una indicación de su inestabilidad; con un corto paso entraba fácilmente en la arrogancia maníaca. Su entusiasmo tanto por Ofelia como por los Románticos parecía basado hasta cierto punto en que podía “usarlos” para sus proyectos. Aún no había captado la idea de comunicarse con su novia, o de aprender de los poetas. Creía que Ofelia le “entendía”; y con mucho tacto le indiqué si se le había ocurrido pensar si él la entendía *a ella*. A lo cual había que añadir sus juicios sobre la utilidad de la dicción poética en la “vida real” (es decir para él) sin pensar primero si había entendido el uso de la lengua que hacen los poetas.

Esa falta de humildad era muy característica de lo que yo le había descrito como su mentalidad “princesca”. Dirigida por supuesto hacia mí también en el sentido de que yo era un miembro de su séquito, con la función estricta de observar y apuntar, escuchar sus confidencias pero sin el poder de limitar sus actuaciones. Eso hubiera sido pasarme de mi papel - una especie de falta de decoro. Había elegido en consecuencia el *Sueño* de Shakespeare, y desplazándome como intérprete de sueños, me daba - a mí su amanuense o escriba - su propia versión. Le indiqué que me estaba tratando como su futuro biógrafo, testigo de sus manifestaciones emotivas pero sin el poder de hacer una intervención efectiva. Esto le hizo reír, se lo tomó - desde su

postura de príncipe - como un cumplido a su hábil manejo. Y una vez más fui yo el que se sintió herido y vulnerable.

Así pues, volví a la interpretación de su último sueño que, como todos los suyos, estaba cargado de significado emocional. Le subrayé su importancia en primer lugar como pausa para empezar a pensar - algo raro y deseado. La actuación (la “corriente de la decisión”) estaba suspendida en el aire, y había por ello un poco de espacio para pensar. Nada era inevitable aún. Los canales ya existentes por los que se lanzaría la acción habían quedado “perplejos” (la evocadora palabra del sueño). La dirección de Hamlet ya no era obvia, no estaba propulsada por eslogans y santurronería.

Lo cual significaba también que su posición respecto al “enamoramamiento” era frágil e insegura. En el sueño la imagen que aparecía no era la “sensación de agradable calor” que él mismo había descrito: el goce de la satisfacción y la posesión, el triunfo de haber conseguido una chica deseable. Lo que el sueño mostraba eran cosas mucho más complicadas, el amor iba sociado allí con “choques”, “amargura”, relámpagos, etc. y la implicación era que su padre había estado equipado para enfrentarse a esta clase de turbulencia emocional. Era una interesante variación sobre el tema del heroísmo de su padre en el Sueño del fantasma. Hamlet estaba quizá “acercándose” a una experiencia así, pero no había aún “dado el salto”. Su “perplejidad” sugería una cierta decepción en lo que para él era satisfacer a Ofelia y en su propia satisfacción sexual, que no era ni tan inmediata ni tan poderosa como había supuesto. Le señalé que era aún un principiante en materia de amor sexual, y que sólo poco a poco descubriría las complicaciones y confusiones implicadas en ser un amante.

Era realmente un sueño sensitivo y muy revelador; con un gran potencial para ayudar a Hamlet en su relación con su novia. Pero, debido a mi entusiasmo, sobrevaloré la capacidad de Hamlet para tolerar interpretaciones que le parecieran minar su dignidad de príncipe. El conectar ese sueño con el del fantasma, y recordarle que en esa área su estatura se presentaba aún como más baja que la de su padre, me hizo casi perder mi muy tenue papel de confidente suyo.

“Espere hasta que vea la obra”, me dijo fríamente. “Sitúa todos esos complejos sobre el amor que nos vienen de las novelas de caballerías en una perspectiva moderna. Claudio y la gente como él van a quedar desinflados.” (¿Sería yo también “gente como él”?) “Va a venir a verla, ¿no?” añadió de repente, alarmado. Le expliqué que no me parecía oportuno.

“Pues se va a perder algo bueno”, dijo en tono cargado de significado.

No me cabía duda. De hecho apenas si podía tolerar pensar en su arrogante profanación de la obra, aunque por la curiosidad que tenía de ver a Ofelia casi me sentí tentado a ir sin que me vieran. Pero era muy arriesgado y lo descarté por miedo a que si se enteraba Hamlet, su omnipotencia recibiría un nuevo impulso. Además, sentía que la obra nos estaba haciendo perder tiempo analítico, y dando paso a las bufonadas de director y príncipe de Hamlet, impidiéndonos tratarlas seriamente dentro del contexto analítico. Cada vez que hallábamos evidencia de su omnipotencia y egocentrismo, él se refugiaba inmediatamente en la Obra, como si allí residiera la respuesta a todo. Todo el que la viera -venía a decir - perdería sus viejas inhibiciones y quedaría iluminado. Se abriría paso al Nuevo Príncipe.

Y en esta ocasión, cuando pasó delante de mí al salir del consultorio, me miró breve pero intensamente a los ojos y me dijo: “Ya verá usted, doctor Horacio, que hay más cosas en los cielos y la tierra que en su filosofía ‘de los sueños’. Hasta la vista.” El fuego de aquella mirada oscura bajo los mechones de pelo lacio que le caían verticalmente sobre las mejillas me hizo presentir algo. Me dije a mí mismo que había que prepararse para una erupción volcánica en su estado mental.

CAPITULO CUATRO

La Ratonera

Ofelia: Podrías hacer vos de coro, mi señor.

Hamlet: Podría hacer de intérprete entre vos y vuestro amante si pudiera ver el jugueteo de las marionetas.

Ofelia: Sois muy agudo, señor, muy agudo.

Hamlet: Os ha de costar un quejido desafilarme.

Ofelia: Mejor aún, y peor.

Hamlet: Así confundís a vuestros maridos. Empieza, asesino. Deja tus malditas muecas y empieza. Vamos, que ya grazna el cuervo pidiendo venganza.

[III. ii. 240-248]

Fue Hamlet quien primero describió su versión de *Un sueño de una noche de verano* de Shakespeare como una “ratonera” concebida para exponer a sus padres lo estúpido y pornográfico de su amor. (Parece ser que Claudio tenía la costumbre de llamar a Gertrude “ratón”.) Pero para cuando acabó el montaje todos los participantes en la obra habían sido insultados o heridos de algún modo.

“Aquí hay mensaje político”, me explicó en una de esas conferencias que me daba, en que yo tenía que usar iniciativa y energía para intercalar una palabra.

“Digamos que soy un hombre que tiene una misión. Necesito una obra de teatro para despegar - y para tomar forma la obra me necesita a mí. Eso es lo maravilloso de la poesía, que pide a gritos que la vuelvan a escribir las generaciones siguientes. Y ahora que la idea de Autoridad del autor está desacreditada, los nuevos poetas como yo tenemos que enfrentarnos al deber público de dar forma propia al canon del viejo poeta. En eso está el reto. La gente debería estar agradecida de que haya una persona

como yo que le quita el oropel a esta obra y expone su secreta bestialidad. A veces el amor hace daño.”

Le dije que eso eran tácticas terroristas con su mezcla característica de beatería y autosatisfacción. Ya le había advertido repetidas veces del peligro de “vengarse” de sus objetos mediante actuaciones maníacas, y decir que era “un hombre con una misión” y que iba a “despegar” con la obra evidenciaba actuaciones al estilo del sueño de Batman - el aspecto agresivo del fantasma-piloto. En el sueño del fantasma era tal su confusión con el pene de su padre que no podía distinguir si éste era heroico o asaltador. Y ahora estaba actuando como si estuviera viviendo dentro, actuando de forma militar sobre la obra que había llamado “una obra para bebés”. La obra era el bebé de Shakespeare y él la había cogido como rehén para atacar a sus padres.

“Se expresa usted como Polly, fraseología de adoración”, dijo, tratando claramente de contener su desprecio y como si hablara a un niño más bien lelo. “Esto no es un aula de clase, es el escenario. La adoración produce como resultado la muerte del arte. ¡Hasta que yo no le dé a esta obra un público y la haga relevante para los complejos temas de la actualidad, se va a quedar en el desván del English Heritage, entre guardianes fosilizados como el catedrático Polaquito!”

Seguí durante bastantes sesiones tratando en vano de hacer mella en la beatería de lo que él llamaba su “misión” y de hacerle tomar contacto con la ambivalencia y hostilidad hacia lo estético que habían aparecido de manera clara en sus diatribas contra la “verdad” y la “belleza”. Cada vez que adelantaba yo un poco se ponía irritado y lleno de desprecio y me daba un corte; luego - quizá en la sesión siguiente - se le notaba ansioso y como furtivo, tratando de averiguar si no me había convertido en enemigo suyo. Pero el contenido concreto de lo que él llamaba mis “sermones” le resbalaba, y con este paciente, me resultaba difícil describir la transferencia sin ayuda de sueños. Sin un sueño delante, con su evidencia transferencial gráfica, era fácil caer en el tipo de debate conflictivo que Hamlet buscaba, donde la emocionalidad de nuestra relación se disipaba.

A una de esas sesiones “furtivas” trajo por fin un pequeño sueño sobre *un enorme tejo que crecía en un lugar cercado, con unos peldaños y una balustrada de piedra en la parte de delante y en el fondo una mansión (que le recordaba al Museo Fitzwilliam). De dentro del árbol llegaba una extraña voz que - a intervalos regulares - se quejaba y lloraba con fuerza diciendo “¡Suéltame, suéltame!” Llegó el guarda, abrió el candado de la cerca y dió un golpe con su bastón en el tejo, entonces surgió de una abertura de la corteza un animal pequeño, parecido a una ardilla, y se escabulló muy deprisa. Pero el guarda parecía enloquecido y corría dando vueltas al árbol gritando “¡Mi dinero, mi hija! ¡Mi dinero, mi hija!”* En el sueño no le había parecido cómica la escena sino una manera lógica de tratar un problema serio.

Hamlet me dijo que el árbol con los peldaños y la fachada de la mansión le recordaban el escenario para su obra, y que el guarda, calvo y con barba puntiaguda, le recordaba al catedrático Polack. A mí me parecía que el sueño tenía algo que ver con su claustrofobia y la liberación de su feminidad bloqueada, pero no estaba claro si el guarda-catedrático era el carcelero, el liberador, o ambas cosas. No hacía mucho Hamlet le había descrito sarcásticamente como “guardián” de la literatura; de donde venía la asociación con el Museo; también apuntaba hacia una actividad de guardián estéril, no creativa, quizá ligada a la idea de “dinero” más que de “hija”. Las palabras del guarda sobre su dinero y su hija nos llevaban también al sueño de la “caja de bombones” del principio del análisis, en el que el catedrático exhortaba a sus hijos a “crecer y prosperar”. También en ese sueño había una ambigüedad similar sobre la idea de prosperidad: ¿significa crecimiento y desarrollo, o riqueza y éxito?

“Así es exactamente Polaquito”, dijo Hamlet sarcásticamente. “No puede uno decir cuál de sus dos obsesiones es mayor, si la posesión de Shakespeare o de Ofelia.” Confesó que había tenido un altercado con el catedrático cuando éste fue a ver el ensayo general de la obra. “¿Qué se puede esperar a su edad?” y alzó los hombros en actitud de desdén. “Tiene una tremenda confusión de ideas: que si le gustó esto, pero no le gustó esto otro, y que si tal, y etcétera.”

Le interpreté que me atacaba a mí, no sólo a Polack, por tener una actitud de posesividad respecto a la obra y a Ofelia. Yo era, claro, el guardián del psicoanálisis. El sueño confirmaba la localización de nuestro problema actual en el campo de la vitalidad estética y de la necesidad de que el objeto estético tuviera libertad. Este era nuestro tema constante, en el contexto de la Obra como objeto femenino estético, donde residía la feminidad de Hamlet, ligada igualmente a su relación con Ofelia.

Al decir yo esto Hamlet giró bruscamente la cabeza y dijo en tono agresivo y con gesto de orador: “Lo que ocurre, doctor Horacio, es que tiene usted unas ideas tan fijas sobre la jodida obra que aunque no para de hablar de ella, ni se ha tomado la molestia de venir a ver mi montaje!”

De nuevo le expliqué que no sería correcto que yo fuera a verla, y que era mejor que me lo contara él. En una obra, me replicó, “ todo reside en el contexto y la puesta en escena”, añadiendo que mi esclavitud al dominio de la palabra era tan seria como la de Polaquito: “Pero si viniera a *verla* - especialmente la manera de actuar de Ofelia-; se quedaría de una pieza!”

Descríbemelo, le dije - reprochándome mi cobardía por haber creído que el tema se olvidaría sin darlo vueltas otra vez.

“Vale”, empezó con un cierto desafío pomposo. “Empecemos con que el meollo está en las escenas entre Carrete y Titania en el bosque, y que el bosque es, claro está, la fachada de un burdel, de uno de clase fina, que es donde los aristócratas de Atenas van a recibir lecciones sobre el acto sexual y cómo hacerlo - y no pueden casarse hasta que no han pasado por allí. Lo de las serpientes de dos lenguas y piel esmaltada, arbustos, matas de pubis, y rayas de jugo mágico, son todo referencias en clave a las partes sexuales. La función de las hadas es el precalentamiento, lubricar el proceso y ponerlo en marcha chupando de las bolsas de miel, encendiendo los muslos con luciérnagas... Bueno es que sólo tienes que ver los nombres: Calabaza, Guisante, Mostaza. Titania lo llama “hacer las reverencias”. O sea que todas las hadas son estimuladores sexuales, y por eso su papel y el de los mecánicos lo hacen los mismos actores, van vestidos con ropa de rugby y hacen un numerito en que cantan y bailan

con Titania, una especie de streaptease fino. Debería verlo, en serio. Cuando aparece Carrete, el ritmo cambia a jazz porque las hadas están entonces a su servicio y él las puede usar para satisfacer a Titania, que resulta que es todavía virgen; por eso está hasta las narices de Oberon - que es impotente (razón por la que está tan obsesionado con el mundo de la droga). Pero cuando ella conoce a un hombre de verdad, que lleva los cojones en la cabeza (culo-cabeza, claro está) le cierra la trampa, y como a él - él mismo lo dice- le falta 'ingenio para salir del bosque' - queda atrapado entre sus piernas y con "la lengua, o sea el pene, hecha un nudo",. Y no le importa porque eso se le da bien. Y a ella le trae sin cuidado que él sea un obrero simplón, mejor, porque lo que quiere es esclavizarle:

“ Tu mortal bajeza de tal modo purgaré,
Que como etéreo espíritu volar podrás”

le dice a Carrete. Lo de 'purgar' es una referencia en clave al orgasmo masculino y después viene una tímida queja contra 'el lloroso ojo de la luna' que provoca lágrimas 'en todas las florecillas' (está bien claro lo que significa) 'lamentando la forzada castidad'. Lo que pasa, como ya sabemos, es que ella se muere de ganas de que le fueren la castidad, que es lo que hace Carrete:

“Como la dulce madre selva alrededor
de la viña loca ensortijada, así la hiedra fémina
rodea los cortezosos dedos del olmo.”

Dedos o verga - con tal de que le vaya subiendo, ella se encarga de rodearlo con sus músculos, y voilà : ¡el orgasmo femenino! Con tal de que esté bien 'cortezoso' ella feliz . . . y en eso consiste la ambigüedad de Shakespeare” - y concluyó con esa nota triunfante y provocadora.

He de confesar que me sentí provocado, intolerablemente provocado. Ahora estaba más claro que el agua que lo que había empezado como un acto de "venganza" contra sus padres, un intento de separarlos ridiculizando su sexualidad, había pasado a centrarse en Ofelia, que era ahora la víctima principal de su fantasía abusiva. Toda la

obscuridad machista de su interpretación de la obra iba dirigida contra ella, presentándola ante todos como una puta. Le dije que no necesitaba ver la obra para saber, gracias a su descripción, que también dirigía su antagonismo contra el análisis, invitando a ridiculizar el mundo del “sueño” y mi papel como intérprete de sueños.

“Por Dios, doctor Horacio, es usted un pelma”, me respondió riéndose de mi temor. “No sé por qué le da tanta importancia. ¿Por la reputación de quién se inquieta tanto? Porque soy yo, no usted, el que se la juega aquí. En cuanto a Ofelia, ella quiere estar en la obra, yo no la fuerza. Es el vehículo ideal para su talento.”

Le respondí que no se daba en absoluto cuenta del desprecio que mostraba hacia Ofelia al presentarla como esclava de sus manipulaciones sexuales. Y que lo mismo hacía con la obra de Shakespeare: víctima de sus deformaciones de director - las “indirecciones” del intruso, empotrado en su identificación con un pene “principesco” agresivo. Eso no era “ambigüedad shakespeariana” sino una imposición suya, una “ratonera” en la que quedaban pillados todos: sus padres, su amiga, Shakespeare y el análisis.

Dijo unos cuantos tacos y añadió: “¡Por fin tengo la oportunidad de hacer algo creativo, y lo único que se le ocurre a usted es mandarlo a la mierda! Muy bien, pues le digo una cosa, piensa el ladrón que todos son de su condición.”

Y se fue en son de guerra y echándome una mirada asesina.

Pocos días después habían concluido ya las representaciones de la obra y se acercaban las vacaciones de Navidad. A la sesión del último sábado Hamlet vino con un destello maníaco, como de fanático, en los ojos. Llevaba una enorme cadena pesada por encima de la chaqueta que le daba aire de señor alcalde. Apenas si me miró, se fue directamente al diván con expresión de enfado y empezó inmediatamente un discurso:

“Lo crea o no, su Alteza Real solicitó anoche una conversación privada conmigo en sus aposentos. Y dada mi humilde posición en palacio sentí que era un gran honor para mí que se me concediera esta rara y privilegiada oportunidad de hablar a solas con mi madre. Jamás se percató de mi existencia cuando vivíamos en la misma casa (estaba demasiado ocupada) - aunque le sobraba tiempo para cotillear de mí con

Polaquito y el resto de sus acólitos. Su señoría el Rey estaba de morros y se mantuvo apartado como siempre que que hay lío. Los cojones de los patriarcas no dan para más.”

Luego pasó a explicarme que después de la última sesión había ido al piso de sus padres, no para quedarse a dormir, sino para recoger unas cosas que iba a llevar a casa de Nando y para comer algo “porque donde Nando nunca hay nada”. Sabía que sus padres estaban fuera con unos amigos, viendo una película sensiblera de esas de Bergman en el Everyman. Pero justo cuando se iba entró su madre, sola, “o simulando estar sola” y se empeñó en que tenía que hablar con él.

“ ‘Hamlet, cariño’, empieza” (empezó él), “ ‘hace tiempo que tengo ganas de hablar contigo’ (¿es que te lo prohibía alguien?) ‘pero no he sabido como abordar el tema - has vivido muy a tu aire últimamente’ (sí, he tenido mucho en que pensar, mudarme con Forte y Nando para empezar, porque no aguanto esta Exquisita Casa ni en vacaciones). Luego se pone a quejarse, de ese modo femenino, entrecortado y nauseabundo que tiene. ‘ Por supuesto han sido tiempos difíciles para todos nosotros’ (¿ah sí?) ‘ y es imperativo que pensemos seriamente’ (está bien, está bien, me alegro, estoy totalmente a favor de pensar en serio; ¿se habrá percatado por fin de que en la vida hay algo más que fornicar?). Y luego tengo que escuchar un rollo de que ella, y Claudio y Polaquito, y todos han estado preocupadísimos por mi conducta (o sea cotilleando a mis espaldas, gracias mamá , me honra ser el objeto de vuestra dedicación y atención, de estar tan en demanda entre todo quisque, el quisque en especial). Y para terminar se pone bien tiesa, dando toda su enorme talla de un metro cincuenta y lanza el siguiente anuncio:

“Mi querido Hamlet, tenemos que tratar qué se va a hacer, tú ya no eres un niño, y ella tampoco.”

(¡Ah! pensé, con cierto presentimiento, vamos llegando.) Pero él siguió con su perorata:

“Y volvió otra vez a las tonterías de que si intenciones serias y sentimientos femeninos y esas sensiblerías que supongo saca de películas y novelas - el género

femenino tiene un apetito insaciable de bazofia sentimental. Me ponen enfermo. Intenté hacerle entender que *mis* sentimientos son reales- indudablemente sobrepasan su capacidad de comprensión - y que los misterios de mi mente tienen sus raíces en lugares distanciados sideralmente de los culebrones televisivos y los peliculones de Bergman.”

Aquí Hamlet hizo una pausa para que la nota de amor propio herido contenida en sus palabras se me hiciera patente. Vale, pensé, me va a explicar lo que pasa. ¿Y bueno? le pregunté.

“Bueno, pues por fin, después de todo eso” - declaró en tono solemne- “después de todo el rollo macabeo, me dijo: ‘No sé si sabrás que Ofelia está embarazada’”

Dios mío, pensé yo.

“Me lo dijo así, la zorra - tan feliz y contenta, sin avisar, así, para hacerme quedar como un completo idiota. Me dieron ganas de darle un tortazo. Y me sentí como si ella me hubiera dado un tortazo a mí. Creo que no la pegué, pero no me acuerdo, quizá la agarré de los hombros y la sacudí. Tenía ganas de vomitar de la rabia que tenía, literalmente vomitar. Lo único que recuerdo es que salí al tiro dando un portazo.”

Este inesperado golpe me desalentó. No podía haber llegado en peor momento en el análisis. Cuando llegan las desgracias, pensé, no vienen en solitario como espías, sino en batallón. Los sentimientos asesinos de Hamlet no estaban contenidos en el análisis, estaban haciendo su aparición fuera, pero él era inconsciente de las implicaciones de su violencia. Noté (cosa que él no había notado) que Gertrude le había asustado, y con razón. Era esencial sacarle de esa torre de beatería en que se encerraba y ponerle en contacto con sus emociones. Le puse en sobreaviso muy claramente de los peligros de dejarse invadir por la masculinidad asaltadora, antifemenina del sueño de Batman, que había resultado casi en violencia concreta contra su madre.

Escuchó mi urgente interpretación con impaciencia, irritado, y me acusó de dejarme seducir, “como todos los demás” por su madre:

“No lo ve, es que usted no ve que soy yo la víctima”, dijo en tono amargo, “y no mi maldita madre”. ¿Que se cree usted, que iba a asesinarla como a una de esas heroínas góticas? ¡Tengo derecho a tener sentimientos! ¡No soy un estirado flemático como Forte! “ (Forte era uno de los amigos de Nando a quien Hamlet había cogido especial manía.) Y luego continuó con más odio aún: “¡Tiene *ella* tanta culpa como el que más, sí, Ofelia! Otra de las favoritas de usted, sí, quien en su belleza e inocencia está fuera de toda culpa, a no ser la de ser corrompida por algún tipo despreciable y depravado como yo. ¿Por qué no me lo dijo ella primero? ¡No!, va a contárselo a su padre, ese viejo chocho que va corriendo donde mi madre y los tres se ponen en contra mía, a mis espaldas, relamiéndose de que ahora tienen algo concreto contra mí. Incluso es posible que consigan atarme con la camisa de fuerza de un matrimonio burgués para que me convierta en un imbécil de postín como ellos - ‘Sé buen chico, Hamlet, anda’ - ¡Y *ella* es la que me ha metido en esta trampa!”.

Rubricó con un tono de ultraje tras el que sin embargo se percibía una aguda nota de ansiedad. Le señalé que a Ofelia le habría resultado imposible comunicarle nada sobre el embarazo dado que estaba tan paranoico. Y no era lo que sus padres esperaban de él lo que le perturbaba, sino esperanzas y miedos suyos propios. Como pasaba en el sueño de “Ser o no ser” lo que le asustaba era la idea de caer enamorado, de entrar en un estado de esperanza, es decir la posibilidad de que él también podría ser un verdadero amante. Todos aquellos a los que abarcaba con su presente ataque representaban sus objetos amados: su madre, Ofelia, yo en el análisis, Shakespeare. Estos objetos amados suscitaban en él esperanzas de sí mismo.

Dijo unos tacos y dio un puñetazo en el borde del diván expresando de esa manera su furia y ridiculizando mis palabras. Y luego silabeó: “¿No puede por una sola vez ponerse en *mi* lugar? ¿No puede ver que se juntan todos para atacarme a *mí*?”

Le contesté que estaba tan convencido de que era la víctima que le resultaba difícil ver que era algo que había dentro de sí mismo lo que atacaba: sus objetos

internos que representaban esa clase de belleza que es la verdad. La verdadera comunicación con esos objetos internos, mediante los objetos amados externos, supondría sacrificar su vanidad y su egoísmo. Entendía la posibilidad de tratar de controlar a Ofelia, y de que Ofelia tratara de controlarle a él, pero era ajeno a la idea de vincular su desarrollo al de ella a un nivel más profundo que la posesión de la belleza física. Lo cual equivaldría a descubrir la belleza interna - la verdad - de una persona, el objeto amado. No podía imaginar que sus padres habían llegado a ello, que Shakespeare lo había hecho con su obra, y que yo lo hacía en el psicoanálisis – que eso era lo que significaba ser amante.

“Usted siempre se pone de parte de la mujer, ¿no es cierto?” dijo en tono acusador, “sean cual sean los hechos ellas tienen razón, ¡yo nunca!”

¿Cuáles *eran* los hechos en este caso? pregunté. “¿Hasta qué punto era un accidente, y hasta qué punto creía realmente que Ofelia era “inocente” y él el reponsable? (Porque a pesar de mi sorpresa ante la noticia del embarazo, la insistente hostilidad de Hamlet me daba cada vez más la impresión de que no había sido un “accidente”.)

“Los hechos” dijo irritado y en tono evasivo, “son que Ofelia tiene la misma edad que yo y que estamos en 1974. “Me está usted acusando de violación o algo así? Porque le aseguro que nada estaría más lejos de la ‘verdad’ - como le gusta a usted llamarlo. Como todas las mujeres, ella sabe muy bien lo que hace, ¡y lo hace con Dios sabrá cuantos más aparte de mí!”

Le recordé lo de los aristócratas atenienses que tenían que ir con putas para practicar el acto sexual porque temían la impotencia. El se estaba portando como uno de esos aristócratas.

“¿Y por qué coño voy a creer que yo he tenido algo que ver con ello?” explotó. “No se puede probar que fui yo. Tendría que oír usted lo que dice Nando de ella, que la conoce mejor que casi nadie. Y ya le dije lo de Rosenfeld - ¡el cabrón! ¿Y Forte? Lleva años persiguiéndola, estaba siempre hociqueando entre bastidores en las

funciones. ¡Era un hecho patente que estaba esperando la oportunidad de echarle mano a Ofelia a la salida!”

Eso, le dije inmediatamente, eran sus celos. Antes, cuando se veía como príncipe omnipotente había dado por supuesto que Ofelia era posesión suya indiscutible. De repente ahora la veía rodeada de hombres que la esperaban entre bastidores para echarle mano. El embarazo le había desbancado de su posición de seguridad, de su arrogancia.

“¿Celoso? Yo no estoy celoso de *Forte!*” dijo con sarcasmo. “Y se equivoca usted: yo no creo que soy su dueño, eso es cosa suya. Sobre gustos no hay nada escrito. No me creo su guardián, ¡porque para empezar la mitad de las noches estoy aquí con usted! Simplemente pienso que ella debería confesar sinceramente quién fue, y ya está.”

El embarazo le resultaba evidentemente inconcebible, no podía a su juicio ser el resultado de la relación entre ellos. Era incapaz de creer que tuviera nada que ver con él, aunque yo seguía sospechando que lo había ingeniado para asentar su posesión de Ofelia, y que luego la realidad le había superado. En lugar de sentirse seguro en su posición de príncipe se veía humillado, rechazado y concluía que tenía que haber sido obra de otro a espaldas suyas. Lo medité con interés y con mayor comprensión, ya que ví con renovada fuerza su vulnerabilidad juvenil (obscurificada durante tanto tiempo por La ratonera). La ira que yo sentía se desvaneció un poco al pensar que probablemente él tenía dudas de su capacidad como amante, y esas dudas daban origen a sus nuevos celos. Su actividad como amante, sentía él, no estaba en relación con el embarazo, que le parecía algo llovido del cielo.

Y entretanto yo me preguntaba quién o qué era ese “Forte” que había aparecido de repente en el círculo de sus amigos íntimos. Fuera quien fuera en la vida real, yo veía que se me avecinaba una larga y dura batalla contra lo que podríamos llamar el “Fuerte” de la consciencia de Hamlet: su omnipotencia, su defensa contra esa nueva vulnerabilidad, cogía fuerza.

A la última sesión antes de las vacaciones trajo un sueño de significado decisivo en el análisis. Hacía referencia a la última función de la obra, a la que sus padres habían asistido.

En el sueño, *su madre estaba sentada en la primera fila viendo la obra. Se levantó y empezó a andar con paso decidido hacia el escenario, donde estaba él. Llevaba una vestimenta larga y voluminosa y una diadema en la frente. Las pesadas cortinas de color carmesí se cerraron tras ella y dirigió las siguientes palabras de reproche a Hamlet:*

“Hamlet, has ofendido gravemente a tu padre, y él ya no está dispuesto a actuar más en el mismo escenario que tú.”

A lo cual Hamlet respondió: “¿No te gusta este espejo de tu más oculto ser?” Notó entonces algo que se movía entre los pliegues bajos del vestido de ella y que le resultó repulsivo; instintivamente dio fuertes puñaladas con el espadín del teatro y vio que no era un animal como había creído sino el catedrático Polack, de tamaño de enano, haciendo inclinaciones de cabeza y sonriendo. Su madre dio un profundo suspiro y cayó de rodillas diciendo: “Hamlet, me has partido en dos el corazón.” Y el enano catedrático creció de estatura como uno de esos geniecillos de las lámparas mágicas y se transformó en su padre, Claudio, suspendido en el aire por encima de él, vestido con una bata de seda japonesa que le resultaba conocida, de un estampado de nenúfares, y con las mangas agitándose como si las moviera la brisa, extendiendo los brazos hacia Hamlet y diciendo:

“Recuerda, Hamlet, no mancilles tu mente ni a tu madre dañes”.

Hamlet sintió gotas de sudor en la frente, y creyó que estaba viendo un fantasma. Lo que más terror le causó fue la mirada de su padre clavada en él, por lo cual imploró a este nuevo fantasma:

“No fijas en mí tus ojos, no sea que trueques

El rojo sangre de mi masculina venganza

En acuosas lágrimas y concesiones,

Aflición propia de mujer.”

Luego las cortinas del escenario se abrieron, y para humillación suya, Hamlet vio las caras de los espectadores que parecían caretas mofándose y riéndose.

Esto era en verdad “La ratonera”, y también el análisis que Hamlet hacía en el sueño del significado de sus actuaciones en las semanas que acababan de transcurrir. Aquí había evidencia para poder mostrarle su vulnerabilidad de niño pequeño a medida que conseguía soltar su identificación claustrofóbica con un padre interno, tremendamente masculino, que había dominado su estado mental.

Le había costado relatar el sueño, era evidente. Para imitar la voz de queja de su madre usó un tono sarcástico, y otro muy oscuro para imitar a su padre. Parecía que lo que le hizo mella fue la “humillación” final más que las asesinas implicaciones de sus actos en el sueño.

“¡Estoy harto de que me traten como a un niño!” medio gritó. “Empiezan dándome unas palmaditas en la cabeza y al minuto siguiente me dan una patada en el culo.”

Yo estaba de acuerdo en que en el sueño él era un niño que se había metido en el dormitorio de los padres (el escenario) y que se portaba como si fuera el señor y dueño del lugar. La capa doble de telas (la vestimenta, la cortina que se cerraba) indicaban ciertamente “las partes internas” de la madre que él había atacado al apuñalar al catedrático-bebé dentro de ella.

“ ¡Picha de viejo bobo!”, replicó Hamlet. “¡El portavoz de la moralidad se lleva su merecido!”

Le recordé que se había visto expulsado de su habitación, de la “jaula de hamster” debido a su sensación claustrofóbica de estar dentro de su madre, controlándola. Esta había sido también su actitud para con Ofelia, dirigiéndola en “La ratonera”. Que el embarazo había sin embargo minado ese papel. Y que ahora el encadenamiento de sus varias figuras paternas avisándole de que no dañara a sus objetos internos, sugería que quizá había una fuerza reparadora en acción, muy

diferente de la “venganza” punitiva del padre disciplinario, o del pensar desorganizado de un padre que tuerce las palabras.

“Quiere decir usted que es como si todos se estuvieran juntando en contra mía”, fue la respuesta paranoica de Hamlet. “Pues no necesito que me lo diga un Fantasma en un sueño.”

Lo que el sueño sacaba a la luz era, le dije, su continua disociación - como cuando su madre le dice que le está “partiendo en dos el corazón”.

“Que conste que eso es su interpretación”, dijo medio entre dientes. “Desde mi punto de vista sería bueno que ella aprendiera a hacer distinciones.”

No le agradaba pensar que el idealizado piloto de guerra, el diplomático-hombre de negocios sensual, el “guardián” de la literatura, y yo como protector del psicoanálisis, podíamos ser aspectos de una misma figura paterna interna.

“¡Qué simpático!” se mofó. “Usted escribe ese tipo de cosas en sus trabajos supuestamente científicos, pero no le parece bien la ambigüedad poética de mi interpretación de una obra de teatro.”

Era el sueño en sí lo que le perturbaba, le dije, no mi interpretación - los hechos emocionales eran palpables.

Su inestabilidad actual me perturbaba , y le recalqué el aviso de violencia contenido en el sueño y los sentimientos agresivos suscitados por el embarazo de Ofelia. Era imposible decir qué forma tomaría su vulnerabilidad y sentimiento de humillación durante el periodo de dos semanas de descanso analítico. No obstante el sueño marcaba claramente un punto clave en la liberación de Hamlet de su identificación claustrofóbica con el pene-héroe de su padre tan abiertamente militar. Aquí empezaba el fin del delirio ‘tío-padre’. Le indiqué la dirección reparadora señalada por el nuevo Fantasma-padre al decir que tomar venganza contra sentimientos de mujer podría transformarse en “lágrimas”. Sobre ese ténue punto de contacto tuve que fundar mis esperanzas de que sobreviviría el periodo de Navidad, sin entrar en erupción o caer en colapso.

CAPITULO CINCO

La Tumba

HAMLET: Contemplad ese ejército, numeroso y bien armado

Que un gentil y joven príncipe conduce.

Henchido su espíritu de divina ambición,

Se jacta ante el venidero suceso

Y expone su inseguro ser mortal

A lo que la fortuna, la muerte y el peligro deparen

Aún sea por una nonada.

[IV. iv. 47-53]

El lunes después de las vacaciones de Navidad Hamlet llegó veinte minutos tarde para la sesión de primera hora de la mañana, conducido en un MG deportivo. Bajó los escalones tambaleándose y pasó al consultorio. Su aspecto era descuidado, incluso sucio, y olía a tabaco y marihuana.

“Disculpe, viejo, llego tarde”, empezó; “no pude venir antes. De no ser por Forte no habría llegado. No me encuentro cien por cien bien. Ya sé que está usted pensando que qué hago yo con ese mariquitas. Pura coincidencia. Se ofreció a traerme, le queda de camino a la oficina, y yo estaba bastante lejos hoy. Dentro de su estilo es un tipo que no está mal, tiene un cupé MG. Bueno, lo que ocurre es que tuve un sueño horrible anoche, o anteanoche, no sé. Estábamos todos en la casa que Forte tiene en el campo, o mejor dicho su madre, en Bedfordshire. Algunos están aún allí. Un lugar increíble.”

Nunca había visto a Hamlet enturbiado por la droga o la bebida (hacia las que normalmente expresaba desprecio, decía que no las necesitaba, y satirizaba las actitudes “de retrasado mental” de sus amigos cuando estaban “colocados”). A pesar de

ello me parecía que eso no terminaba de explicar su inconnexa atención y le pregunté por el sueño que había mencionado.

“Ah sí, un tanto desagradable...” dijo despacio. “Tienen una casa en el campo con un granero enorme donde nos tiramos todos juntos a dormir. Es de otro mundo, hubo un grupo tocando música toda la noche, bueno no, dos, y luces y un bar bien montado. Profesional todo, nada de chapuzas.”

Le señalé que se había quedado tan boquiabierto con la fiesta que se le olvidó acudir a su cita conmigo.

“Bueno, viejo, ya le pedí disculpas antes, ¿vale?” dijo con un poco más de energía, como si hubiera recuperado el habla. “Ya sabía que se iba a poner usted tonto, pero no había solución. Estaba todo el mundo allí, todos. Extraño, en realidad, porque siempre pensé que Forte era un creído y pagado de sí mismo, pero ahora veo que lo que le pasa es que es tímido. Y que está muy solo. Es hijo único, como yo, un consentido a más no poder. Siempre ha tenido todo lo que ha querido, esa era su fiesta de los 21 años. Su familia son muy interesantes. Su padre está casi siempre fuera porque trabaja haciendo documentales y cosas así. Y su madre es fuera de serie, no he conocido nunca a una mujer así, -¡qué personalidad! Escribe artículos sobre cultura progresista, ya sabe usted, el conocimiento de uno mismo, la sociedad alternativa y ese rollo. Es redactora de de las páginas sociales de El Dictador” (lo dijo con aire importante). “O sea que su trabajo consiste en ver llegar la moda antes que nadie. Muy raro, porque Forte es un tipo muy tradicional; si se llevaran aún los sombreros hongo él tendría uno, es un conservador de la nueva ola, sí”, añadió en tono satisfecho. “Ahora me cae mejor. Veo que tiene problemas. Apuesto a que la señora F. le organizó la fiesta, para ayudarle a romper el hielo. Sí, debe haber sido eso, seguro.”

Le indiqué que en la descripción que había dado había gran parecido entre él y Forte. Estábamos otra vez ante el chico solitario, “consentido a más no poder” y descontento con sus padres. También quedaba expresado su rechazo hacia las fiestas de sociedad y el mecenazgo de diletante a la moda de su madre, con un lado bastante controlador. Estaba empezando a adquirir forma en mi mente una pregunta sobre el

impacto de los valores de su familia sobre Hamlet: ¿había realmente algo podrido en el estado de Dinamarca? Le pregunté a Hamlet si creía que uno de los problemas de Forte era su madre y su “fuerte personalidad”.

“Oh no”, respondió extrañado. “A ella no le asusta nada, no es como mi madre. Quizá sea mucha mujer para Forte, demasiado dinámica. No, tuve una conversación muy seria con ella. Tengo la impresión de que quiere escribir un artículo sobre mí - vió mi obra en Navidad - y dijo que estaba convencida de que yo llegaría lejos. ‘El arte es lo primero’, dijo, y yo le dije que eso precisamente pensaba yo. Le dije que me preocupaba que quizá mi talento quedara diluido por razones hereditarias, y que me resultaba imperativo liberarme del estatus social. Lo curioso es que...”

Le interrumpí esa retahíla de tonterías para pedirle que me definiera con más precisión la diferencia entre la señora Forte y su madre.

“Bueno, para empezar, con ella se puede hablar”, explicó en tono confidencial. “Le hablé de mis problemas con Ofelia y me dijo que podía ayudarme - conoce una clínica buena, nueva, no una cueva de esas medio ilegales que aún existen, y que en diez minutos estaría hecho. Y lo curioso es que sabía mucho sobre psicoanálisis. Estaba muy bien informada. Estoy seguro de que lo ha probado, o algún otro tipo de terapia. Sabía que yo hago análisis, claro, y dijo que es una oportunidad estupenda para auto-observarse. Dije que sí, que bonísima. ‘Siéntate aquí’, me dijo, dejándose caer en un montón de cojines con su porro, ‘siéntate aquí y cuéntame. Lo primero: ¿de qué escuela es tu psicoanálisis?’ Y no me va a creer usted, doctor Horacio, pero le digo que se me agarrotó la lengua. Me quedé como atontado, necio por completo. Nunca me había pasado eso. Pensé, va a creer que soy un farsante, un anormal. Ya sé lo que me va a decir usted, que qué se puede esperar si estaba borracho perdido. Pero ella fue muy comprensiva, dijo que ya seguiríamos hablando en otra ocasión, que veía que mi talento no era del tipo domesticado, que yo era una persona con profundos problemas ...”

Me inquietó ver hasta qué punto aquella madre del monstruo Grendel le había intimidado y adulado a la vez con su atención seductora. Parecía la caricatura de su

madre en su aspecto de mecenas de artistas jóvenes. Indudablemente había sabido adular a Hamlet. Lo que me preocupaba, mientras él hablaba, era la posibilidad de que aquella mujer pudiera injerir en el análisis. Si Hamlet pasaba a ser un protegido suyo, ella podría elegir entre ayudarlo o atacarle ocultamente, y a través de él a mí, mi trabajo, mi vida privada. No era raro ver en los periódicos ataques al psicoanálisis escritos por gente cuya profesión era curiosear. Era bien sabido que las personas que habían “probado” el análisis y no habían podido descubrir en sí mismos capacidad alguna para sentir con pasión, se convertían o en enemigos o en apóstoles del psicoanálisis, y no había mucha diferencia entre los unos y los otros.

Hamlet le había contado a la señora Forte todo respecto a Ofelia. Malo. Pero me sentí aliviado cuando dijo que había sido incapaz de decir nada sobre mí o el análisis. Le propuse como explicación, que se le había agarrotado la lengua para proteger cosas que quería mantener privadas, y que eso distaba mucho de ser “hablar de verdad” con ella.

“Fue porque estaba totalmente colocado”, repitió de mal humor. “No sabe usted el efecto que tiene eso. Es que no es lo mío, no tengo hábito y usted es un viejo romántico con sus lindas teorías. Además, yo *pude* hablar; le conté todo lo de Ofelia. Y ella me entendió perfectamente, no como mi madre.”

Evidentemente no era muy consciente de las intenciones que había detrás de la seducción de la señora Forte para ponerse en guardia. Mi ansiedad iba en aumento y por ello le pedí me dijera quién creía que tenía un interés más sincero por su bien y el de Ofelia, si su madre o esa otra señora. Medio entre dientes dijo que era una pregunta estúpida porque la señora Forte no conocía a Ofelia - que no había ido en la fiesta - pero que precisamente por eso su consejo era más real e imparcial. Aquello era un rollo totalmente diferente porque ella no tenía “planes” para él, como su familia. Le recordé que no sólo él había sospechado que la fiesta entera había sido “planeada” por ella y de una manera tan profesional que le había dado la impresión de que él y sus amigos estaban siendo usados, más que agasajados, con la finalidad de satisfacer las ambiciones “sociales” de la señora Forte, pero que, además, el interrogatorio al que le

había sometido le había parecido más propio de una especie de bruja que quería sacarle sus más profundos y sucios secretos, “complicados y complejos”. Añadí que el que la lengua se le hubiera agarrotado, sugería que, en cierto modo, había sentido que hablar de Ofelia con la señora Forte era traicionarla, ya que el asunto no le concernía. Su sentimiento de culpabilidad respecto a Ofelia le hacía vulnerable a ese tipo de interferencia.

“¿Y por qué no me voy a dejar aconsejar por una señora mayor?”, saltó, con creciente irritación. “Me parece que es precisamente lo que debo hacer. Y ella por lo menos vive en el mundo real, mientras que mi madre habita un planeta diferente.”

El “planeta diferente”, le dije, era el campo de las relaciones íntimas; las cuales - por ejemplo las que había en su familia o en la de los Polack - se rigen por otros valores que los del mundo de las relaciones no íntimas, donde lo que se valora es la moda, el estatus social, el poder, etcétera - representados en nuestro caso por su descripción de la señora Forte y de su ambiente, que tanta impresión habían hecho en él.

“Al menos en el mundo de los Forte no me sentí como una porquería que el perro mete en casa”, dijo con un gruñido de autojustificación. “Se nota la diferencia cuando te dan la *bienvenida* en un sitio.”

Sugerí que lo que había ocurrido es que había estado buscando una alternativa a mí como analista, un seductor sustituto de la pena mental. Era aquí, en el consultorio, en el contexto de su mundo interno íntimo, donde no se sentía “bienvenido”.

“Sí, ya” me lanzó de prisa, “¡es cierto que estoy hasta las narices de sus insultos y denigraciones!”

El era, le dije, el hijo único Forte, y yo la señora Forte, mamá bruja, que trataba de desacreditarle para mis propios fines. El de que la señora Forte fuera una mujer, más apta quizá por ello a ‘recibir’ sentimientos y a mirar por su bien y el de su novia, parecía haberle intimidado especialmente. Incluso parecía que había visto reflejado su propio ataque contra los valores “femeninos’ o íntimos en ella, haciéndole

presa de su seducción - una especie de chantaje emocional. Pero el “agarrotársele” la lengua había demostrado que también en otra parte de sí mismo había interpretado aquel interés de ella como esencialmente anti-analítico, y había podido así preservar su intimidad. No obstante todavía consideraba ese episodio en que no supo qué decir como una humillación. “Pero usted es una especie de sádico, ¿o qué?” dijo frunciendo el entrecejo. “¿O es simplemente su obsesión de acumular material para sus trabajos científicos? El que no puede resistir la tentación de explayar su teorías en jerga periodística es usted y no la señora Forte. Pero recuerde que escriba lo que escriba, quizá se lo esté inventando todo.”

Se fue cabizbajo y resentido, en un estado de ánimo muy diferente de la pacífica benevolencia de su llegada. No me contó el “horrible” sueño que mencionó al principio, y supuse que se habría tratado del interrogatorio de la señora Forte. Cuando fui a la habitación de al lado, a calmarme con un cigarro, reflexioné sobre la peculiar excitación mía en esa sesión. El que se le agarrotara la lengua había sido en cierto modo una manifestación de su fe en mí y en el análisis. Pero cuanto más insistía en ello, más campo me parecía que le cedía al enemigo ¿Era ese el problema? ¿“El enemigo”? ¿Había atacado a la señora Forte demasiado personalmente, en lugar de interpretar su significado en la transferencia? Era cierto que había sentido un fuerte antagonismo personal contra esa mujer a quien ni siquiera conocía. ¿Era porque me había parecido que representaba para mí, como para Hamlet, ciertos aspectos de su madre, que me negaba a admitir eran realmente parte de su carácter? Necesitaba mejor control de mí mismo, pensé, y de mi técnica en esta delicada situación.

Y durante la siguiente sesión tuve que hacer gran esfuerzo para no olvidar mi propia advertencia. Hamlet llegó henchido de euforia beata, con aire de “loco, malvado y peligroso”, y anunció que había reñido seriamente con Ofelia sobre la cuestión del aborto.

“Es tan terca como su hermano, pero ni la mitad de inteligente - y él no lo es mucho. Le expliqué todo - que si lo hace ahora será rápido, sencillo y fácil . Cuanto más tiempo pierda haciendo mohínes, peor va a ser. Si es que no tiene sentido. Le he

averiguado todo, el lugar es totalmente legal, limpio y decente, no hacen preguntas. De hecho no tiene por qué enterarse nadie, aparte de los que ya lo saben; que es en parte nuestro problema, porque en lugar de decírmelo a mí primero para solucionarlo juntos, ha ido como una niña contándoselo a todo quisque: al imbécil de su padre, a la loca de mi madre y su chocho parásito, a todos. Y a Nando, por supuesto, también él lo sabe.”

Quizá Ofelia no necesitaba “explicación”, dije, sino que le preguntara qué sentía. El lenguaje tiránico de Hamlet nos mostraba que estaba de nuevo en la mentalidad de La ratonera. Se estaba portando como si Ofelia y los padres de ellos dos se estuvieran poniendo en comandita para atraparle. Esta era la consecuencia paranoica de su propio ataque a sus padres en La ratonera, cuando había puesto a Ofelia en situación de ridículo. Ahora le parecía que, mediante el embarazo, ella se vengaba de él y de su adaptación creadora de Shakespeare.

“¡Pues esto le está jodiendo *a ella* tanto como a mí!” continuó en línea dogmática. “Hay una cosa, y es que yo necesito solucionar esto de una vez, para que no siga injiriendo en nuestra relación. Seamos racionales... le dije... ¿quieres de verdad el engorro de un bebé, estar atada para el resto de tu vida, despedirte de tu carrera en la música ? - porque si lo deja ahora nunca llegará a triunfar . Bueno pues cuando le pregunté claramente ‘¿quieres tenerlo?’ me dijo que ‘¡no sabía!’ O sea que ya ve, ni siquiera lo quiere, -se da perfecta cuenta de que sería una locura!”

La expresión triunfante de Hamlet era de “loco”. Incluso comparado con lo que era normal en él, hablaba deprisa y excitado. Yo le tenía que interrumpir, en parte para que hablara más despacio y en parte para forzarle a que me escuchara. ¿Qué era, dije, “la cosa” que estaba “jodiendo” a Ofelia tanto como a él? ¿Era el embarazo, o era quizá él? De un modo que ya nos era familiar había interpretado la respuesta de Ofelia de ‘no sé’ según sus propias suposiciones. Estaba buscando pruebas de que ella no quería el bebé, y no evidencia de qué era lo que ella sentía. Tampoco había tenido en cuenta el tono exigente suyo y la distorsión que eso podía haber dado a la respuesta de ella.

“¡Le dije sinceramente la pura verdad ! Si no sale ahora, lo vamos a pagar más tarde, ¿o es que no?”

“¿Cuál era su intención sincera y pura? le pregunté; ¿quería realmente descubrir lo que sentía Ofelia, o su “sinceridad” era un modo de impedirse a sí mismo llegar a averiguarlo?”

“Quizá debiera usted analizarla a ella si tan interesado está en saberlo”, pronunció con sarcasmo; “porque no se cree lo que digo *yo*.” Y luego continuó en tono herido, como si tuviera que controlar una furia justificada: “Muy bien, si de verdad quiere saberlo se lo voy a decir tal como fue, en términos claros. Después de que se lo expliqué todo, se quedó muy callada y me echó unas miradas raras. Debía estar considerando mi propuesta cuidadosamente porque no me argumentó (¿qué argumento podría dar si los hechos son lo que son y es obvio lo que hay que hacer?). Le dije que a pesar de todo este lío del embarazo yo aún tenía mucho interés por ella y que de ningún modo sería bueno romper ahora nuestra relación. Y como era consciente de que quizá necesitara tiempo a solas para pensarlo, me fui; no quería ser un bruto. Lo que pasa es que cuando se calmó y se quedó allí sentada, mirándome, me di cuenta de que la tengo mucho cariño y dije que quería que nos quitáramos esta enorme sombra de encima para poder volver a como era antes. Me sonrió, casi como la Ofelia de otros tiempos y le prometí que la vería hoy y lo solucionaríamos. O sea que... dadas las circunstancias”, concluyó en tono triunfal, “... he hecho todo lo que está de mi parte. Especialmente si tiene usted en cuenta que la criatura no es mía - yo soy simplemente el que se carga con la responsabilidad.”

Sí, pensé, fijándome en esa última frase, ahí estaba la raíz de ese fuerte tono maníaco. Se iba confirmando la ansiedad predominante: su “enorme sombra”. ¿Y qué evidencia había - le pregunté - para suponer que el niño no era suyo?

“¡Evidencia!” rió con desdén. “Le puedo asegurar que ella no era virgen cuando fue conmigo- ¡ y no fue tan difícil llevarla a la cama! ¿Necesita evidencia de eso también? ¿Tengo que traer testigos? ¿Qué se requiere para que su Honor científico quede satisfecho?”

Le recordé las primeras fases de su relación con Ofelia - el sueño de Batman en el que la arrebató por los aires, el poema de “joder, joder”, que era en realidad su idea romántica de abrirla “registros” a un nuevo mundo de delirio erótico. Descubrir que ella no era virgen le había minado el papel romántico que había concebido para sí mismo y temía que al no haber sido el primero en despertar su deseo, ella se había acostado con él por la fuerza de la costumbre, lo cual la convertía en chica fácil, la “puta secreta” de su fantasía. El no ser virgen significaba también que de hecho podía compararle con otros hombres y las dudas sobre su éxito en cuanto amante hacían entonces surgir sospechas de que quizá ella había seguido teniendo otros amantes.

Lógicamente esa idea le enfureció aún más, por supuesto. “¡Y a mí qué más me da que los haya tenido o que no!” gritó. “¡Yo no me rebajo a interrogarla, como haría usted si tuviera la oportunidad!”

Le dije que no aceptaba verse comparado a otros; una de las bases de su mentalidad de príncipe era que con su talento y cualidades, él no entraba en la liga de los demás hombres; él era incomparable.

“¿Esperar sinceridad de una mujer es pedir demasiado sincera? ¿Tengo que ‘sospechar’ y rebuscar en el lodo para satisfacerle a usted con bazofia romántica?”

Su visión romántica de la virginidad de Ofelia, le dije, le había llevado a otro tipo de insinceridad: la de no expresar sus dudas a Ofelia. ¿Había tenido en cuenta la posición de ella al verse privada de la oportunidad de entender su hostilidad?

“¡Ofelia, Ofelia!” me interrumpió en tono mordaz. ¡Parece que le preocupa mucho Ofelia! ¿Cómo cree usted que me siento yo con todo lo que llevo encima?”

Le dije que me parecía que se sentía defraudado por el embarazo, sin poder controlar acontecimientos y a Ofelia en particular. Que el lado dictador de “joder joder” se había visto socavado por algo que de repente sacaba a la luz todas sus dudas sobre la estima en que Ofelia le tenía como amante, y la cualidad de su amor hacia él. Dudas que iban ligadas en su mente a las de la paternidad del bebé. Y sin embargo, en lugar de hablarlo con ella, lo que había hecho había sido echarle discursos e

intimidarla. De hecho le estaba pidiendo que se librara del bebé para demostrarle que era suya, igual que le había exigido a Gertrude deshacerse de Claudio el usurpador.

“¿Qué es lo que dice entonces usted?” me lanzó con sarcasmo, “¿que debería tener el bebé? -¡Y después viviremos felices para siempre siempre! -¡Por amor de Dios, doctor Horacio, un poco de realismo! ¿Cómo podría una pareja en nuestra situación salir adelante con un bebé? ¿No es hora de que deje de arremeter contra molinos de viento?”

Ninguno de los dos, le dije, había empezado ni siquiera a recorrer el camino por el que se podría llegar a una decisión final. No habían empezado a pensar en qué “significaba” para ellos abortar, o - como lo expresaba Hamlet - “quitarse esa enorme sombra de encima”. Le recordé su reciente sueño de La ratonera que expresaba claramente el tomar venganza matando al bebé del interior de la madre. Ese era el sincero o auténtico significado de su deseo de que Ofelia abortara. (Se me ocurrió que ese sueño quizá también expresaba su propio miedo de que, de algún modo, él podía haber sido la causa de abortos que hubiera tenido su madre, que le habían convertido en hijo único, como Forte.)

“Ande ya”, dijo con desprecio. “La realidad de este jodido aborto es que de momento no es un bebé sino una mera bolsa de células. Lo importante es hacerlo pronto.”

Las palabras de Lady Macbeth, le recordé. Ese énfasis en la acción precipitada - “hacerlo pronto”- tenía por objeto, como él bien sabía, impedir pensar. Usaba la palabra “realidad” como si fuera la explicación que pone punto final a toda pregunta. Mientras lo que a nosotros nos importaba era identificar la realidad emotiva, no la biológica. Teníamos ya evidencia de su tendencia a disociar a Ofelia entre dentro y fuera, parte superior e inferior, como medio de convencerse a sí mismo de que controlaba sus movimientos y significado. El embarazo era un reto a esa actitud omnipotente suya, y por ello, creía yo, se habían despertado en él nuevos e incontrolables celos.

Hamlet recibió esta nueva interpretación de ‘celos’ con bufidos de impronunciable desprecio y se despidió de la sesión en un tono más desafiante y cargado de razón que nunca. Sería yo el que sufriría (vino a decir) por empeño perverso en no aceptar su honrada explicación del mejor modo de obrar, y por mi persistencia en un punto de vista anticuado y romántico.

* * *

Le sorprendió (segun me contó en la siguiente sesión) que Ofelia le mandara “a la mierda”, le dijera que habían terminado y que no le volvería a hablar nunca. Sin embargo eso no hizo mella alguna en su estado maníaco. Dijo que simplemente le corroboraba su sospecha de que el padre “real” era “Forte o alguien”, y que había sido un imbécil en prestarse a asumir la responsabilidad. Si ella quería echar la culpa al verdadero responsable, por él no había problema. El había cumplido con su deber.

Y para terminar: “ Fue mucha jeta usar ese tono hipócrita *conmigo*”. “Que yo sepa, puede incluso haber sido Nando, que se la ha estado beneficiando desde hace años. Y eso es un hecho”

Seguramente, sugerí, asumía eso dado que él había tenido una relación homosexual con Nando. ¿Se había preguntado si había evidencia de lo que él llamaba un “hecho”?

Echó una carcajada grosera y dijo que era “obvio - ¿qué cree usted que hacen juntos los hermanos y las hermanas? Si yo hubiera tenido una hermana para practicar habría hecho lo mismo.”

“Obvio”, repetí yo - ¡y vuelta con lo mismo!

“-Sí, obvio, obvio!” dijo casi chillando. Y siguió así la sesión. Hacia el final casi se me fue la mano de las ganas que tenía de darle una torta. Así que cuando me puse de pie y le abrí la puerta, mantuve los brazos pegados firmemente a los costados. Lo notó.

“-Sargen... To!” dijo a lo militar, levantando los dedos en un saludo un tanto ambiguo, y se fue como escurriendo el bulto.

Me quedé preocupado y perplejo por mi incapacidad para llegar a nada con él o hacerle entrar en contacto con sus emociones. Y de nuevo sentí que había perdido credibilidad para él al dejarme llevar al debate partidista. A pesar del apoyo de la evidencia de sueños previos, la transferencia se había oscurecido de nuevo con lo que él llamaba mis prédicas morales - mi hostilidad a su tiranía, mi urgencia de que debería restablecer su relación con Ofelia. Mi deseo, como él había visto, era que tuvieran el bebé. ¿Influía eso en mis interpretaciones? Quizá era esa la razón por la que no le llegaban. Yo era otra vez el “sargento Krupke”, moralizador autoritario (y más bien estúpido) - y no el analista.

Pasamos dos semanas en esta situación de punto muerto.

Entretanto, volví a repasar mentalmente las últimas sesiones y todo el episodio de La ratonera, y le fui estructurando la situación. Miramos el ataque a su madre en el sueño de La ratonera, su actitud principesca hacia Ofelia en el sueño de Batman, y cómo él la consideraba posesión suya. Indirectamente había ingeniado el embarazo para demostrarlo y ahora estaba buscando el modo de urdir el aborto por la misma razón: como prueba de que Ofelia le amaba y de que estaba dispuesta a abandonarlo todo por él. Pero su plan se le volvió en contra: el embarazo se estaba convirtiendo en la venganza de Ofelia, tras haberle hecho dudar de su amor por él, y haberle rebajado en estatura como amante ante sus ojos, subyarrado aún más por su insistencia a negarse al aborto. De aquí partía la fealdad de su conducta hacia ella. Y, como yo le expliqué, todo esto derivaba de su competitividad infantil con sus padres internos creativos - con aspectos de Polack, de Claudio, Gertrude y Shakespeare - y sobre todo conmigo en la transferencia como padre analítico suyo. Esto se hizo evidente primero en La ratonera, pensada para rivalizar el genio de Shakespeare, pero de hecho -cosa que él solo percibió con posterioridad- usada meramente para ridiculizar a la mujer que amaba. Su resultado directo fue el embarazo, otro intento de asegurarse su posesión mediante un despliegue de creatividad todopoderosa, que también había fallado. La demanda de aborto era su siguiente intento en la misma línea.

A medida que el cuadro completo de este episodio de acting-out maniaco se iba desplegando inevitablemente, con su creciente enfoque en el análisis como proceso creativo envidiado y atacado por su rivalidad de niño, la furia violenta de Hamlet y las acusaciones fueron cediendo paso a periodos de lúgubre y silenciosa depresión. Yo empecé a pensar que poco a poco estaba reconquistando terreno perdido por mi excitación con La ratonera, pero un día Hamlet llegó con la expresión alterada, pálido y temblando un poco. Había tenido un sueño, que comparó a una pesadilla de niñez, aunque cuando ocurrió no le había parecido nada infantil sino tremendamente serio.

En el sueño *iba paseando por un camino costero* (como los que conoce de sus vacaciones de infancia en el West Country), *cuando de repente tuvo la sensación de que le estaba siguiendo un animal salvaje, y que era un oso. Lo aterrador era que la larga sombra del oso iba por delante de él, o sea que él iba andando y luego corriendo dentro de la sombra.*

*“Como quien, perseguido a gritos y golpes,
Aún va pisando la sombra del enemigo.”*

Se sintió forzado a mirar atrás para ver si el oso le alcanzaba, y en ese momento cayó en un agujero grande, como un pozo, y aterrizó de espaldas. Entonces vió, al mirar hacia arriba, que el pozo era una tumba recién cavada;

“y yo

Estaba tendido en un lecho de huesos con la boca

Atorada de suciedad. Presa de pánico, lancé

Los huesos a puñados en el aire, pero caían de nuevo

Golpeándome la cabeza.

La repugancia me hizo llorar, pero aún a través de las lágrimas

Vi en un rincón de la tumba una calavera, eso creí que era,

Que cobró vida y se dirigió a mí con labios rosados y sonrientes:

‘Sube a mi espalda, joven, y las lágrimas

Serán tu recreación.’ Subí a espaldas

De la extraña viejita que me depositó dulcemente

*En el césped a orilla de la tumba. No obstante
Seguí llorando a raudales incesantemente, y al ir subiendo el agua
Vi allí flotando a Ofelia, rodeada de guirnaldas de flores, sus ropas
A lo ancho extendidas en el acuoso elemento,
Empapándose de la humedad. Al paso que su gravidez aumentaba
Cantaba una canción de sirena, como si sirena hubiera sido
Desde su nacimiento.”*

Quedé fuertemente sorprendido por la profundidad de los sentimientos que inesperadamente salían a flote en este “Sueño de la tumba”, sentimientos que Hamlet había mantenido tapados durante tantas semanas. Aquí estaba la “gran sombra” del bebé amenazado (según descripción anterior de Hamlet), adoptando forma de oso vengador y haciendo “caer” a Hamlet desde su impenetrable omnipotencia a una condición “grave”. Había en el sueño incluso una indicación clara de que ese lugar podía ser lugar de arrepentimiento y “recreación” a través de las lágrimas.

Me intrigaba la “viejita”. Hamlet dijo que le recordaba esas “hadas buenas” que van disfrazadas en los cuentos de hadas. También a mí me pareció que podría tratarse de lo opuesto de la señora Forte - bruja supervisora de abortos; y que el sueño en general mostraba mayor apreciación de la feminidad que lo que habíamos visto hasta entonces en sus sueños. Por primera vez vislumbrábamos un algo de transferencia materna hacia mí en el análisis: su dependencia infantil. Esta evolución, tan diferente en cualidad de su inicial dependencia automática de mí - ligada a su lado ‘príncipe sin confidente’ - me dio ánimos.

* * *

No obstante, en la sesión que siguió a ésta, Hamlet me trajo la noticia de que Ofelia había abortado. El había pasado la noche anterior en la casa que Nando compartía con Forte y otras personas en Islington, donde se quedaba para evitar ver a sus padres cuando venía de Cambridge para sus citas conmigo. Nando le había dicho

que Ofelia “no estaba ya embarazada, o sea que no tenía que preocuparse ya por eso”. Para su propio asombro la noticia le llenó de una furia explosiva y exigió a Nando ir a jugar a pelota para poder “zurrarle”. Salieron y jugaron dos horas. Nando, mejor jugador que Hamlet, le venció de plano. Se había desfogado mucho con el juego, me dijo.

Pero a Ofelia no la había visto desde la extraña entrevista que me contó. En voz baja y cargada de tonos de culpabilidad me dijo que ella no se encontraba bien y no salía de casa. Sabía que le odiaba. No necesitaba preguntárselo a nadie, lo sentía, además ella se lo había dicho más o menos. Pero ahora tenía una nueva meta en su vida: vencer a Nando al juego de pelota. Habían acordado jugar con regularidad.

CAPITULO SEXTO

El cuento de invierno

REINA: Sus ropas a lo ancho extendidas
Como si sirena fuera, la hicieron flotar.
Retazos de viejas canciones cantaba,
Indefensa ante su aflicción,
O como criatura en ese elemento
Nacida y criada.

[IV. vii. 174-179]

Cuando Hamlet recibió la noticia del aborto y enfermedad de Ofelia, su conducta se había apartado ya radicalmente del estado maníaco de La ratonera. Estaba abatido y deprimido, y esa depresión, en el contexto del trabajo analítico, había producido el fascinante Sueño de la tumba. A éste siguieron frecuentes periodos de largos silencios en las sesiones, y durante bastantes semanas osciló entre el aislamiento, la depresión y la paranoia. Hacía claros esfuerzos por cooperar en el análisis, venía a punto a las sesiones y traía lo que recordaba de los sueños, que eran siempre repeticiones de “sueños de tumba”: aprisionado en un sitio oscuro, con ventanas muy pequeñas abiertas al mundo, sin esperanza de liberación. Ninguno tenía la profundidad de emoción del primer sueño de la tumba, pero tenían un nuevo elemento que los ligaba a aquel y a su caída en la tumba, y era su fuerte identificación con el bebé abortado. El se veía como si también hubiera sido lanzado al recto, desechado, a la espera de ser evacuado.

Durante ese trimestre Hamlet no tuvo como tutor al catedrático Polack. Por lo que me iba diciendo, estaba trabajando poco y parecía que había dejado la mayor parte de sus actividades extra académicas, a excepción del juego de pelota con Nando, sin

fallar, cada vez que iba a Londres. Era la única área en que manifestaba una chispa de vitalidad. Cuando venía a sesión, o bien acababa de jugar o iba a jugar después. Su ambición, decía, era alcanzar calidad suficiente para ganar a Nando.

“Nando es miembro de un club privado de deporte con instalaciones fabulosas, y hasta es buen entrenador. Un día de estos le tengo que ganar, por eso he vuelto a comer carne, porque necesito coger músculo. Además todo el mundo se está haciendo vegetariano ahora, y no lo hacen por principio, es una moda.”

Vencer a Nando era para él tanto el medio de castigarse como de rehacerse. En el mes o dos siguientes, traté de explicarle frecuentemente que también era una manera de eludir enfrentarse a sus sentimientos. No era consciente de que el verdadero motivo de querer vencer a Nando (que a ojos suyos representaba al amante de Ofelia), eran su celos vengativos. Y mucho menos consciente aún de su ansiedad de que había sido su intrusión en Ofelia lo que había matado al bebé.

Las noticias sobre Ofelia no eran buenas. Había obtenido permiso para ausentarse de sus estudios porque sufría una depresión aguda, y por dos veces había tratado de cortarse las venas. Su padre, como tenía miedo de dejarla sola, había dispuesto un periodo de estancia en un hospital, en una sala de chicas en su mayoría anoréxicas.

“Nando dice que estar con todas éstas vuelve loco a cualquiera si es que no lo estaba ya”, dijo Hamlet en tono lúgubre. “Dice que la única ventaja es que no puede abrirse las venas. Lo dice como si fuera una broma, pero en el fondo sé que piensa que yo soy un mierda.” Habló en un tono llano, pesado, como si se estuviera forzando a sí mismo a narrar toda la desagradable verdad - siguió hilando frases con esfuerzo:

“Al Polaquito no quiero ni volver a verle. Y él tiene la culpa. ¿Qué razón había para ponerse tan excitado por cualquier tontería que yo escribía ? Incluso se llevó una decepción cuando dejé de escribir para dedicar tiempo a ese fósil de revista Varsity. Quería que saltáramos como monos de circo para subirle a él la moral decaída. Igual que Claudio - para darme complejo de culpabilidad. ¿Por qué tengo yo que ser instrumento suyo, o de quien sea? Y ahora me han cargado con este lío.”

Hablaba en tono de queja y pesadumbre. Era evidente que achacaba a la actitud del catedrático Polack hacia su trabajo el haberle incitado al alarde, al falso entusiasmo, en su relación con Ofelia. Empecé a especular si no habría sentido que no podía satisfacer las esperanzas de Polack (que ciertamente parecían un tanto idealizadas), ni las de su padre, ahora su enemigo, aunque esa idealización más que desalentarle le había aburrido. Le contesté que en cierto modo la idealización había amortiguado su interés, tanto en el tutor como quizá en el tema. Hamlet coincidió conmigo:

“Fue error suyo presentarme como más de lo que yo era. Demuestra claramente su falta de contacto. Igual que Claudio, un dinosaurio completo. Como una caricatura de esas de las tiras cómicas.”

Ahora que había disminuido la presión de su identificación claustrofóbica con su ‘tío-padre’, le dije, se veía lanzado a una depresión persecutoria. Se sentía “falso”, un dinosaurio, ridículo - estimulado y animado por esos padres, y luego objeto de risa por no ser más que un niño. Parecía como si la actividad sexual suya no tuviera relación con la posibilidad de llegar a convertirse un día en padre.

“Es decir”, contestó de mal humor, “ que soy un imbécil asqueroso, degenerado y desconsiderado. Lo puede decir tranquilamente. Soy así, no puedo evitarlo.”

En esa ocasión, como en muchas otras durante ese periodo, buscaba confirmación por mi parte de que al menos yo veía su lado bueno - que era simplemente víctima de sí mismo. Sin embargo, como le expliqué, la autoacusación y autodenigración no eran lo mismo que responsabilizarse de sus propios sentimientos y acciones. Y que ahí radicaba nuestro problema, en convencerle a él del valor de los sentimientos, los suyos y los de otras personas.

“¿Y qué quiere usted que haga entonces?” me respondió en un tono más irritado. “¿Que me ponga de rodillas delante de ellos, me afeite la cabeza, me ponga un cilicio, y duerma en cama de clavos? Ahora me va a decir que voy a defraudar las

esperanzas que tenía *usted* puestas en mí, como los demás. Bueno, será que quizá no tengo tanto talento después de todo.”

Le volví a repetir amablemente, que no se trataba de obrar sino de sentir. Le sugerí que las “esperanzas” que temía no llegar a satisfacer no eran esperanzas de “ganar” (acción) como cuando jugaba a pelota con Nando, sino que eran esperanzas de comunicación emocional. Que parecía consciente de que en ese campo carecía de talento. Y que veíamos que su sentimiento de haber decepcionado a su padre y a Polack empezaba a surgir ahora conmigo - que era a mí a quien sentía que realmente había decepcionado.

“Bueno, usted fue el que me metió prisa en la cuestión de Ofelia, ¿no? No lo puede negar, estaba deseoso de vernos casados lo antes posible; no es de extrañar que yo cogiera el camino más corto. Y usted tenía bien claro desde el principio que yo iba a hacer el ridículo con lo de la obra, pero no hizo nada por detenerme, ¿no es cierto?”

Le dije que sentía que yo no había tenido suficiente firmeza para protegerle, para contener su manía destructora de niño pequeño, que por mi debilidad él había quedado expuesto a los aspectos destructores de sí mismo. La obra, el bebé, y el aborto, ahora le hundían en un pozo de sentimientos de inutilidad; se había estrellado. Hasta cierto punto esto se había visto ya en el sueño de “Ser o no ser”. No era una casualidad sino la inevitable conclusión de su acting-out. Y sin embargo aún parecía que lo más importante era su sentimiento de humillación - “hacer el ridículo”-. Ahora buscaba soluciones de tipo acción para enderezar la situación - buscaba algo que “hacer”.

“Por lo que se refiere al bebé, todavía no estoy seguro de que *fui* yo”, dijo en tono de queja.

Le recordé lo que habíamos hablado de que la realidad emocional era un tema aparte de la paternidad genética. Era lo que en su mente él había hecho a Ofelia y a otros lo que hacía que no quisiera verlos.

“Usted quiere decir que tengo yo la culpa, haya sido yo el responsable o no”, contestó rápidamente con un poco de paranoia.

No, le dije, lo que yo quería decir era que sus sentimientos de culpabilidad eran proporcionales al daño que *realmente sentía* haber causado. Le recordé una vez más que a él le parecía que sus relaciones sexuales con Ofelia habían empezado mal, de modo intrusivo, como se veía en el Sueño de Batman y el poema de “joder, joder”; que quizá para ella el “gobierno de sus orificios” no había sido la maravillosa experiencia que él había imaginado; que por ello el embarazo no le parecía que tuviera nada que ver con él; y que el aborto había confirmado sus sospechas de su inutilidad. Por ello en el Sueño de la tumba, el bebé oso se había dado media vuelta movido por el deseo de venganza y le había perseguido hasta la tumba de una aguda depresión, que era donde se encontraba ahora. Esta era la realidad emocional de su mente, y esta era la dificultad a la que tanto le costaba hacer frente.

“¿Y qué tengo que hacer?” dijo con un matiz de repulsión. “¿Decir que no fue esa mi intención, probar otra vez? ¿con estos genes míos, tan inadecuados? Quiero decir que si *era* mío, evidentemente a ella no le pareció que merecía la pena tenerlo, ¿no es cierto?”

Le dije que se estaba identificando con el bebé - arrojado por ser inútil. Que había querido primero que Ofelia quedara embarazada, y luego que tuviera el aborto, para probar que era suya; lo que había ocurrido era que él había resultado la víctima de su venganza, lo que ella hizo fue abortarle a él. No eran “genes inadecuados” lo que le preocupaba, sino el doloroso sentimiento de que era un intruso a quien habían descubierto haciéndose pasar por proveedor de bebés, y le habían echado a la calle.

Se quedó en silencio durante unos minutos, luego empezó otra vez su queja en tonos doloridos: “Lo que no entiendo”, dijo, “es cómo lo hizo - cómo lo organizó, quiero decir. No creo que Polaquito tuviera nada que ver con ello. O sea que tiene que haber sido Nando, ese imbécil arrogante, o Nando y Forte juntos. Lo cual prueba que no era mi hijo.” Y añadió con renovada amargura, “Supongo que se está aún riendo de mí. Pero yo he estado entrenándome en Cambridge, ¡y cuando le vea esta tarde le voy a masacrar!”

Resultaba difícil convencerle de que en último término no existen substitutos para la realidad de los sentimientos. Durante todo este periodo hubo un delicado equilibrio entre su gradual y tentativo acercamiento a sentimientos penosos en el análisis, y su creencia de que la acción servía - el juego de pelota por ejemplo- sin tener que hacer frente a los sentimientos . Le recordé que me había dicho que Nando había usado a su hermana para practicar relaciones sexuales; ahora él estaba practicando a la pelota, como si esto pudiera ser la solución a un confuso y penoso problema emocional.

Entonces, en un tono de auténtica perplejidad, me dijo: “¿Aceptó hacerlo por despecho hacia mí, para demostrarme que no valgo nada? ¿O se dejó coaccionar por esos cabrones ? ¿Es que no la entiendo!”

Le dije que el “no entiendo”, que había repetido dos veces, era ya un logro. Antes consideraba a Ofelia como instrumento de su propio show; ahora hablaba como si sus motivos no fueran tan obvios como sus atributos. Quizá, igual que el “bebé” que tan irreal había sido para él, había algo dentro de ella que le resultaba desconocido - la flor de su secreto.

“Pero es que”, me explicó, “yo sabía cosas de ella, de eso precisamente se trata. La conocía desde que era una niña, su familia, su música, todo. Desde el principio he sabido quién era.”

Sin embargo, ese “saber de ella”, dije, era muy diferente de “conocerla” íntimamente - sus sentimientos, sus motivos, sus deseos. Ya habíamos hablado en anteriores ocasiones de su frustración al descubrir que las relaciones sexuales no lo explican todo.

Se quedó un rato pensando, luego empezó a contarme lo que no me había dicho nunca – su primer verdadero encuentro con Ofelia. “Lo curioso”, empezó, “es que andaba por allí durante todo el primer año, claro está, y yo sabía quién era, pero nunca *tomé nota* de ella. Incluso en casa de Polaquito, siempre estaba escondida en un rincón, como un ratoncito, normalmente con una amiga o algo así, nunca la veías sola. Luego una tarde me la encontré saliendo de la lavandería que está al pie de la cuesta

que hay cerca de Kettle's Yard. Llevaba una bolsa de plástico con lavado en cada mano; me recordó esos cuadros franceses de lecheras. Yo cargaba una pila de jerseys sucios porque me habían dicho que allí había una máquina de lavado en seco. Era la primera vez que iba allí. Ella me reconoció al salir y me dijo: 'Deberías lavar esos a mano, Hamlet', y me sonrió de una manera extraña y misteriosa, un poco burlona. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre desde que llegué a Cambridge. Luego colgó una bolsa de cada manillar y se fue pedaleando cuesta arriba y tambaleándose un poco hasta la Residencia. Me quedé mirándola hasta que llegó arriba, diciéndome para mis adentros: ¿Qué querría decir? ¿Qué será lo que querría decir?"

Me resultó interesante oír esa descripción de una Ofelia más enigmática, un poco Mona Lisa, que le había sorprendido a Hamlet porque no parecía "una ratoncita", y le había despertado curiosidad en lugar de un sentimiento de omnipotencia. Había también una pizca de romanticismo que él negaba en esa imagen de la "lechera". Era una imagen de Ofelia que parecía haber quedado oculta por el asunto de la Ratonera, o quizá sólo se le había ocurrido a Hamlet mirando en retrospectiva, mediante la memoria imaginativa más que el recuerdo mecánico. El autocuestionarse era sin duda una señal esperanzadora, quizá una posible salida del callejón en que estábamos. Empecé a sentir que pisábamos de nuevo terreno psicoanalítico firme. Quizá, le sugerí, podíamos ver aquí un primer paso en la línea de cuestionarse su propia sinceridad y examinar cuáles eran sus cualidades como persona, en lugar de condenarse pesimístamente como "inútil", como si eso fuera una característica inevitable de su constitución genética.

En tono un tanto fúnebre me contestó que todo esto era "un esfuerzo inútil. No se le puede dar vida de nuevo al amor, se acabó. Lo que queda es una especie de sentimiento científico y frío. Un diagnóstico de las causas de la muerte."

* * *

El análisis continuó así durante varias semanas. Hamlet no mostraba interés en averiguar por qué Ofelia había tenido el aborto, y consecuentemente se mantenía anclado en su posición, en la “tumba” de relaciones muertas, donde no se esperaba nada de él en términos de comunicación. Era trabajoso tratar de despertar su capacidad de mirar hacia el pasado y cuestionarse sus motivos y sinceridad – todo le parecía “sin sentido” e “inútil”. Prefería envolverse en una capa de pesimismo. La tumba era la única situación segura y cómoda, y naturalmente era reaccio al cambio. Al mismo tiempo yo veía con gusto su nueva dependencia de mí y el desarrollo de la transferencia. Ahora venían en mi dirección elementos tanto de su padre como de Polack, y su lucha con ellos – especialmente su sensación de que les había decepcionado – fue ocupando el centro del análisis. Pero más importante aún era la transferencia materna, que había aparecido por primera vez en el Sueño de la tumba. Esta se iba estableciendo de manera firme en relación al bebé que piensa que le están destetando porque ha mordido el pezón. Este bebé fiero y dominante que había dentro de Hamlet nos llevó también al Sueño del fantasma y a la fuente de la agresión masculina contra su madre allí expresada. Finalmente en la última sesión me acusó (¿con razón?) de no tener la fuerza necesaria para contener su agresión en La ratonera. Cada vez iba quedando más claro hasta qué punto esa agresión iba dirigida hacia mí como madre analítica suya. Hamlet sentía de verdad que yo llevaba la cicatriz de su agresión.

Luego, una tarde, llegó acalorado y excitado y me anunció, casi sin respirar, que había cepillado a Nando en un partido de pelota y que había tenido un sueño.

En el sueño, *él estaba en un submarino con unos amigos de cuando hicieron la obra: Rosenfeld, Gildstein, Seaman y Peacock. Iban a Hertford “en un viaje para acondicionar” el submarino. El hecho de que a Hertford se fuera por mar no parecía tener nada de extraño. Pero luego empezaron a reñir sobre quién debería tener el control del buque, y a Hamlet le entró miedo de que iban a chocar. Se dió cuenta de que era vitalmente importante salvar la “caja negra” y llevarla a Hertford para que pudieran ver qué es lo que no funcionaba en el submarino. El problema era que no*

conseguía hacer ver a sus amigos lo importante que era eso, y ellos seguían “haciendo el tonto”, o sea que se hizo con la caja negra y escapó por la portezuela de arriba.

No estaba claro en el sueño si el peligro era causado por los amigos que luchaban por controlar, o si había algo intrínsecamente defectuoso en el buque. Hamlet enseguida vio que el sueño describía su propia necesidad de “acondicionamiento” tras el fiasco de La ratonera, donde los amigos representaban sus dedos masturbatorios que generaban delirios de omnipotencia. El “choque” describía su repentino desinflamiento (con posible referencia a drogas, a la fiesta de Forte, y a “viajes”). Parecía sin embargo admitir su necesidad de recibir ayuda en “Hertford” y de proporcionar información sobre su más interno funcionamiento, contenido en la caja negra.

Estaba claro que en el nombre “Hertford” había un juego de palabras, por ejemplo “heartfelt” (sentido de corazón), que podríamos ligar a nuestras discusiones sobre la sinceridad. Ese sueño diagnosticó su enfermedad en términos de la necesidad de salir de un estado encerrado y regresar a una condición de verdadera emocionalidad, “la flor del secreto” (la caja negra) – no una identidad basada en estatus social como la promulgada por el modelo de éxito tipo “señora Forte” con sus irresponsables “viajes” “choques” y “tonteo”. En el sueño había tenido que elegir entre valores opuestos. Y también, como en el primer sueño de la tumba, esos valores indicaban que no lo podía hacer solo, en su papel normal de director. Sí, pensé, este Sueño del submarino confirmaba que el análisis estaba otra vez en su curso.

Luego Hamlet añadió que había otra asociación con el sueño. Había una enfermera en la sala del hospital de Ofelia que se llamaba la Hermana Hertford, de la que había hablado Nando. Y de hecho, dijo Hamlet, parecía que Ofelia estaba mucho mejor y que iba a salir del hospital en una semana. Lo dijo como de mala gana, y con cierto temor, y cuando se lo hice ver, confesó que estaba aterrado de encontrarse con ella por casualidad. No existía “por supuesto” la posibilidad de fijar un encuentro. Había sentido una satisfacción deprimente al pensar que la tenían retenida en la sala bajo supervisión, mientras él seguía haciéndome visitas de penitente en mi recóndito sótano. Hubiera preferido que esta situación continuara indefinidamente, para siempre.

Ahora ella estaría de nuevo en libertad por ahí, y aunque sabía que intentarían evitarse el uno al otro, su tranquilidad había desaparecido y su mórbida resignación pasiva se vería desafiada. No le parecía justo, ya que no tenía ni esperanza ni deseo de reanudar su relación. Y sin embargo su sueño había sugerido que estaba pensando en una persona con capacidad de “cuidar” y curar, común a ambos, que podía leer las “cajas negras” tanto de él como de Ofelia – quizá alguien así como la Hermana Hertford o la mujer vieja del Sueño de la tumba, la que había dicho “las lágrimas serán tu recreación”.

* * *

En la sesión que siguió a esto Hamlet me dijo que su madre había ido a visitar a Ofelia, que había ido varias veces pero que no habían hablado directamente de ello. Sin embargo, Nando le había dicho, así como de paso, que Gertrude había dejado un cuenco con bulbos de narcisos para Ofelia, para que se los llevara cuando saliera. Hamlet había soñado con ello.

En el sueño, *iba paseando por lo que parecía ser un interminable laberinto de pasillos oscuros, detrás de una mujer que llevaba largo vestido blanco y una especie de cofia, quizá fuera una monja. Llegaron a una puerta, la mujer se detuvo para abrirla, y Hamlet vio que llevaba un cuenco de bulbos de narcisos recién florecidos. La mujer entró y cerró la puerta, sin advertir en absoluto la presencia de Hamlet. El parecía incapaz de abrir la puerta solo e iba a darse la vuelta cuando advirtió que había una ventana transparente en la puerta, que le permitía ver dentro. Cuando miró, el contraste entre el pasillo oscuro y la luz le deslumbró y le hizo parpadear. Era una habitación grande con muchas camas, pensó que debía ser la sala de hospital donde estaba Ofelia, pero parecía decorada como para una fiesta, con ramos de flores y cintas haciendo fenechas. Se oía un rumor fuerte de voces alegres, luego al entrar la mujer vestida de blanco se hizo un silencio. Ella colocó el cuenco en una mesa que tenía un mantel bordado. Detrás de la mesa estaba Ofelia de pie.*

Entonces la mujer dijo: “Lo que estaba perdido ha sido encontrado”, y Ofelia respondió en tono serio: “Seas bienvenida, como lo es la primavera en la tierra”. Y todas las chicas de la habitación, en camisón, ofrecieron coronas de flores que colgaron sobre Ofelia. Ella se subió de un salto a la cama que tenía detrás y extendiendo los brazos empezó a cantar:

*Oh Proserpina! Dime ahora
Que se ha ido, se ha ido
¿Cómo distinguir podré
Un amor verdadero?*

*Mi espíritu te siguió en tu descenso
Anonadada, aterida.
Mi propia alma el embrión era
Y por ello devastada.*

*Prisionera de las ráfagas invernales
En la tumba, en la tumba
Hasta que la puerta de mi cámara abriste
Y mis pecados perdonaste.*

*Inmóvil es la tierra
Como nunca imaginar pude
Inerte estuve, muda, muerta,
Sin un solo sonido.*

*Maniatada por el mortal maleficio
Como lápida, como piedra.
Pero sin olvidar tu promesa, que del infierno*

*Por fin saldría.
Liberada por la esperanza que vi
De poder olvidar, perdonar;
Y recompensar por fin
Tu fe en mí.*

Al terminar su canción Ofelia invitó con un gesto a dos de las otras chicas a subir a la cama y les colocó guirnaldas, después tiró flores hacia las otras, y todas empezaron a saltar de cama en cama con alegres gritos y risas. Hamlet se había quedado con la cara pegada a la ventanilla, como si estuviera en una sala de tribunal “esperando a que se pronunciara la sentencia”. Quería marcharse pero las piernas no le obedecían. Luego vio con espanto que la mujer de los narcisos empezaba a andar hacia él, entonces se dio media vuelta y echó a correr por el pasillo.

Este era pues el principio más que el fin de la “recreación” de Hamlet. Después de contar el sueño se quedó tranquilo y pensativo. Le pregunté por qué se había quedado “horrorizado” cuando la mujer fue hacia él -¿esperaba que le castigara o le reprendiera? Dijo que no, que estaba aterrado de que le hiciera pasar, como si ella también tuviera esperanzas puestas en él. Sugerí que esas esperanzas quizá constituyeran vergüenza o remordimiento por su parte, y un redespertar, como imaginaba le había pasado a Ofelia en su sueño. Esta actividad mental, en caso de ser sincera, era más dolorosa que la prisión auto-impuesta de la acusación o el castigo.

Luego, moviéndose pesadamente en el diván, añadió: “Es extraño, pero siento como si tuviera un gran peso encima de mí. No puedo quitarme de encima el sentimiento que me dejó ese sueño, sigue ahí. En realidad siento que tengo mucho sueño. Si me quedo aquí no voy a poder evitar quedarme dormido.”

Se sacudió el sueño, ya que era el final de la sesión. Pero antes de levantarse, miró por la ventana y observó como maravillado “lo azul que estaba el cielo”. Yo le señalé, con gran interés, que el cielo que se veía desde el consultorio era en realidad gris y pesado. Su visión era algo subjetivo, un “sueño”, asociado a su mirar por la

ventanilla de la puerta de la sala de hospital y ver el resplandor de la condición lograda por Ofelia. Pero mientras que en el sueño real se había sentido excluido y avergonzado, el brillo de la ventana del consultorio parecía ofrecerle prospectos de regeneración propia. Su visión subjetiva, estaba yo seguro, indicaba su esperanza de que el bebé que había en él podría, a través del análisis, ser rescatado del recto-tumba. Quizá también en él llegara a brillar la luz y le despertara de su profundo sueño. Con esta nota de optimismo renaciente (que después, desdichadamente, tuve que modificar) partimos, creyendo yo que que estaba a punto de dar un salto adelante.

CAPITULO SIETE

La tempestad

HAMLET: Aquí estaban los labios que tantas veces besé. ¿Dónde están ahora tus bromas, tus juegos, tus canciones, tus ocurrencias que hacían reír a todos a la mesa? ¿No hay nadie ahora para reírse de esta mueca tuya? ¿Decaído? Vete al camerín de mi madre, y díle que por mucho afeitado que se ponga en la cara, de esta guisa quedará por fin.

[V. i. 182-188]

Ofelia volvió a casa poco antes de las vacaciones de Pascua. Durante tres semanas no vi a Hamlet. A la primera sesión del nuevo trimestre vino enfundado en una bufanda negra enroscada al cuello hasta la altura de las orejas, gafas negras, y una chaqueta de cuero con la cremallera subida. Se movía con una lentitud muy poco característica en él y se echó en el diván en silencio y con expresión lúgubre. A continuación, del interior de la bufanda salió una especie de tarareo en voz baja y ahogada. Me pregunté por un instante si estaría llorando, pero me explicó en seguida que estaba “resfriado, acatarrado y que le zumbaba el cerebro”. Yo estaba aún pensando en el canturreo del principio que me sonaba familiar. Le pregunté qué era. Primero no se dio cuenta de que había estado tatarando y tuvo que despegar las mandíbulas para ver qué era. En un tono de aburrimiento dijo: “Es sólo una vieja canción de los Beatles”. Le pregunté que cuál era y a regañadientes me contestó: “La que se titula ‘Help’”. Cuando le pedí que me dijera la letra, contestó que no se acordaba; le recordé que era más o menos así:

¿Cómo te puedes reír cuando yo estoy deprimido?

Necesito a alguien, ayúdame,

Ayúdame, sabes que lo necesito.

Parece que le hizo gracia y en tono despectivo dijo: “No sabía que también hay que confesar los intereses de tipo cultural.” Le sugerí que estaba “ahogándose de catarro” – es decir, en una riada de emoción – y que había dado el paso significativo de pedirme ayuda, aunque yo había tenido que sacarle la confesión con caña de pescar.

“¡Ah vaya, el doctor Horacio, pescador de almas!” Dijo bromeando, a la vez que empezaba a toser y se quitó las gafas para sonarse la nariz. Cuando le pregunté por qué llevaba gafas, dijo que tenía un orzuelo en el ojo, y luego, tras pincharle un poco más, confesó que “no podía soportar que la gente le mirara a la cara” – que se sentía expuesto. De hecho se había distanciado de su grupo de amigos y había pasado las vacaciones encerrado en su casa.

“Incluso el viejo Claudio hizo un esfuerzo – aunque estaba más claro que el agua que lo hacía porque se lo había dicho mi madre. Evidentemente ella le habrá dicho que estoy ‘deprimido’, o sea que debió partirse el cerebro pensando qué podría hacer para distraerme, y se le ocurrió llevarme al lago del Welsh Harp – como si fuera un crío de diez años. Está totalmente desconectado. Pero a mi madre le pareció una idea genial, y casi me pidió de rodillas que fuera, o sea que pensé que total no era para tanto y fui porque era más fácil que no ir. Al día siguiente, claro está, los dos amanecimos con gripe.” Tosió otra vez y se rió irónicamente, “Sí, por fin tenemos algo en común.”

No obstante yo le señalé que quizá esto marcaba un giro en sus relaciones y que en algún modo, aunque mínimo, parecía haber apreciado la buena intención de su padre.

“Su intención – ¡Ay! ¡su *intención!* Todo lo que hace Claudio es por alguna razón, nada es espontáneo. A mí no me importa, me da igual, ¿que le gusta jugar a hacer de papá? Pues vale, aunque no tenga ni idea de cómo se hace. Por lo menos así mi madre se calla.”

Le apunté también que la referencia al episodio del lago, unido a su aspecto de hoy – envuelto defensivamente en cuero y gafas – me hacía pensar en el piloto-

fantasma. En aquel primer sueño el uniforme le había resultado más bien amenazador, y en el siguiente él lo había imitado para dar una apariencia amenazadora; pero ahora se diría que era más bien un refugio. Me admitió que necesitaba un refugio; que se sentía incapaz de enfrentarse a los de la “antigua padilla”.

“Incluso tengo la impresión de que gente que no conozco de nada se me quedan mirando. El miércoles fui al refectorio a comer – hacía siglos que no iba – y la gente se me quedaba mirando, y riendo, no en alto, no, pero me di cuenta de lo que estaban pensando.”

¿Y qué creía que estaban pensando?

“Bueno, habrán visto la imbecilidad esa de obra que monté. Saben toda la historia de Ofelia y mía, lo que hubo entre nosotros, y pensarán que soy un jiripollas actuándolo en público para que me adoren como a una estrella del espectáculo. ¿Por qué soy incapaz de guardarme mis sórdidos secretos, como el resto de la gente? Por lo menos así no haría el ridículo.

Habló con fuerte desprecio de sí mismo, y concluyó con otro ataque de tos y estornudos. Y luego, en un tono más monótono, y sin pasión, me dijo que al volver del lago la tarde esa se había metido en cama en su nueva habitación en el piso de los padres, y que se había quedado allí día tras día, agotado y con gripe, mirando por la claraboya nueva y escuchando música con unos cascos bien pegados a los oídos.

“Las nubes son cosas fabulosas”, empezó, en un tono un tanto teatral y sarcástico, “están continuamente cambiando de forma. Son como un friso de la vida: allí ves personajes diferentes, o el mismo personaje en diferentes peripecias. La vida fluyendo. Y lo fascinante es la total ausencia de significado alguno – eso te lo recuerdan continuamente las nubes.”

La “falta de significado”, le dije, era una admisión importante. Me pareció ofendido de que le tomara en serio y dijo: “Bueno en realidad escribí unos poemas que no están mal – no se preocupe que no se los voy a leer aquí; ya sé que a usted no le van. Mi madre se moriría de ganas de leerlos; se asomó por la puerta – con la disculpa de preguntarme si quería comer algo - y vio que estaba escribiendo – ‘¡Hamlet!’ Me

dice con su vocecita de pajarillo, ‘estás escribiendo otra vez! ¡Qué contenta estoy!’
¿De qué caray está contenta? Menos mal que no vio lo que estoy escribiendo. Tuve buen cuidado de que no lo viera.”

Dijo eso en tono muy decidido, como para que también yo me diera cuenta. Le pregunté que qué es lo que molestaría a su madre de los poemas, y me contestó que “probablemente pensaría que me voy a suicidar o algo así – ¡es tan literal ella! La tengo que proteger de mi efecto. Bueno, espero que se haya enterado de que tengo derecho a mi vida privada.”

Le dije que yo aceptaba que había que tomar en serio su desesperación, y que no se ponía en duda su sinceridad. Durante las vacaciones, cuando no tuvo sesiones conmigo, había al menos aceptado el refugio de la casa de sus padres, donde sentía que podía ocultar su intolerable sensación de “falta de significado” sin verse asaltado por la “humillación” (como le pasaba con sus compañeros de estudio).

“Bueno, la verdad”, dijo, “fue un alivio volver a mi habitación de la universidad. De haberme quedado en casa diez minutos más me habría muerto de claustrofobia. Es esa manera que tiene mi madre de parpadear y mirarme, llena de angustia, haciendo lo posible por no entrometerse, por no ‘decir nada’. Y el Claudio tampoco lo hizo mejor, se ha vuelto blando. ‘Muerte prematura de estudiante ahogado de compasión’”.

Yo esperaba que una vez que el análisis se reestableciera, tras el distanciamiento normal debido a las vacaciones, podríamos recoger más información sobre la naturaleza de su depression, pero tardé mucho tiempo en volver a ganarme su confianza. La vergüenza y la culpabilidad no bastaban para explicar el desasosiego y la cualidad persecutoria de su depression, ni tampoco su fuerte sentimiento de humillación. Como una llaga que supura, éste se agravaba al menor contacto con su amigos íntimos – en especial si expresaban preocupación por él. Como en el sueño de La Ratonera, se sentía rodeado de caras “que se mofaban y se reían” de él. Y por ello evitaba el contacto con su antiguo círculo, se encerraba en su habitación o en un rincón de la biblioteca, haciendo que trabajaba.

Como si fuera una respuesta a ese estado suyo, el catedrático Polack le envió una nota invitándole a contribuir a una revista de cuyo comité de redacción él era miembro.

“Hasta él tiene pena de mí”, dijo Hamlet en tono amargo. “Y como siempre se ha equivocado por completo. Se cree que me encierro en la búsqueda intelectual para expiar mi Gran Sentido de Culpabilidad, cuando la realidad es mucho más sencilla: quiero que me dejen en paz. No quiero tener nada que ver con ellos. No aguanto su jodida compasión. Por mí pueden seguir dándose el gusto de sentirse tiernos y compasivos con todo el mundo, vale, si les va ese rollo, pero que no me incluyan. Yo no le doy a esa bola.”

Continuó en esa línea lúgubre e irritable durante varias semanas. La gripe, complicada con tos y sinusitis, tardó mucho en pasársele y fue seguida de una fuerte erupción cutánea en la cara, peor que en las ocasiones anteriores. La primavera avanzaba y él seguía envuelto en su bufanda negra y declarando que no hacía más trabajo académico que lo mínimo para pasar desapercibido. Me dio a entender que también estaba escribiendo mucha poesía, que, por supuesto, no enseñaba a nadie, y que encerraba en una caja negra – “sí, como en el sueño del Submarino”, dijo adelantándose a mí.

A la sesión siguiente trajo un sueño por fin que aclaró lo que yo veía como la “llaga supurante” dentro de él.

“Estaba yo en un barco con Ros y Gil. Era uno de esos botes Empresa como en el que fuimos Claudio y yo durante las vacaciones de Semana Santa. Teníamos pensado ir a pescar y teníamos una red de arrastre; pero Ros y Gil empezaron a hacer el ganso: movían pilas de libros de un lado a otro del bote, para equilibrar el lastre decían, y bebían whisky de una botella que se pasaban el uno al otro. También estaba Ofelia, sentada en la proa con su melena de pelo rubio extendida por la brisa como si fuera un lienzo. Parecía que los estaba animando.”

¿Y él, Hamlet, qué hacía?

“Yo iba al timón, o sea que no me podía mover. Gil notó que habíamos cogido algo en la red y entonces viré el barco hacia el viento y empezamos a izar con todas nuestras fuerzas hasta que casi volcamos cuando por fin subimos la presa a cubierta. Ros dijo: ‘Joder con el pellejo éste, no hace más que chorrear’.”

Hizo una pausa, como si se sintiera incómodo, y continuó:

“Resultó que era un hombre, un negro. Ya sé lo que me va a decir, pero la cosa es que no sólo chorreaba agua, es que estaba cubierto de algas y moluscos. Parecía un ser de las profundidades marinas. Ros y Gil empezaron a quitarle la red, haciendo el tonto y bromeando de que parecía ‘mitad pez, mitad monstruo’. Se había levantado un viento muy fuerte y aunque yo llevaba otra vez el timón, no controlaba el barco - las escotas se habían enganchado con las cuerdas de la red y las velas se azotaban como locas.”

¿Y Ofelia?

“Como si hubiera desaparecido. No volví a verla después del principio. Lo único que había ahora era la vela maestra dando golpes en lo alto, con un terrible estruendo:

*Rugía en lo alto la vela extendida,
Y los peces golpeaban locamente el fondo
Que rozaban sus aletas. Pero inexorable
Seguía, rumbo a su meta, el barco.
Como potros sin domar ellos
Aguzaban los oídos, clavaban los ojos al frente,
Y respiraban, sintiendo la música.
Agua y aire surcando, virando, medio volando, medio vadeando
El barco los arrastró hasta la orilla
Y allí, entre los juncos, encalló.”*

Este sueño me pareció una fascinante historia o resumen del despertar sexual de Hamlet, que iba de la experimentación masturbatoria (los “dedos” representados por

Ros y Gil), y el descubrimiento de los genitales “monstruosos” (como su “caja negra”), al sentimiento de que había perdido el control, y la “vela ondeante” se hacía con el barco/cuerpo - Ofelia transformada en vela y habiendo adquirido un aspecto un tanto amenazador. Y por supuesto toda la “empresa” (el nombre de ese tipo de bote) patrocinada por el padre, que era el que le había iniciado, estableciendo así un vínculo con sueños anteriores: el fantasma-piloto y el padre “suspendido en el aire” que en el sueño de la Ratonera trataba de corregir la manía de su hijo.

“A quien llamé pescador de hombres fue a usted”, dijo Hamlet tosiendo. “A esto conducen sus excursiones de pesca”.

Se trataba más bien, dije yo, de Hamlet pescando en su propio inconsciente, y descubriendo partes de sí mismo perdidas o desconocidas. Como en tantas otras ocasiones le recordé que era *su* sueño – no una invención mía. En éste parecía que estaba corrigiendo y reparando el ataque formulado en *Sueño de una noche de verano*. Se veía que había ido saliendo de la claustrofobia, había escapado, representado en el sueño del Submarino, y se había convertido en ese hombre negro cubierto de moluscos. Estaba claro que el hombre, como una sirena macho de un cuento de hadas, era su otro yo.

¿O sea que no es simple racismo? Dijo abruptamente.

Quizá hubiera racismo, pero no “simplemente”, como tampoco la vela era “simplemente” femenina. Ambos parecían representar aspectos esenciales o cualidades dentro de sí mismo vitales para el funcionamiento de su “barco”: el uno estableciendo vínculos con riquezas del fondo marino, la otra captando los vientos del movimiento espiritual. En cuanto imagen de lo femenino, me parecía interesante la cualidad persecutoria de la vela. La superficie de tela que captaba la luz (como la melena rubia de Ofelia) me hacía pensar en las vestiduras blancas vaporosas de la hermana Hertford de su sueño.

“Y de mi madre en el sueño de la Ratonera”, añadió él. “Y de Claudio, también, quizá, con su elegante batín de seda.”

En aquel sueño, Gertrude parecía que se vencía ante el ataque de él, y Claudio le había impartido un severo aviso. Mientras que aquí era la vela-Ofelia quien se adscribía el papel de regañarle o asustarle. Y sin embargo la vela no había hecho volcar al barco, ni la confusión general había resultado en un escape de Hamlet por la escotilla, como en el sueño del Submarino. De hecho, como había dicho él mismo, parecía que el barco tenía vida propia, independiente de la voluntad de los marinos que se sentían inexorablemente llevados hacia la orilla, la meta del barco. Sí, dije, estaba de acuerdo en que era un sueño de descubrimiento más que de omnipotencia, de seguir el curso de deseos más que de manipular excitación. Nos proporcionaba también una pista sobre sus sentimientos de ser rechazado por Ofelia por ser un hombre-molusco feo. Cuando su identidad por fin se pescaba y salía a superficie se veía (le parecía a él) que no podía emular la reluciente belleza-vela de ella.

Estábamos ante un nuevo y esperanzador punto de partida. Después de irse Hamlet, como tenía unos minutos libres, fui dando un paseo hasta la High Street con la disculpa de comprar un paquete de cigarrillos, pero en realidad para gozar del claro sol primaveral. En el camino me permití el lujo de sentirme contento, incluso lleno de regocijo. El análisis estaba dando un giro. Sin embargo, a la vuelta me noté frustrado. Tenía grandes deseos de ayudar a Hamlet a recuperarse, pero a pesar de su grito de socorro y de haberme llamado “pescador de hombres”, sospechaba que yo le resultaba un tanto innecesario. Nuestra relación tenía algo de tenue. No estábamos trabajando *juntos*, sus sueños hacían todo el trabajo, y yo no hacía más que confirmar su significado. ¿No me sería posible hacer algo más para empujarle hacia adelante ahora que parecíamos estar bien encaminados? Me sentía impaciente dentro de mi optimismo.

Después, a la sesión siguiente, Hamlet trajo un sueño que parecía una continuación directa del de la Tempestad, perfilando las implicaciones de éste último respecto a su identidad:

“Estaba yo tumbado a la orilla del mar, solo. Sentía el barro entre los dedos de los pies y las manos, estaba totalmente extendido. Me sentía como inmovilizado allí.

Miraba arriba, al sol que se filtraba entre una bóveda de hojas y se oía una música extraña que me rodeaba por todos lados. No podía decir de dónde venía pero parecía como si saliera de la tierra y el aire a la vez.”

Aquí teníamos de nuevo la idea de la música como nexo conector de los elementos del sueño, dándole a éste significado. Le pregunté si había sido una experiencia placentera o dolorosa.

“Ni lo uno ni lo otro”, dijo enfáticamente. *“Me sentía paralizado. Todos mis sentidos atados. No podía irme de allí ni dejar de escuchar. Me di cuenta de que era un sueño. Lo extraño fue que al despertar recordaba vívidamente la música, no como melodía sino como sensación física, y me entró un intenso deseo de introducirme de nuevo en el sueño. A la vez sabía que estaba dormido y que no estaba en ese sueño. Inmóvil aún sobre el lodo y con el cuerpo cubierto de moluscos y algas como si estuviera plantado y creciendo, o incluso pudriéndome en la playa como un pedazo de madera vieja, me di cuenta de que apestaba. Y oí una voz que cantaba la letra de una canción que tenía yo en la cabeza:*

*A cinco profundas brazas mi padre yace,
Perlas y algas encima le crecen;
Mientras Ros y Gil bajo las escotillas
Duermen transpuestos en la camarilla.*

*Es la tierra firme barro,
Yo soy lo único consciente
Un vómito del cieno.
¡Oh, cuán infinita mi pérdida!*

*Consternado lamenté el cambio
Y lloré por soñar de nuevo.
Sin la dulce y extraña música
Simple borracho como él soy.*

*Con sus manos me acariciaba, y el primero
Fue que a decir palabras me enseñó.
Así puedo ahora maldecir.
De eso me valió.*

*Por eso, cubre mi cuerpo de moratones,
Conviérteme en cosa extraña,
En loco infecto, colérico,
En verdadero monstruo.*

*Los silbidos de los diablos loco me tornan.
¡Que pongan en libertad a la música!
¡Oh Próspero! Este oscuro ser
yo mismo soy, he de creer.*

Este sentido lamento, fundado en su identificación con el hombre- “monstruo” marino del sueño anterior, me dio grandes esperanzas sobre la posibilidad de que llegara a asumir su propia “oscuridad” (omnipotencia). El darse cuenta de que “apestaba” era una extensión de su identificación con el hombre-molusco, y estaba claro que se sentía rechazado tanto por Ofelia, como por la figura de “Próspero”, quien con su énfasis en las palabras, le había enseñado a “maldecir”. Había en ese Próspero aspectos de Polack y de mí mismo como analista, y ambos representábamos al guardián de Ofelia – el padre protector – que en opinión de Hamlet le había declarado inepto. Había también sin duda un vínculo con su propio padre que le había iniciado en la “empresa”. Ahora bien, tomando los dos sueños juntos, este elemento masculino parecía ser más bien una parte de la propia Ofelia, y se unía a su creciente toma de conciencia del poder de la feminidad. Era ésa la música que había que poner en libertad (como en el sueño del Museo) – lo opuesto de su antigua postura de dictador. Mi entusiasmo crecía a medida

que sentía que nos íbamos acercando a la fuente de su intenso sentimiento de humillación: ¿era Ofelia quien le parecía que se “reía” continuamente de él?

“Ofelia es extraordinaria para la música”, me dijo Hamlet casi sin despegar los labios, como si esta última interpretación le resultara tremendamente incómoda. Sin embargo me apuntó otras conexiones con el sueño del Cuento de invierno, como por ejemplo el himno de Ofelia a Proserpina como su liberadora de la oscuridad interna, ligada a la figura de la hermana Hertford (heartfelt = sintiéndolo de corazón). Yo añadí que aquí parecía que estaba invocando mi ayuda llamándome “ Próspero”.

Le señalé también que la “oscuridad” o “locura” admitida en el sueño se había manifestado somáticamente en los granos que le habían salido en la cara, en su gripe, en su arroparse en la bufanda de un modo que casi parecía un hombre cogido en una red o un trozo de madera cubierto de algas. Eso no le gustó, pero en la semana o dos que siguieron su salud mejoró notablemente, y se le veía mucho más animado. Preso en el lodo quizá estaba metabolizando un cambio turbulento, ya que el sueño de la Tempestad era, en mi opinión, un sueño sobre hacer poesía y sobre hacer el amor, y me pregunté si no sería cierto que Hamlet había estado seriamente trabajando en sus escritos. Me sentía muy esperanzado, veía yo signos de una nueva dependencia de sus objetos internos creativos que podrían poder música en su vida y así transformar sus “maldiciones”. Sería auténtica prosperidad mental.

* * *

Pero el destino no lo quiso así. Nuestro progreso se vio brúscamente interrumpido. Aunque quizá no tan brúscamente, porque en las últimas semanas del análisis le noté alejándose como de puntillas, perdiendo contacto, distanciándose. Se conducía con educación, era agradable, pero se había envuelto en una capa de indolencia o pasividad. La intimidad de la transferencia que había crecido de modo tan fuerte, pareció evaporarse. Y mirando atrás, incluso en el sueño de la Tempestad, la transferencia había perdido la cualidad materna que había sido su más prometedora

evolución. En lugar del apego del niño Hamlet a su madre analítica, teníamos al chico peleando con su padre analítico y aceptando (a regañadientes) la impotencia de su inmadurez. En un principio esto no era mala manera de empezar, pero este tipo de dependencia parecía estimular una subcorriente de irritación contra mí que llegaba casi a persecución, aunque no llegaba a ser del tipo explosivo y paranoico, y estaba velada por la cortesía. Yo no sabía cuál podría ser la causa, ¿sería que realmente no podía soportar el dolor de esos sentimientos de fealdad y humillación? Pero él sabría, todos lo sabíamos, que ese tipo de sufrimiento era bueno para él, el único camino adelante. Y (como él mismo me había dicho una vez) no era un cobarde. Se me ocurrió que era más bien como si para él mi entusiasmo fuera señal de mi triunfo, como si me alegrara de su derrota en lugar de velar con cariño y gozo por su desarrollo. Una vez más sentí pesar al ver apagarse la transferencia materna, aunque pensé que sería algo pasajero. Supuse que oscilaría en ese umbral durante algún tiempo, como había ocurrido con su lucha en La tumba. Pero lo que ocurrió fue que se alejó de mí por completo.

Las primeras señales de aviso aparecieron cuando me contó su primer e inevitable encuentro con Ofelia después de salir ella de la clínica. Él temía ese encuentro, pero yo estaba convencido que una vez que ocurriera, lo asimilaría y a la larga se convertiría en una experiencia fructífera, por desagradable que resultara en su momento. Empezó en un tono irónico y con un trazo de humor:

“La vi debajo de los arcos en el Mercado. Estaba parada al lado de una columna contemplando cómo caía la lluvia en la plaza. Cuando dobló la esquina me di cuenta enseguida de que era ella, aunque estaba de espaldas a mí. Hundí la cabeza dentro de la bufanda, tanto que aún tengo un dolor en el cuello. ¿Conoce ese poema de Shakespeare que habla de ‘el caracol, cuando le tocan sus tiernos cuernos’ y ‘el dolor del caparazón’ y todo eso? Había mucha gente en la plaza y creí que me podría escapar sin que ella me viera.”

Hizo una pausa, parecía reacio a continuar.

“Pero no fue así”, dijo en tono de fatalidad. “Se dio la vuelta y me vio.”

Pronunció esas palabras como si su destino estuviera ya sellado. Yo no entendía por qué dramatizaba tanto.

“También ella estaba un poco desconcertada. Pero sólo durante unos segundos. Luego me miró detenidamente, y vi que sentía pena de mí porque soy un desastre. En esos momentos me di cuenta, con certeza absoluta, de que ya no había nada entre nosotros. Supongo que hasta ese momento había pensado que quizá podríamos empezar de nuevo, pero no pude soportar que sintiera pena de mí, con todo lo que había habido en el pasado.”

¿Y esto es todo? Pensé yo. Ví que habíamos entrado de nuevo en el conocido territorio de suponer él con “absoluta certeza” que “sabía” lo que Ofelia sentía, basándose en evidencias que iban desde mínimas a inexistentes. Pero esta vez pensé que no se trataba de su antigua grandiosidad tiránica, sino de una disculpa para algo diferente. Podríamos al menos investigar la sinceridad de su reacción, sugerí yo.

“No, no”, insistió con apremio ; “esta vez lo sé. No necesita usted lijar las asperezas de mi fracaso. Lo he pensado mucho desde aquel día, y me veo capaz de vivir mi vida. Ahora que hemos aclarado nuestra situación puedo enfrentarme mejor a las cosas.”

Hubo algo en lo que dijo que me hizo preguntarle cuándo había tenido lugar el encuentro con Ofelia. Me respondió como quitándole importancia que como unos diez días atrás, y cuando le pregunté que por qué no me lo había contado antes, farfulló una disculpa un tanto débil de que “no le había pasado por la cabeza durante las sesiones” y que “no había parecido importante en aquel momento, que sólo ahora al volver a pensar en ello...”, etc. Este tipo de falta de sinceridad no era habitual en Hamlet, por eso me inquietó. Las barreras de comunicación entre nosotros habían sido siempre tangibles, un claro resultado de su omnipotencia. Este tipo de in-comunicación era más bien un vacío, y yo tendría que encontrar un nuevo método para cruzarlo.

Pero la oportunidad no se presentó. Unos días después de esa sesión recibí una carta de Hamlet en la que me informaba de que había decidido poner fin al análisis:

“Estimado doctor Horacio:

Le escribo para agradecerle todo lo que ha hecho para darme confianza en mí mismo. Entenderá a lo que me refiero si le explico que ahora me siento capacitado para enfrentarme a la carrera competitiva de la vida. Sin su ayuda no podría haberlo hecho. Fue usted la única persona que no jugó con mi sensibilidad, o aparentó sufrir conmigo cuando en realidad no era así.

Por encima de todo, la experiencia del análisis ha sido una maravillosa formación en el arte de autoobservarse. Sé que eso ha de ser un valiosísimo título para el futuro.

Entretanto, y como ya no tenemos que respetar el protocolo psicoanalítico, espero que le agrade leer, a modo de regalo de despedida, unas líneas de un poema autobiográfico que estoy escribiendo:

No quiero ser
como tú, Forte:
un avecilla echando a correr
con la cáscara aún en la cabeza.

La esperanza de un MG
y otros juguetes de niño
no me va a satisfacer.

Mi ambición es divina, y se pavonea
Ante el invisible suceso.

El mundo que aún lo ignora ha de ver

Mi cascarón alrededor, encima, dentro de mí.

Siempre preparado.

Se despide

con cariño Hamlet.

Y así fue, una despedida de ocho años. Así me despidió el príncipe: de este modo cortés quedaron levantadas las barreras entre mí y su yo interno. Frecuentemente al principio, y luego de modo intermitente, el recuerdo de Hamlet me acudía a la mente como una dosis variable de tristeza y perplejidad. No entendía su partida. ¿Cuál fue el motivo? Me encontraba de nuevo ante el hijo único solitario, pero en lugar de extenderme la mano como cuando le conocí, había decidido encerrarse en sí mismo, a propósito, en su cascarón MG de supuesta invulnerabilidad mundana, fuera del alcance de relaciones emocionales perturbantes. Después de todo lo que habíamos trabajado para liberarle de un grave estado claustrofóbico, su grandiosidad simplemente había tomado otra forma. Y encima con la hipocresía de hacer como si me agradeciera a mí esta pseudo independencia nueva. Era igual que si me diera las gracias por darme una patada en los cojones, o apuñalarme el corazón. Me había dejado desarmado, sin derecho a responder.

CAPITULO OCHO

El rey y la reina

REY: En las corruptas corrientes de este mundo
La dorada mano ofensora puede apartar a la justicia,
Y a menudo el mal premiado
Soborna a la ley. Pero no así en en el cielo:
Allí no hay engaños, allí los actos se ven
Bajo su propio color, y somos forzados
A dar en evidencia pelos y señales
De nuestras faltas.

[III. Iii 57-64]

A pesar de la carta de “despedida” de Hamlet mantuve abiertas sus sesiones durante dos semanas, por si decidía volver. Me sería difícil decir qué sentí más ante su repentina partida, si fue dolor o perplejidad. Era como si después de haber sacado del agua a una persona que se ha caído del barco, me soltara la mano y desapareciera de mi vista. Hamlet me decía adiós con la mano en una variación de la frase de Stevie Smith “no estoy saludando sino ahogándome”, sin darse cuenta de que se estaba hundiendo. Y también yo a veces sentía que me ahogaba en una oleada de dolorosa confusión. ¿Había quizá yo conspirado con él haciéndome la ilusión de que estaba “curado”, o en camino de convertirse en poeta, listo para escribir su “autobiografía”? ¿Le había dado yo la impresión de que con su desasosiego durante la enfermedad de Ofelia, tanto en términos somáticos como oníricos, se había ganado la absolución de sus pecados, y que ahora podía guardarlos en el baúl del pasado?

No, en mi examen de conciencia de esas semanas no encontré nada que explicara cómo Hamlet había ido metiéndose en su “casarón”, o que igualara la

intensidad de mi dolor ante su engreída e hipócrita carta. Buscaba con impaciencia información, nueva luz sobre el asunto. Por eso cuando me puse en contacto con sus padres para comunicarles que había interrumpido su análisis (de lo cual, como yo suponía, ellos no tenían noticia), y Gertrude me invitó a cenar con ellos para hablarlo, acepté con mínima vacilación. Me dije que lo que normalmente habría considerado un error técnico (dado que en modo alguno había abandonado la esperanza de que Hamlet volviera) era disculpable dadas las circunstancias. Y además la tentación de ver el piso nuevo de los Danes me resultaba irresistible, especialmente dado que mi propia casa era en esos días un lugar sombrío y angustiante.

Hacía una agradable tarde de principios de verano y fui deambulando lentamente por la parte de arriba del Heath donde había aún gente de paseo, otros con sus perros, y las pandillas normales de jóvenes que se reúnen en torno al estanque de Whitestone los sábados por las tardes. Mis hijas estaban pasando el fin de semana en un campamento de equitación, y por primera vez mi mujer se había ido abiertamente con su amante. ¿Cómo era, me pregunté, que yo no había visto hasta ahora – me había negado a ver – hasta qué punto nos habíamos alejado el uno del otro? A Beatrice casi le había sorprendido esta desazón mía. ¿Era narcisismo mío el haber supuesto que nuestra relación era invulnerable? ¿Era yo quizá lo que Hamlet me había llamado siempre: un “viejo romántico”? Ocupado con estos pensamientos inquietantes y sin solución, llegué al piso nuevo de los Danes en Reddington Road.

Hamlet lo había descrito como un lugar diminuto, pero era en realidad amplio, elegante y lujosamente amueblado. Había sido renovado con exquisito gusto y conservaba detalles de principios del siglo diecinueve, como una enorme chimenea de mármol y molduras de yeso cuidadosamente restauradas. A esto se unía la claridad de un diseño moderno abierto. El vestíbulo era hexagonal, espacioso y a doble nivel, con suelo de mármol; de un lado arrancaba una escalera corta que conducía a una puerta (seguramente lo que Hamlet llamaba su “cuchitril”). Todas las puertas salían del vestíbulo, incluida una con arco que daba al salón-comedor, con su suelo de parquet, alfombra persa y vistas y salida al jardín. Por otra de las puertas se veía la cocina, con

aparatos y juegos de cazuelas de acero inoxidable y un Aga moderno. Lo admiré pensando en mi mujer. Por la puerta del jardín entraba en el salón el fuerte olor de la madre selva en el crepúsculo.

Una sirvienta de avanzada edad y expresión jovial, a quien Gertrude se dirigió afectuosamente como “Lise, chérie”, nos pasó una bandeja con unos entremeses caseros de aspecto exótico. Claudio bajó al sótano y volvió con unas cuantas botellas de vino tinto cubiertas de polvo; las posó sobre la mesa del comedor y abrió dos.

“Siento que su esposa no pudiera venir, doctor Horacio”, dijo Gertrude, vestida con una blusa de seda, pantalones y zapatillas de pedrería. Parecía agitada y nerviosa. El pelo gris rizado y un jersey negro de cuello vuelto le daban a Claudio un aire distinguido y confortante. Bajo el efecto de su bienvenida, casi pensé por un momento que sería apropiado mencionar mis propios problemas personales, pero Claudio, bien por su exquisita educación o su extremado tacto, hizo tal confesión innecesaria.

“No sería justo hacerle asistir a esta autopsia”, contestó él a la vez que me ofrecía el Tio Pepe que había elegido y se servía una copa de vino.

No, pensé, estoy aquí en visita de cortesía no de intimidad. Sin más preámbulos Gertrude me preguntó por qué había dejado Hamlet el análisis. “¿No es que quizá ya esté bien sin ello, o sí?” y cuidadosamente evitó usar la palabra “curado”.

Le respondí que yo mismo no lo entendía, que había sucedido cuando había empezado a trabajar seriamente y yo me sentía optimista sobre el futuro progreso. No, no creía que estuviera “bien” más que en un sentido superficial; y en realidad, dada la forma en que lo había interrumpido me sentía preocupado por él.

“¿En qué sentido? ¿Piensa que se puede causar daño a sí mismo?” preguntó rápidamente su madre. “Fue un choque muy grande cuando Ofelia se cortó las muñecas. Ninguno de nosotros había pensando en nada así. El pobre Antony envejeció de la noche a la mañana.”

La tranquilicé diciéndole que lo que me preocupaba era el desarrollo de su carácter, no una enfermedad mental.

“A mí me parecía que había mejorado mucho, dijo Claudio. “En algo debió usted ayudarlo, doctor Horacio. El y yo salimos juntos en una excursión de pesca durante la Semana Santa, fue muy agradable. Casi nostálgico, como en los viejos tiempos. Me sentí casi humano de nuevo, incluso a sus ojos.”

“Pero era evidente que se sentía aún mal”, dijo Gertrude. “No fue realmente como en los viejos tiempos. Había perdido su vitalidad. Se encerraba en su habitación, deprimido.”

“Pues a mí me pareció bien que perdiera la vitalidad”, dijo Claudio, “porque a veces tenía ganas de matarle. Y me imagino que se portaría fatal con Ofelia por lo del embarazo. Yo creo que estaba deprimido porque se sentía culpable – y eso no es mala cosa.”

“Lo que me sorprendió a mí fue lo poco que hablaba de Ofelia”, dijo Gertrude. “Sabía que yo había ido a verla varias veces, pero nunca me preguntaba por ella, ni mencionó la pérdida del bebé”.

“No sería normal que lo hablara contigo, dadas las circunstancias. Tendría noticias a través de Nando.”

“Sin embargo”, continuó Gertrude en tono de extrañeza, “ella hacía lo mismo. Nunca mencionaba a Hamlet. Le hice esa pregunta a la Hermana Hertford, y dijo lo mismo. Era como si Hamlet hubiera desaparecido de su vida.”

No pude contener mi sorpresa al oír a Gertrude hablar de la “pérdida”. Era evidente que Hamlet ni lo sabía, ni se había molestado en preguntar. Claudio se dirigió a su esposa en tono muy significativo.

“Yo creo, personalmente, que para empezar nosotros les animamos demasiado a salir juntos. En especial tú, tú y Antony. Parecía el colofón ideal a la amistad entre las dos familias.”

A partir de ahí me empecé a sentir incómodo en mi posición en aquel triángulo. Los Danes estaban empezando a tratarme como el abogado de confianza de la familia, que conoce los secretos ocultos, mientras que en cuanto analista de Hamlet (analista fracasado quizá), la situación era más complicada e incómoda.

Gertrude se acercó un poco más hacia mí con aire confidencial y mirando a su marido de forma divertida y provocadora:

“Mire doctor Horacio, Claudio está aún celoso. Celoso porque cree que allá en otro tiempo, cuando él estaba tan ocupado levantando el mayor negocio de Inglaterra que ni siquiera se enteraba de mi existencia, yo tuve una relación con Antony.”

“Eso es una exageración grande”, dijo Claudio disgustado. “Y Antony no fue el único por quien tuve motivos para preocuparme. Pero has captado lo que he querido decir, Gertrude, que es que Hamlet y Ofelia no son más que una pareja de jóvenes inexpertos, y que hoy día nadie se casa tan joven.”

“¿Y quién ha dicho que habrían de casarse ?” exclamó su mujer. “Para eso ya habría sobrado tiempo. Nosotros no éramos tan jóvenes tampoco cuando nos casamos, ¿o sí?”, le recordó ella en tono de acusación.

“Eso fue por la guerra”, respondió él con firmeza. “Yo tenía que establecerme primero.”

Miró en mi dirección como buscando apoyo. Yo no sabía qué responder, estaba asistiendo a una disputa privada entre ellos, y a la vez cada uno parecía considerarme ingrediente esencial. Quizá mi presencia actuaba de catalista.

“ Claudio siempre le dio demasiada importancia a establecerse”, me dijo a mí Gertrude. “Podíamos haber sido el doble de ricos, haber tenido el doble de niños y el doble de felicidad.” Su tono convencido claramente sorprendió e hirió a su marido.

“¿De veras dices que no has sido feliz conmigo?”, le preguntó él con un gesto triste y dolorido que inmediatamente le hizo a Gertrude ablandarse: “No, no, tú sabes que no eso lo que quiero decir. Hemos sido felices, más que la mayoría de la gente. Y hemos tenido suerte.”

“Hemos tenido suerte, diría yo, porque hemos trabajado duro”, corrigió él. “Yo quería dar a mi hijo lo que mi padre me había dado, y más.”

“Y así lo has hecho”, le dijo ella con cariño. “Nadie puede decir que Hamlet no ha tenido todo tipo de oportunidades y ventajas. Y amor. Quiero decir que quizá

trabajaste demasiado. ¿Todos esos años que pasamos haciendo tú mucho dinero y con invitados a todas horas en nuestra casona de Londres, para qué?”

“No era por el dinero, y tú lo sabes”, dijo Claudio irritado de que su mujer sacara a colación esa equivocación tan corriente. Se puso de pie, dando zancadas de un extremo a otro de la habitación y haciendo gestos con una mano mientras sostenía el vaso de vino en la otra. Me recordaba la manera de moverse Hamlet. “El dinero era un efecto secundario. Lo que a mí me interesaba era la cualidad del negocio. Yo les decía a los investigadores que teníamos que me interesaba sacar medicamentos viables y efectivos, que pudieran de verdad ser puestos al alcance de la gente. Siempre empleé el mejor personal y los tuve conmigo durante años. Mi empresa, doctor Horacio, era considerada un modelo en su campo. A Gertrude se le olvida el esfuerzo que invertí desde el principio para mejorar las condiciones de trabajo. Y no me refiero sólo a los aspectos industriales. Fui uno de los primeros que implementaron incentivos que por entonces no eran más que un experimento, como por ejemplo concejos de obreros, pensiones transferibles, reparto de beneficios según años de servicio, etc. Yo quería que entendieran que la empresa era tanto suya como mía. Sabía que la eficacia se basa en la satisfacción en el trabajo y el sentimiento de lealtad hacia la empresa. Y el resultado fue que cuando la vendí a Universal Pharmaceuticals, mi empresa estaba en saldo positivo en todos los sentidos. ¡Se llevaron una cosa buena!”

Hizo una pausa, y como para causar una impresión bien clara me miró asintiendo con la cabeza varias veces, luego añadió: “Y no la hubiera vendido si Hamlet hubiera demostrado algún interés en ello.”

Como una madre frente a un hijo que quiere pelear Gertrude se dirigió hacia él, le acarició tranquilizándole, y me miró a mí como disculpándose. Yo me sentía aún más sin saber por dónde salir. “Cariño, nadie pone en tela de juicio tu valor”, le dijo ella a su marido. “Y si hubiera más personas como tú hoy día la industria farmacéutica tendría una reputación bien diferente. Pero tú dices que lo hiciste por Hamlet, y eso es lo que yo cuestiono.”

“Ya, esa es la cuestión”, asintió Claudio, posando su mano encima de la de ella y con un suspiro. “Es una cuestión que a menudo me he planteado a mí mismo. En eso sí que creo que tengo culpa.”

La conversación se detuvo mientras Lise ponía una sopera pesada en la mesa. Claudio se sirvió un tercer vaso de vino. Ya estaba oscuro afuera. Me alegré de la oportunidad de digerir mi sorpresa, incluida la extrañeza de ver a los padres de Hamlet discutiendo, cosa que no cuadraba con mis supuestos románticos; desde luego no hubiera imaginado que se sentían mutuamente agraviados. Se me ocurrió de repente preguntarles si quizá Hamlet tenía alguna sospecha de la relación entre su madre y Polack. “No”, se rió Gertrude dirigiéndome una mirada pícara al pasar a mi lado para cerrar la puerta del jardín y las cortinas. “Soy muy discreta en todo.” Encendió una lámpara que iluminaba un cuadro de Lowry encima de la chimenea y prendió las velas de la mesa. Nos sentamos los tres, Claudio sirvió vino y durante unos minutos tomamos la sopa en silencio, cada uno a solas con sus pensamientos. A pesar de la afirmación de Gertrude, yo sentí que se me iluminaba un poco el desprecio que Hamlet expresaba hacia el lado sexual de sus padres, que apoyaba siempre en su crítica de que los adultos creen que los niños no se enteran de lo que pasa a su alrededor. Y a la vez empezaba a ver algo “falso” en el ambiente de los Danes, el “socialismo capitalista” de Claudio (como lo había llamado Hamlet), la cohorte de admiradores cultos de Gertrude, proporcionaban substancia a los orígenes de la paranoia de Hamlet. Y por detrás de todo esto asomaban la cabeza mis propias preocupaciones sobre mi matrimonio. La acusación de Gertrude a Claudio de que “trabajaba demasiado” y no la prestaba atención tenían un tono que me resultaba conocido. La noche anterior Beatrice me había dicho algo semejante a mí. ¿Había logrado Claudio tolerar una situación que a mí me resultaba intolerable?

“No, es algo que he pensado mucho”, empezó de nuevo Claudio. “Y no sólo recientemente. Ya allá por aquellos años, cuando me entraron dudas sobre tí y Antony, Gertrude, y me pregunté si sería mi culpa.”

“No, fue impaciencia por parte mía”, le interrumpió Gertrude en tono conciliatorio, segura de su perdón, “impaciencia y frustración personal.”

Pero Claudio no iba por esa línea. El continuó, casi hablándose a sí mismo, y hasta de un modo un poco cruel: “Hasta ese momento siempre había pensado que fueran cual fueran mis problemas y dificultades, al final siempre merecería la pena porque habría levantado algo para dar a mi hijo un empujón en la vida, y si algo iba mal, él tendría tiempo de arreglarlo porque no habría tenido los problemas que tuve yo para arrancar. Cuando pienso lo que el ser pobre durante su juventud le hizo a mi padre, que sí que llevaría zapatos – para que la familia pudiera aparentar – pero a veces se pasaba días sin tomar una comida como Dios manda... entenderá usted, doctor Horacio, no me cabe duda, que no hablo meramente de cuestiones materiales. Con gobiernos socialistas o sin ellos, la bondad es un lujo si uno no tiene seguridad económica. Me propuse obtener esa seguridad, no sólo para mi propia familia sino también para la plantilla de obreros.”

Empecé a ver que debajo de las ambiciones socialistas de Claudio (basadas de hecho en su propio miedo a la pobreza, y que pasaban por alto la diferencia entre su riqueza y la de los obreros) había un velado ataque contra su mujer cuya infidelidad había trastornado la estabilidad de la familia. Su actitud de reina debilitaba su condición de monarca. Claudio apuró su vaso y nos sirvió más. En tono suave Gertrude dijo: “Hamlet puede aprender a ser un hombre bueno si su padre es un hombre bueno. No necesita más. No necesita riqueza.”

“Ah, pero ahí está el quiz de la cuestión: ¿quién jura que yo sea un hombre bueno?” Estas palabras eran una queja y Claudio las pronunció apuntando de algún modo hacia su mujer como la culpable de su malestar espiritual. “Tengo serias dudas sobre si soy o no un hombre bueno. Empecé a dudarle cuando se hizo evidente que a ojos de mi hijo yo no era un hombre bueno. Los primeros signos aparecieron cuando él tenía unos quince años. Empezaron siendo comentarios sarcásticos ocasionales, como por ejemplo: ‘¿cómo fue hoy el negocio de las drogas, viejo, las buenas quiero decir?’ o ‘¿qué te has llevado hoy del tercer mundo a cambio de unas pastillitas?’ Me irritaba

su autosuficiencia y más aún su absoluta ignorancia de las complicaciones y frustraciones de mi trabajo. Sin embargo veía que había un grano de verdad en sus críticas. Eran como el espejo de los puntos oscuros de mi alma. Yo sabía que era natural que un joven se cuestionara los valores del mundo adulto, y en cierto modo estaba orgulloso de que lo hiciera. Me acordaba de que yo había sido desagradable con mi propio padre a esa edad. Solía decir él que si el único uso que iba a hacer de los libros era echarle en cara sus faltas, se arrepentía de los sacrificios que había hecho para poder darme una educación. Supongo que ahora estoy pagando mi propio pecado.”

“No Claudio, eres muy duro contigo mismo”, dijo Gertrude con voz muy suave, casi susurrando. “Eso no es pecado. Es normal tener dudas. Tu padre no era como tú, era un paranoico.” Pero parecía que Claudio no la escuchaba. Se llenó de nuevo el vaso y entre un bocado y otro le daba vueltas distraídamente a una de las botellas que había en la mesa. “Este vino es de cosecha propia, embotellado en la viña,” dijo casi sin despegar los labios.

“No es más que una casita a orillas del Garona”, me susurró a mí Gertrude, quitándole importancia, “cerca de donde vivían mis abuelos cuando yo era pequeña”. Era un intento de mitigar el efecto de la ostentación de Claudio, que, un poco borracho, con ojos húmedos y mucho sentimiento, empezó a recordar la niñez de su hijo.

“Sin embargo...” dijo, “Hamlet de niño era encantador. Hasta que cumplió nueve o diez años éramos inseparables. Siempre me rogaba lo mismo ‘Papá, ¿puedo ir yo también?’. La fábrica le tenía fascinado, no dejaba de hacer preguntas. Y por supuesto que íbamos en barco juntos. Yo tenía un yate que amarraba en Cowes, y recuerdo también, doctor Horacio, que cuando aún andaba a gatas me pedía chillando ‘¡un paseo de elefante, papi, un paseo de elefante!’ No se iba a la cama hasta que no le llevaba a cuestas por toda la casa, desde el ático hasta el sótano.” (Esto confirmaba nuestras asociaciones en el análisis, pensé, en particular con el sueño del Fantasma.)

“Luego Gertrude le leía cuentos”, continuó Claudio. “Ese era su programa por las noches. ¿Te acuerdas de todo aquello, mi vida?”

Gertrude sonreía. En son de triunfo nos contó, cómo había empezado a cultivar el gusto de su hijo por la literatura. A la edad de cuatro años le había leído los relatos de los mitos clásicos escritos por Roger Lancelyn Green, “para que se le metiera dentro desde el principio la verdadera literatura”. Con eso implicaba que había hecho más por Hamlet que darle paseos de elefante. “Recuerdo”, continuó, “que ni cuando estaba en el cochecito era como los demás bebés. En el cochecito nunca dormía, le gustaba quedarse echado de espaldas mirando todo lo que pasaba a su alrededor con sus ojillos penetrantes - ¡qué aire tan inteligente tenía ! y cuando se le acercaba una señora mayor y le decía ‘ajito, ajito’ – ya sabes esas cosas que hacen las señoras – se la quedaba mirando como diciendo ¿para qué hace usted esos ruidos tan raros? ¿por qué no habla claro? Y la buena señora se quedaba un poco avergonzada y se iba discretamente.”

“Estábamos tan orgullosos de él que no queríamos más niños”, concluyó Claudio.

“Tú no querías más...”

“Ni tú tampoco, Gertrude, tienes que reconocerlo...”

“Al principio quizá no, pero luego sí, y después el tiempo pasó y se hacía tarde.” Habló en tono acusador, estaba afligida.

“Bueno, no siempre tiene uno lo que quiere”, dijo su marido sin darle mucha importancia, como si no quisiera prestar demasiada atención a ese área irremediablemente dolorosa. “Al fin y al cabo a mí fue a quien primero decepcionó. Siempre traté de darle lo que quería, los caprichos dirían algunos. Cuando empezó en el colegio de Saint Paul, ¿sabe usted doctor Horacio que yo mandaba un coche para recoger a Nando y llevarlos a los dos juntos al colegio? Pues después de un año o dos eso ya no bastaba. Tenía que cruzar Londres en bici. El metro no le servía, o sea que le compré una bici. Poco tiempo después dejó de llamarme ‘papá’ y me llamaba ‘Claudio’. No es que me importara la cosa en sí, ya sabía que era una moda, en

especial entre la gente artística e intelectual con que se codeaba él. En esa época yo me sentía un poco como un pulpo en un garaje, incluso en mi propia casa. Trabajaba las veinticuatro horas del día, y el poco tiempo que estaba en casa, veía que la gente aceptaba mi hospitalidad de buen grado (y que conste que había gente de sobra). Les gustaba vivir bien, la compañía, las atenciones que encontraban allí, pero a la vez le hacían ascos tanto a los negocios como a la ciencia, que a través de mí les proporcionaba todo eso que les gustaba.”

Hizo una pausa, vació el vaso, lo volvió a llenar. Yo veía que Gertrude le examinaba preocupada, pensando quizá en el momento de intervenir. Haciendo un esfuerzo, indiqué que en el ambiente de hoy día hay algo que va contra una apreciación justa y un respeto por la ciencia e incluso la medicina. A Claudio pareció animarle encontrar un aliado.

“A usted también le afecta ese ambiente, doctor Horacio. Mi mujer no me cree cuando se lo digo, y pienso que a mí no me hubiera molestado tanto de no haber sido por Hamlet. Llegué a verle como el líder de la conspiración. Gertrude, sabe usted, le animaba a asomarse a nuestras reuniones de amigos. Al principio venía de mala gana, pero luego siempre había unna persona o dos que le hacían perder la timidez y él entretenía a los asistentes. Por aquel entonces era tímido y desgarbado, pero cuando estaba entre gente conocida se animaba, y eso sin probar el alcohol. Todo el mundo le aplaudía las gracias, y estoy seguro de que les importaba un pimiento lo que decía. Pero a mí sí que me importaba, porque a mí siempre me parecía que, bajo un leve disfraz, estaba hablando de mí y de mi despreciable modo de vida, mis valores hipócritas, métodos anticuados, etc. ¡Me ponía como si yo fuera el demonio en persona, que no merecía más que desprecio, un monstruo fascista-racista, un perverso sexual, ¡ incluso un tacaño!”

Fue subiendo la voz en tono agresivo y terminó farfullando las palabras, se notaba un poco la paranoia que Gertrude había atribuido a su propio padre. Ella le había estado mirando fijamente, y parecía indecisa entre su táctica normal de aplacarle y el impulso a responder a su ataque sobre su actividad como anfitriona. “¿Cómo

podíamos evitar las reuniones sociales con la posición que tú ocupabas y el negocio?” le preguntó. “No puedes culpar de eso a Hamlet, era parte necesaria de su educación.”

“¡El negocio!” exclamó Claudio. “No era por el negocio; ¿cuántos de ellos eran clientes míos? ¡Eran tuyos, clientes de tu salón literario! ¡Y pensar, doctor Horacio”- apelando de nuevo a mí - “que Hamlet me abandonó por esa turba! Después de los diez años más o menos no volvió a mostrar curiosidad alguna por la empresa - ¿no debería haber sido eso también parte de su educación?”

“También Antony ha tenido problemas con Hamlet últimamente, ¿sabes?, dijo Gertrude tratando de desviar su ira. “Dijo que cuanto más le alababa el trabajo más hostil se ponía. De hecho Antony ya no le supervisa. Es una verdadera lástima.”

“Eso cuadra”, dijo Claudio en tono amargo. “Me atrevería a decir que también al doctor Horacio le ha resultado un caso duro. En cuanto acaba con uno de nosotros empieza con otro- ¿no es así? A mí me resultaron mas fáciles las cosas una vez que se fue a Cambridge y nos mudamos de casa - y empezó a ir a donde usted claro está, doctor Horacio.”

Se había calmado y le había entrado el humor sensiblero y luctuoso, con las comisuras de los labios hacia abajo en un gesto de pesadumbre. “Ocurrió todo a la vez que yo empecé a perder interés en el negocio, ¿ve usted doctor Horacio?, y a sentir que no quería llevarlo a la siguiente fase. Los tiempos cambian, y las cosas también. ¡Quién fue que dijo que no se puede uno meter dos veces en el mismo río, o ni siquiera una vez?”

Heráclito, me parece que dijo eso, le contesté.

“Bien, pues yo tenía que escoger entre dedicar toda mi energía al negocio, o quedarme de brazos cruzados mientras caía en el desorden y la corrupción o quedaba estancado. No me hubiera importado dejar el pellejo sacándolo adelante en beneficio de Hamlet, pero como él ni siquiera se hubiera percatado del sacrificio, y la idea de quedarme parado viendo la empresa en desastre no la podía ni soportar, elegí jubilarme. Ahora tengo que aguantar puyas ocasionales que me tira sobre que si parece

que soy igual de rico que siempre sin trabajar, y cómo es que no me di cuenta hace años de que no era necesario.

Claudio arrugó los labios y estiró hacia adelante la mandíbula a la vez que empujaba el plato de sopa que no había terminado para que lo recogiera Lise, que había entrado con el plato principal. Gertrude entretanto me explicó que en realidad Claudio estaba tan ocupado como siempre, porque se había apuntado a un curso de la universidad a distancia.

“Y la triste ironía es”, explicó Claudio, “que creo que incluso eso lo hice por Hamlet. Intenté Inglés y Teatro para empezar, pero me di cuenta de que no iba a poder tener una conversación con él sin que me ridiculizara – soy perro viejo para aprender cosas nuevas- o sea que me pasé a Derecho. Y sí, es interesante. Lo encuentro absorbente, muy absorbente”, repitió sombríamente mientras empezaba a comer.

“Creo”, anunció Gertrude después de un breve momento, dirigiéndose directamente a mí, “que el problema es que Claudio siempre ha mirado hacia su hijo con ambiciones dinásticas. Como un príncipe. Como si fuera una obligación hereditaria, o una necesidad, que Hamlet le siguiera los pasos y se encargara del negocio, porque de otro modo el estado se vendría abajo y reinaría la anarquía. Pero claro eso no es así. Estamos hablando de la industria química de fines del siglo XX, no de una corona del siglo XVI. Vivimos en la edad del individualismo. Cada uno debe escoger lo que mejor le va. Y el talento de Hamlet va por otro lado. Vale más aceptarlo y dejar que las cosas sigan su curso. Después de todo, Claudio, ¿por qué tienes tú que pensar que si Hamlet no lo sigue, el trabajo de toda tu vida queda despericiado? ¿No está la empresa aún jugando un papel ahora como parte de Universal? ¿No has aportado tu contribución a la humanidad?”

“Querida, al menos tú tienes fe en mí”, dijo Claudio en tono de cansada resignación. “Gracias. Yo no tengo esa fe. Lo que dices de Hamlet y el negocio es muy cierto. Lo he ido aceptando poco a poco. Ahora bien, si se me permite, quiero establecer una analogía _”, cambió el tono al decir esto, adoptó un aire grave pero con

una chispa de malicia, “me perdonarás, espero, y no dirás que es mezquina venganza contra tí y Antony.”

“Sí, bueno, ¿qué es?” preguntó Gertrude, sonriendo sólo a medias.

“Yo creo que también tú, a tu estilo, tienes ambiciones dinásticas.”

“¿Ah sí, cómo es eso?”

“Piensa en lo siguiente. Hete aquí intentando organizar una unión entre tu hijo único y la hija única de nuestro más viejo amigo. Si eso no es dinástico, tú me dirás qué es. Especialmente en este caso en que nuestro hijo y nuestro mejor amigo tienen el mismo tipo de intelecto, siendo el uno una nueva versión del otro. Y la hija – la hija única – es bella como la madre del hijo (hay que decir que Ofelia es bella, doctor Horacio). Es una mezcla fuerte, no cabe duda, ¿y peligrosa? ¿nos atreveríamos a decir que peligrosa?”

“¿En qué sentido? No te entiendo, Claudio”, dijo Gertrude nerviosa y en tono severo. Claudio hablaba ya de modo confuso y borroso.

“Porque la química de su interacción quizá no sea previsible”, contestó de modo más agresivo. “Inmaduros lo son, pero tendrán que encontrar su propio camino incluso siendo odiosos como Hamlet o sosos como Ofelia. ¡No tenemos derecho a lanzarlos en brazos el uno del otro simplemente porque nos parece poético!”

“Vamos ya, Claudio, nadie los ha lanzado en brazos el uno del otro”, murmuró Gertrude. Arrugó el entrecejo y se mordió el labio, apagó las velas de la mesa, les quitó la cera derretida y las volvió a encender. “Ahora bien, sí que veo que quizá dimos la impresión de que estábamos entusiasmados, más de lo que ellos podían digerir”, admitió en tono de hacer un esfuerzo. Luego, recobrando su compostura y mirandome a mí en busca de apoyo, corrigió la impresión dada por su marido sobre Ofelia:

“Ofelia es más compleja de lo que parece a primera vista, Claudio. Yo la conozco mejor que tú. Siempre he sentido cierta responsabilidad hacia ella, no por Antony, sino porque no tiene madre, y por el recuerdo que tengo de su madre. Eramos amigas, sabe usted doctor Horacio. A menudo ocurre, no es cierto, que las chicas que

no tienen madre se hacen o muy tímidas o muy atrevidas. Ofelia se ha escondido siempre en su música. Y hasta que ocurrió esto, su meta en la vida siempre fue agradar a su padre. Si Hamlet hubiera salido así, Claudio, ¿hubieras dicho que era soso? No, te hubieras sentido satisfecho de que todo iba de acuerdo con los planes. Los Polack necesitaban tener ese tipo de relación sosegada, porque al no haber una mujer en la casa eran más vulnerables. No puedo ni contra las veces que he deseado que Antony se volviera a casar, por los hijos” (Me dirigió a mí estas últimas palabras, como si yo entendería que Antony no pasaba de ser más que otro niño díscolo.)

“También yo lo he deseado”, dijo Claudio – pero sin amargura en su ironía. “¿Y que hay de malo en una relación tranquila? Ya hay suficientes problemas en el mundo que nos rodea sin que a uno le traten como a un criminal en su propia casa. ¿Hay que disculparse por tener una relación sosegada?”

“Por supuesto que no”, dijo Gertrude en tono de consuelo, y añadiendo un poco de humor, “explicarla, meramente.”

* * *

Entró Lise con el postre y Claudio se fue medio arrastrando los pies a la cocina a elegir un vino blanco del frigorífico. Por unos momentos nos quedamos Gertrude y yo solos, en incómodo silencio. Me resultaba penoso ver los celos de Claudio (que me recordaban, claro está, los míos). Pero me chocaba su deseo de humillar a Gertrude, y las evasivas de ella. No era difícil ver cómo Hamlet, una vez transpasada la niñez, se había convertido en el instrumento de sus diferentes ambiciones dinásticas. Ellos mismos habían llegado a verlo, no sin gran esfuerzo, primero el uno en el otro, y luego en sí mismos. La lucha de Claudio por conseguir dinero y éxito, y el salón de reina de Gertrude – producto competitivo al perder ella la esperanza de tener más niños - habían socavado su intimidad. Desilusionados con aquella época de su vida, estaban ahora intentando reparar su relación y reajustarse,

pero era un proceso doloroso y plagado de trampas. No es pues de extrañar que dada esta situación la unión entre Hamlet y Ofelia pudiera parecer una “mezcla explosiva”. Era como si a través de ellos la vieja generación pudiera recrearse, salvarse de la decadencia y la corrupción que amenazaban en la distancia – La Gran Esperanza Erótica como medio de rescatarnos a todos de la rapacidad, la estupidez y la codicia. Ví que también yo había sido presa de esa actitud en el análisis, yo también era culpable de haber sometido al mismo tipo de presión a Hamlet.

Movido de algún modo por la mirada confusa de Gertrude, les confesé a los Danes mi propio sentimiento de fracaso analítico. Al fin y al cabo ellos se habían sincerado conmigo respecto a sus problemas. Y sin embargo, mi profunda preocupación pareció desorientarlos. Claudio repitió que desde su punto de vista Hamlet estaba mucho mejor, y Gertrude me clavó sus líquidos ojos castaños y me dijo en tono suave y tranquilizador que yo era “demasiado modesto”. Yo sabía que no habían esperado gran cosa ni de mí ni del análisis. Su contacto con nuestra profesión era de tipo social, y no se hacían idea ni tenían interés por los traumas y delicadeza de manejo que conlleva. Yo era para ellos un empleado que ha cumplido; no se me podía culpar. Mi disculpa se interpretaba como modestia. De hecho, a ojos de Gertrude, mi disculpa era una forma de rendirle homenaje a ella personalmente, hincándome yo ante su atractiva belleza.

Con el café y el brandy Claudio y Gertrude estaban ya más relajados y en sintonía. Ya no sentí la necesidad de tomar partido en una lucha de esgrima. Se había distendido la tensión triangular entre nosotros, y yo casi me sentía miembro temporal de su pequeño círculo. Gertrude le dio un beso a Lise y la mandó a acostarse. “Sólo nos queda ella”, dijo. “Teníamos muchos empleados antes, pero se fueron todos, gracias a Dios; sólo nos necesitamos a nosotros mismos. Lise es de la familia. Hay mucha tranquilidad así en la casa.”

Hice una pregunta o dos sobre los amigos de Hamlet, contestándome Gertrude que Nando estaba resultando ser “poco fiable”: “Dios sabrá qué arreglos componen juntos en la City él y ese otro chico – cómo se llama, Forte o algo así. Su

porte social es impecable claro, pero es una cortesía fría. Los gentleman ingleses ya no son lo que eran antes. Tú te quejas de tu hijo, Claudio, pero no te das cuenta de lo afortunado que eres. Y no me cabe duda de que sentará cabeza, un día, ¿no cree, doctor Horacio?”

No obstante, antes de finalizar la velada, la conversación volvió de nuevo al tema de la relación entre Hamlet y Ofelia, y a la obra de teatro que Hamlet había puesto en escena.

“Estaba hecho con mucha inteligencia desde luego”, dijo Claudio, “y ya he visto que así es como se hace hoy día, introduciendo todo tipo de elementos ajenos a la obra para darle vida. Pero yo pienso que no fue lo mejor para esos dos jóvenes, el tener una especie de affair tipo estrellas de cine sobre el escenario; eso nunca funciona, ¿no es cierto? No me extraña que se separaran, sin tener en cuenta además el asunto del embarazo.”

“Bueno, yo no lo vi *tan* inteligente”, dijo Gertrude. “Como muchas puestas en escena de hoy día, buscaban un humor rápido. *Un Sueño de una noche de verano* es gracioso de por sí, sin todas esas bufonadas y arreglos. Incluso yo diría que *solamente* es gracioso si se deja como está. Hamlet debería saber eso. Me dieron ganas de darle una torta al final por la mirada insolente que me echó.”

“Si no te andas con cuidado, te vas a encontrar con que Hamlet te decepciona en las ambiciones literarias que te has forjado para él, como me decepcionó a mí en mis ambiciones empresariales”, le dijo Claudio en tono de aviso. Una vez más sentí claramente sus celos, ligados al sentimiento de que el campo enemigo – dirigido por su mujer y sus cultos admiradores – había raptado a su hijo, dejándole a él en el papel de mero padrastro. Ni más ni menos que el “tío-padre” de Hamlet.

“No, a pesar de todo confío en él”, declaró su madre, la reina, firmemente. “Estaba pasando por un momento malo. ¿He negado yo eso alguna vez? ¿Qué se podía esperar después de la ruptura de su primer enamoramiento serio?” (Daba la impresión de descartar la posibilidad de que el “momento malo” hubiera sido la causa de la ruptura, y no al revés.)

“Dígame, doctor Horacio...”, dijo Claudio volviéndose hacia mí repentinamente y con un tono nuevo inquisitivo. “¿Cuál es su juicio profesional sobre el talento de Hamlet? Como escritor quiero decir, poeta... que después de todo es lo que todos esperamos que haga. Conozco la opinión de mi mujer, y yo no estoy capacitado para opinar en el asunto. Pero se me acaba de ocurrir: ¿de verdad tiene talento, o es un pijotero de esos que entran en marcha en cuanto tienen público – y luego se quejan de que todo el mundo les está mirando? ¿Qué cree usted?”

Pensé (en mi fuero interno) que en mis momentos más pesimistas mis temores sobre Hamlet también habían sido de ese tipo. Pero había el contrapeso de la evidencia de la rica imaginación de su vida onírica, y en lo más profundo de mi corazón “creía” en su talento. Lo que le expliqué a su padre fue que desde un punto de vista literario, sería mejor preguntar a una persona como el catedrático Polack que conocía su trabajo. El analista no ve más que cualidades en potencia.

“Enfín, habrá que esperar a ver”, dijo Claudio.

Se ofreció a llevarme a casa cuando dije que había venido a pie; pero preferí irme por el Heath, desierto a esas horas, con el aire fresco de la noche y la acuosa luz de las estrellas.

CAPITULO NUEVE

Ofelia en Colono

OFELIA: Pero mi buen hermano

No seas como esos clérigos zafios

Que enseñan el duro y espinoso camino del cielo

Mientras como libertinos a sus anchas

Ellos siguen el dulce sendero de la frivolidad

Sin aplicarse su propio consejo.

[I. iii. 45-51]

Mi muy recientemente admitida soledad me estaba empezando a pesar, y el encuentro con los padres de Hamlet no había servido para aliviarla sino al contrario, la había exacerbado. Sospechaba, aunque sin entenderlo, que de un modo poco analítico, ese sentimiento estaba ligado al inconcluso análisis de Hamlet. Y como deseaba más información, cuando Ofelia Polack me contactó al final del trimestre pidiendo consulta, acepté recibirla yo mismo en lugar de derivarla a otra persona. No era esa mi conducta normal, pero las circunstancias, me dije a mí mismo, (como en el caso de los Danes), tampoco eran normales. Casi sentía que necesitaba, que incluso debía, verla. Desde que tuve noticia de su aborto espontáneo, la ambivalencia hacia ella que había observado en mí mismo, había sido reemplazada por una nueva curiosidad.

Mientras esperaba su llegada noté que la pregunta que realmente quería contestar, era si realmente era tan bella como Hamlet me había hecho suponer. Al fin y al cabo, a ojos de un chico de 19 años, quizá la “belleza” no sea más que el ir a la moda, y estaba preparado para llevarme una decepción. Pero cuando la vi en la sala de espera, tuve que confesar que era una de las chicas más bonitas que había visto. Llevaba puesta un falda verde, larga, con el bajo a jirones desiguales, una camiseta ajustada, y un chaleco

raro hecho de parches bordados. Sin embargo, su natural elegancia y gracia, serían la envidia de un colegio suizo para señoritas finas; y su cara parecía sacada de un cuadro de Boticelli: nariz larga y fina, ojos grises y cabello rubio cobrizo que le llegaba a media espalda.

“¿La señorita Polack?” pronuncié a la vez que con un gesto de cabeza la invitaba a pasar al consultorio.

“Llámeme Ofelia, es igual”, dijo mientras pasaba dentro y se sentaba. “Sé que usted ha estado viendo a Hamlet. Fue su madre quien me dio la dirección. Se la pedí yo, porque necesito consejo objetivo. Mi padre no sabe que he venido – ya no le puedo contar nada, todo le preocupa y le desasosiega. En el hospital tenía a Paulina, con ella podía hablar – ¿sabe quien es Paulina supongo...la Hermana Hertford?”

Vi que suponía que yo sabía todo lo referente a ella, y que podría ofrecerle “consejo objetivo”. Hablaba con más confianza en sí misma de lo que me había imaginado, y un tanto apresuradamente, como si necesitara meter una enorme cantidad de cosas en nuestro limitado tiempo. Continuó:

“Bueno, Paulina era la enfermera de nuestra sala. A ella podía decirle cosas que no puedo contar a Gertrude, por ser la madre de Hamlet y porque además me conoce desde que era pequeña – ella está demasiado implicada en esto.”

Vaciló, como si “todo eso” se le estuviera juntando en la mente y exigiendo formulación simultánea.

“¿Conoce la historia de mi padre y de mí, y de la familia de Hamlet y la mía?” me preguntó, como si cogiendo un atajo podría basarse en lo que yo ya “sabía”. Le pedí sin embargo que me lo contara con sus propias palabras.

“Bueno, cuando éramos niños”, empezó, “nuestras familias tenían mucha relación. Vivíamos en la misma calle, al principio mi padre vivió en la casa de los Danes; cuando aún vivía mi madre – Gertrude y ella habían estado juntas en la Sorbona y por eso cuando mi padre vino aquí, durante la guerra, mi padre y mi madre ocuparon el piso de arriba en la casa de los Danes. Nos mudamos a Cambridge cuando a mi padre le dieron la cátedra, pero incluso entonces mi hermano Nando se quedó de pensionista

en el colegio de Londres. Hamlet y él estaban en el mismo colegio y mi padre no quiso cambiarle. Nuestra madre murió cuando yo tenía 3 años, como usted ya sabe; mi hermano tenía 5 años. Yo no la recuerdo en absoluto, ni creo que Nando tenga recuerdos, excepto por fotografías que hemos visto y lo que nos ha contado papá. En las fotos papá está ya calvo, y mucho más delgado que ahora. Mamá se parece a Nando. Papá siempre ha tenido una actitud de reverencia hacia ella, casi como de temor ante su recuerdo. Siempre dice que fue una especie de milagro el modo como lo sacó clandestinamente, cruzando medio continente, durante la guerra.

“Sé que mucha gente le solía preguntar que por qué no se había vuelto a casar. Y yo pensaba de pequeña que eran unos ignorantes, y que en esa actitud de mi padre se veía su fuerza y nobleza de ánimo. Se dedicó por completo a Nando y a mí – aparte, claro está, de su trabajo; siempre ha sido un fanático de su trabajo. Le parecía que tenía que hacer de padre y madre para nosotros ¿comprende usted? Era una vocación para él darnos todo tipo de oportunidades. O quizá más bien una religión, porque religioso en otro sentido de la palabra no era, aunque es judío, pero nosotros no lo somos porque mamá no lo era. También sé que no se siente realmente inglés, que aún se siente extranjero. Eso es algo que casi no puedo entender, porque lógicamente yo me siento inglesa por completo.

“Recuerdo la primera vez que me chocó esto. Fue una noche, hace ya mucho, cuando aún vivíamos en Londres los tres- y estábamos viendo un programa sobre el Holocausto en la televisión. Nando le preguntó a papá si eso era lo que les había pasado a sus parientes – es decir, en cierto sentido, a *nuestros* parientes. Cuando terminó el programa, papá apagó la televisión y giró el sillón para mirarnos de frente (siempre se sentaba en su enorme sillón giratorio de cuero con el respaldo muy alto – aún lo usa). Y dijo: ‘hijos, la mejor herencia que os puedo dejar es una educación inglesa. Esta pequeña isla está a la cabeza del mundo por su literatura y sus ideas sobre justicia y moralidad.’

Luego giró otra vez el sillón como si no quisiera que le viéramos la cara. La habitación estaba a oscuras al haber apagado la televisión. Nando se levantó y salió

malhumorado. Recuerdo que yo me sentí tremendamente incómoda, porque nunca había visto a papá así, y no entendí realmente lo que decía. Luego más tarde comprendí que él tenía esperanzas muy altas puestas en la cultura inglesa debido al hecho de ser un extranjero. Y era también un poco parecido a su actitud respecto a mamá, o respecto al recuerdo de mamá.”

Aquí Ofelia hizo una pausa y dijo que quizá se estaba desviando del tema. La aseguré que no era así, y me dijo, “¿Usted tampoco es inglés, verdad?” Sonreí para mis adentros al oírla (pensando en la devoción que sentía mi abuelo, el rabino, por la corrección inglesa); pero vi que me estaba presentando ante sí misma como una versión alternativa de su padre. Me pregunté qué habría pasado entre ellos dos últimamente, y le pedí que continuara y me describiera su relación con él hoy día.

“Ahí está el problema – ha cambiado por completo”, se lamentó. “Ahora es casi como si yo fuera *su* madre. Y todo por culpa de Hamlet.”

Hizo otra pausa, de un modo un poco provocador, como para ver mi reacción, o del lado de quién me ponía yo. Pero como no hice más que emitir un sonido en tono de pregunta, continuó:

“Noté ese cambio en papá cuando Hamlet empezó a volverse en contra suya, con toda esa frialdad y ese sarcasmo. También tiene que ver con Nando, aunque yo no me di cuenta hasta que no fui al hospital, y es que papá se siente decepcionado con Nando. No son tipos parecidos, claro, no les interesan las mismas cosas. A Nando nunca le interesó ni siquiera ir a la universidad – entró directamente en el mundo de la city. Y papá no lo aguanta cuando las cosas no salen como él quiere. Así que cuando apareció Hamlet, era como si hubiera encontrado a un hijo adoptivo, el hijo que quería: inteligente, lleno de ideas, y loco por la literatura inglesa. Al principio tuvieron una relación fantástica. Y después de una temporada, cuando yo empecé a salir con Hamlet, sentía que yo les vinculaba también. Me sentía orgullosa e importante. ¿Le suena a estupidez y arrogancia?” me preguntó, y añadió, “¿o muy infantil acaso?”

Le aseguré de nuevo que no.

“Era un poco parecido a la primera vez que canté un solo con el coro en King’s Chapel, cuando estaba aún en el colegio”, me explicó.

Le pregunté que en qué sentido era parecido.

Supongo que en parte era el orgullo de ver que podía hacerlo delante de todos – pero también que sentía que estaba haciendo algo para papá, porque él lo deseaba. Es una malísima razón, ¿no?”

Le dije que malísima no, pero sí insuficiente.

“Pero luego”, continuó, “quedé embarazada y todo cambió. Antes de eso ni siquiera me había preguntado nunca si Hamlet me gustaba o no. Supongo que al principio yo estaba como asombrada de que yo le gustara a él. Porque la verdad es que me he preguntado a mí misma si – de no haber sido por mi padre - habría siquiera notado mi existencia. Yo estaba muy al corriente de él claro, porque en el primer año estaba metido en todo: protestas, sentadas, obras de teatro, lo que fuera; a pesar de que en todo ese año ni siquiera me dirigió una palabra. Pero más que nada, yo sabía cosas de él a través de papá, que era su director de estudios. Papá decía que era el mejor estudiante que había tenido. Fue Hamlet el que se encargó de que papá organizara los talleres de drama sobre Gawain y El caballero verde, luego papá decidió hacerlos todos los años, y en inglés medieval. Yo, como tocaba la mandolina, hacía el papel de la dama del cinturón. Y fue allí donde Hamlet me descubrió, digamos. Fue una cosa extraña, porque aunque nos conocíamos desde la niñez, hacíamos como si nada – como si aquello fuera otra existencia. Bueno, en mi caso por lo menos. Y tenía la impresión de que Hamlet estaba tan increíblemente ocupado en ser alguien importante, que quizá ni siquiera sabía quién era yo.”

¿Era posible, pregunté, que incluso le había resultado *desagradable*?

“No, eso no”, dijo rápidamente. “Nunca le encontré desagradable, ni siquiera cuando pensaba que se había vuelto loco y que no sabía lo que decía. Simplemente concluí que él vivía en otro plano. Y yo tenía una especie de novio, por seguridad más que nada - porque habiendo crecido en Cambridge, yo sabía que tienes que ser una especie de valquiria para sobrevivir en el mercado de carne, que es como llaman a las

fiestas de la universidad. Papá tenía mucha ilusión puesta en que yo fuera a Cambridge. Mi deseo oculto era ir a la Real Academia de Londres, pero no se lo dije nunca. ‘Cambridge’ decía él, ‘es como Colono respecto a Atenas – el pórtico del corazón de la civilización inglesa’. Así que en cuanto supe que me habían admitido, me entró una prisa terrible por dejar de ser virgen.”

Eso lo dijo en un tono más duro y un poco desafiante, como para probar si me había escandalizado.

“Perdí la virginidad”, continuó, “el verano antes de ir, con un tipo hippy en un festival pop en los prados de Grantchester. Fue totalmente asqueroso, pero sentí que había logrado un triunfo; lo conseguí, pensé, ya no soy virgen. Y con eso me parecía que me había puesto una *armadura*, como que podía enfrentarme a lo que fuera, incluida la Universidad. Es cierto que pensé ‘si papá lo supiera...’ pero gracias a Dios él no tenía ni idea. Ahora lo sabe *usted*, doctor Horacio, y va a ver lo horrible que soy.”

Dije que parecía sentir pesar de que su primera experiencia sexual hubiera sido una cosa fría.

“Sí, eso fue”, dijo ella, como aliviada; “y sé que para Rosalind, mi amiga, por ejemplo, no fue así. Ya en el colegio era capaz de llevarse una fila de hombres tras ella. Y no quiero decir que fuera una calentona, es que sencillamente no tenía las mismas inhibiciones que yo. Era su personalidad, no su aspecto – yo soy más bonita que ella, lo sé. Ella sabía cómo organizarse su vida de manera que lo sexual para ella era gozo, no...” (se quedó vacilando) –

“¿Una armadura”? repetí yo, sin poder decir hasta qué punto se trataba de una defensa contra el impacto de su belleza.

“Algo así”, dijo ella, confusa, “aquella vez por lo menos. Con Hamlet era diferente. Al principio tuvimos uno o dos desastres, como la primera vez que el colchón de la residencia se llenó de sangre porque yo estaba en mitad del periodo, y más valió así, porque él no llevaba condón, y luego la vez siguiente estaba dándole vueltas y más vueltas a la estúpida goma, y dijo que le fastidiaban los chismes esos, pero en realidad es que era un golpe a su vanidad. Bueno yo creo que todo ese trimestre yo estaba

totalmente colocada, no pensaba en otra cosa que en follar, la Obra, y él. No podía creermelo que me hubiera elegido *a mí*, en lugar de a Ros o cualquier otra chica, porque a Ros él le caía muy bien, eso lo notaba yo. Sí”, dijo como si acabara de aclarársele algo, “yo sentía todas esas emociones juntas, a la vez. Por eso ni se me ocurrió hablar con Gertrude o con mi padre— se puede uno imaginar que la única pregunta que harían sería ‘¿Le quieres o no?’”

Y, evidentemente, Ofelia no sabía cómo contestar eso, ni entonces ni ahora. Le pregunté si creía que de algún modo la Obra había enturbiado su relación.

“Ah sí, claro, allí había mucha movida, mucha excitación, era casi irreal. Era como estar con droga. Ahora lo veo, pero si no hubiera sido por el embarazo, quizá no me habría llegado a dar cuenta. Eso, y el aborto. De repente todo se vino abajo de un golpe. Hamlet cambió de la noche a la mañana, estaba irreconocible. Ni siquiera podía *decírselo*, cada vez que lo intentaba era como darme con la cabeza contra una pared. Me hablaba de una manera que parecía que se había vuelto *loco* - ¿no sabe? realmente psicótico. Entonces fue la primera vez que me pregunté qué sentía yo *por él* como persona – no ya el ser la novia de Hamlet delante de todo el mundo, o el follar, o los puntos que le daría a cada vez que lo hacíamos. Y la cosa es que no podía decir si le odiaba a él o me odiaba a mí misma.”

Le pregunté que en qué sentido se había odiado hacia sí misma.

“Era más bien que me sentía furiosa conmigo misma por ser una imbécil completa. La noche que ocurrió, no noté que no estaba usando condón hasta después” - (O sea, pensé yo, que había hechos concretos tras la confusión hipócrita de Hamlet.) “Luego dijo que como me tocaba el periodo dentro de unos días, era imposible que pasara nada. Y cuando no me vino la regla, yo no me lo podía creer. Esas cosas sólo le ocurren a niñas bobas de colegio. Estaba helada de miedo porque sabía que tendría que abortar. Y eso me daba también rabia – pensaba ¿por qué tengo que dejar que le hagan eso a *mi* cuerpo por culpa de él?”

Pregunté que por qué “sabía que tendría que abortar”.

“Precisamente – es que no era capaz de imaginarme con un bebé mío. Gertrude no dejaba de hablar de ‘el bebé’. Intentó convencerme de que lo tuviera, y después de la conversación que tuve con ella, me acordé de una cosa que ocurrió hace mucho tiempo, en esa otra existencia, cuando vivíamos en Londres y nos relacionábamos tanto con los Danes. No sé por qué pero me vino a la mente como un flash.

“Fue un invierno cuando había mucha nieve, sobre todo en Hampstead, duró semanas, lo cual no era frecuente. Como éramos niños aquello nos parecía el paraíso. Yo creo que por entonces tenía 11 o 12 años- fue el año antes de irnos a vivir a Cambridge. Y aún tengo el recuerdo amargo de que papá no me dejaba tener un tobogán mío propio – le parecía un despilfarro porque casi nunca había esa cantidad de nieve, y yo podía compartir el de Nando que era lo bastante grande para los dos – bueno, y que él prefería que Nando lo condujera conmigo montada. Entonces yo me llevaba una bandeja para cuando Nando no me dejaba montarme, que era frecuentemente. Hamlet tenía su propio tobogán, qué duda cabe, y de lo mejor – tablillas de madera sobre guías metálicas. A veces me lo prestaba, pero en general él y Nando estaban obsesionados con competir entre sí cuesta abajo, con lo cual no podía montarme con ellos y tenía que llevarme la bandeja. Bueno, un domingo por la mañana, que parecía que iba a ser el último antes de derretirse la nieve, nos pusimos en camino hacia el Heath. A un lado de West Heath Lane había una hondonada profunda donde habíamos estado la tarde anterior hasta el anochecer, con mucha otra gente. Pero esa mañana éramos los primeros; estaba todo desierto. Hamlet y Nando empezaron a discutir sobre dónde iban a hacer la primera carrera, como de costumbre. Yo me harté y pregunté que si podía hacer un viaje yo sola, y Nando – como de costumbre – me dijo ‘Espera un minuto, Fely, luego te das un viaje’. Yo sabía que quizá fuera el último día y al día siguiente había clases, me entró de repente una furia tremenda, agarré las cuerdas de su tobogán y le grité ‘¡Dámelo, maricón! ¡Te detesto! ¡Voy a ir la primera!’ Se quedó de una pieza y empezó a echar risitas; Hamlet se me quedó mirándome como si estuviera loca.

“Pero lo que ninguno de nosotros había visto era que la bajada principal estaba en muy malas condiciones porque había habido tanta gente allí la tarde anterior, y no había nevado más; había baches y una capa de hielo por encima. El tobogán saltaba de un bache a otro a toda pasta, yo salí despedida y me rompí un brazo. El tobogán quedó hecho astillas. Hamlet se fue a buscar a papá, que se puso furioso con Nando. Le dijo que se iba a quedar sin salir un mes y sin la paga semanal. Yo volví del hospital con el brazo enyesado, dándome aires de buena y de persona importante, y Nando se pasó la semana siguiente echándome dardos por los ojos y murmurando por lo bajo.

“Supongo que lo recuerdo porque fue la única otra vez que he estado en un hospital, pero me hizo tener pánico al aborto. Era la operación lo que me asustaba, doctor Horacio, no el perder el bebé. Creí que no iba a poder pasar por ello. La noche siguiente desperté empadada de sangre y por un minuto pensé que me estaba muriendo. Luego me di cuenta de que era un aborto espontáneo. Debería haber sido la mejor solución para mí, porque ni quería el bebé ni un aborto. Pero no resultó así: fue el comienzo de una pesadilla. Tenía sueños horribles, y daba vueltas sin saber lo que hacía. Me sentía llena de culpabilidad, como si de algún modo yo había ocasionado el aborto con malos pensamientos sobre el bebé y por no quererlo. Y a la vez creía que había algo que no funcionaba en mí, y que no podría tener un niño nunca. O que entre Hamlet y yo habíamos creado un monstruo, y que la pérdida del bebé era el juicio sobre nuestra pésima relación. ¿Entiende lo que le digo?” me preguntó con cierta desesperación.

Sí, le dije, lo entiendo. Quizá su sentimiento de culpa se relacionaba también con su descripción de “liberarse de la virginidad”, como si se hubiera “liberado” del bebé de la misma manera.

“Esa noche”, dijo, “tuve un sueño en el que *el ataúd de mi madre estaba encima del armario de nuestro viejo piso de Hampstead, y yo sabía que se iba a caer y dar contra el suelo si yo no apretaba en un sitio concreto en la puerta, para pararlo, pero no encontraba el sitio.*”

¿Se cayó? Pregunté, y ella dijo que sí. Era como el incidente del toboggan, cuando se había sentido intimidada por los chicos, y a la vez se culpaba a sí misma de modos más complicados – no haber sabido enjuiciar (no “notar” las condiciones, como con el condón), asustar a su hermano y luego culparle a él, en lugar de haber explicado antes a su padre lo que pasaba con los toboganes. De esa misma manera tampoco había dicho a su padre que ella realmente quería ir a la Real Academia, privándole así de la oportunidad de ayudarle a seguir su propia inclinación, en lugar de seguirle los pasos a él obedientemente.

“¡Pero él tenía todas sus ilusiones puestas en que yo fuera a Cambridge!”, exclamó, extrañada. Quizá, le señalé, tenía más ilusión puesta incluso en *ella*. Quizá le hubiera gustado saber qué quería. Eso le hubiera dado mayor placer que el que ella simplemente siguiera sus deseos. Pero había estado tan ansiosa por evitar una pelea con él que no le había dado la oportunidad.

Aquí Ofelia rompió a llorar (Quizá, pensé, nunca en su vida le habían hablado tan severamente. Seguramente al catedrático tampoco le gustaban las discusiones.) Tras unos fuertes sollozos de alivio, que pronto acabaron, me dijo que ahora sabía por qué se había cortado las muñecas. “Fue para irme de su lado, porque no podía hablar con él. No había otra manera de decirle que necesitaba estar en un hospital. En cuanto entré me sentí mejor, inmediatamente – a salvo y encerrada. Paulina me ayudó respecto al aborto, y también las otras chicas, curiosamente. La mayoría eran anoréxicas y más jóvenes que yo. Veía que les repelía la idea de desarrollarse sexualmente, que yo vagamente recordaba como algo que había superado, aunque nunca fui anoréxica. Por primera vez me sentía como hermana mayor, con una especie de responsabilidad de mostrarles un ejemplo positivo. Cuando Gertrude venía a visitarme, no hablábamos de Hamlet, hablábamos de las otras chicas, y me entendía mucho mejor con ella.”

Le sugerí que quizá al estar entre mujeres más mayores y más jóvenes que ella, había conseguido establecer contacto con su propia feminidad, en el sentido de recibir cuidados maternos y también de sentir que quizá un día ella podría ser madre.

“Sí”, dijo, “Incluso me sentí suficientemente fuerte como para mandar a mi amiga Ros a la mierda cuando vino a decirme que sólo lo había hecho para que Hamlet se casara conmigo – y que había tenido la depresión porque no lo conseguí. La dije que tenía envidia de todo – incluso de la depresión. Aún la odié después, pero por lo menos las cosas tomaron perspectiva.”

¿En qué sentido? Pregunté ¿como explicación de la humillación?

“Quizá, no sé”, dijo (sin considerar realmente ese aspecto). “Me hizo concentrarme en lo importante – porque después que se fue se me ocurrió que la persona que realmente me preocupaba, más que las chicas, era mi padre.”

¿Le preocupaba el efecto que su depresión había tenido en él?

“Incluso antes. Ya le dije que Hamlet se portaba fatal con él. Y yo había notado que papá se encontraba muy bajo de ánimo, ya antes de empezar nosotros la Obra – lo noté inconscientemente pero no me paré a pensar en ello porque me lancé a la Obra. Pero en el hospital lo pensé mucho. No sé por qué Hamlet se volvió en contra suya, pero a todos nos resultaba obvio que así era – Gildstein se dio cuenta, y mucha otra gente. Nunca fue directamente *grosero* con él, sólo venenoso y sarcástico de esa manera que él sabe bien – y todo sin razón ninguna. Papá, por supuesto, le mandó a otro supervisor, pero esa no es la cuestión – el hecho es que le dolió realmente la conducta de Hamlet. Me lo dijo al poco tiempo de salir yo del hospital – supongo que quiso esperar hasta saber que yo ya estaba bien. Estaba sentado en su viejo sillón de cuero giratorio en el estudio, su silueta enmarcada contra la ventana del fondo, y el resto de la habitación completamente recubierta de libros.

“Hija mía’, empezó. ‘Todo lo que he hecho siempre ha sido por tí – por tu prosperidad y tu futura felicidad. Y la de tu hermano, por supuesto. No era sólo mi deber hacia tu difunta madre, sino mi placer, como bien sabes. Ahora tú eres ya una mujer, y has salido de un momento difícil. Ahora te puedo hablar un poco de mí. Todo lo que Hamlet dice de mí es cierto – es cierto que ya no estoy en mi mejor forma, llevo años enseñando de la misma manera, rodando por el mismo carril. Pronto mi reputación empezará a desvanecerse, y la facultad de Inglés necesita sangre nueva,

nuevas estrellas. ¿Dónde se van a encontrar? ¿En los Rosenfelds y los Gildsteins de este mundo? Creo que bien se me puede disculpar el esperar que Hamlet, o alguien como él, cogiera ese papel. ¿Hay alguien en mejor posición que yo para ayudarle a subir en su carrera? ¿Y qué hace él? Va y me acuchilla por la espalda. Y se desvanecen las torres coronadas de nubes, los soberbios palacios, las modas en la interpretación de la literatura. Y yo con ellos. No me hago ilusiones sobre mi propia inmortalidad, pero el espíritu de la literatura sobrevive – tiene que sobrevivir.’

“Espero que no te importe que mencione a Hamlet, querida, ahora que te has repuesto.” (Noté que a Ofelia le temblaba un poco la voz al decirme esto, pero no hizo comentario, y continuó con el lamento de su padre.) “Me doy cuenta de que me estoy haciendo viejo y tengo propensión a querer realizar mis deseos. Y mientras duró ése fue un brillante deseo – de verdad creía, y los Danes también, que tú y Hamlet hacíais una pareja perfecta. No sufras por culpa de él – encontrarás otra persona a quien amar, tienes toda tu vida por delante. Dentro de diez años te le encontrarás en alguna parte, sin esperarlo, y os daréis la mano como buenos amigos. No, yo soy el que ha recibido una herida permanente. Se me va cerrando el horizonte. ¡Tenía esperanzas tan altas puestas en él! Recuerdo su ironía y provocación cuando vino a la entrevista y habló de la asociación familiar que nos unía. Dijo que había solicitado entrar en Christ’s sólo porque ese era el antiguo colegio de Milton, y que se había quedado en St Paul’s por la misma razón, no porque allí estaba el “panteón familiar”. Lo dijo con una sonrisa encantadora, retándome a no creerle, y pensé: podemos trabajar juntos. Su amor por Milton era auténtico; en otra ocasión, cuando escribió su ensayo sobre “Juegos de palabras y la defunción de la imagen en Samson Agonistes” – y era una argumentación muy aguda la que hizo, ciñéndose al texto, aunque quizá ideológicamente exagerado – le pregunté si se estaba pasando al estructuralismo, y me contestó con su ironía típica : “Los ismos me importan un pito – prefiero que me corten las pelotas antes que ser un ista, ¡ni tan siquiera soy un anarquista!” Y luego añadió, mirándome fijamente, “Después de todo, Milton fue el que dijo que uno no debería *apuntarse esclavamente* a las ideologías, ¿no es cierto?”

“ ‘Sí, Ofelia, de verdad pensé que Hamlet y yo congeniábamos. Su iconoclasmo juvenil sería la levadura en mi amplia erudición. ¿Sabes, cariño, que antes me llamaban El hechicero?’ ”

“Y papá siguió hablando así durante casi dos horas a mi regreso a casa del hospital. Ahora casi todos los días dice algo de ese tipo. Me hizo sentir muy extraña – distante de él y muy cercana a la vez. Pero también vi que la balanza de nuestra relación había cambiado. Ahora yo me siento mayor que él, porque veo que se está haciendo viejo, y ya no le gusta ‘el combate’ (como él lo llamaba). Quizá sea cierto que él sufrió más que yo con las reacciones imprevisibles de Hamlet. Él esperaba cosas de Hamlet; pero yo era parte de esas esperanzas, yo estaba envuelta en ello, y no podía ver el mundo de fuera.”

Le pregunté si la conversación de su padre sobre Hamlet la había ayudado a aclarar sus propios sentimientos.

“Fue extraño, porque al principio estaba casi enfadada de que hablara de Hamlet, como si fuera tan sencillo para mí ‘superarlo’ y dejar ese libro cerrado para siempre. Pero luego me di cuenta de que yo esperaba realmente que dijera más de Hamlet y de cómo era él en las supervisiones. Algo parecido a cuando nos contaba cuentos antes de dormirnos. Papá nunca nos leía libros, nos contaba cuentos que se sacaba él de la cabeza, de libros que se conocía tan bien que formaban parte de él. Podía ligar cosas que él decía de Hamlet con otras que yo recordaba, pero a las que no había prestado atención cuando pasaron. Como si estuviera hilando una historia – y podía decir, sí, él era así. Recuerdo por ejemplo la vez que estaba sentado delante de la estufa de su habitación y se empezó a reír leyendo un trozo de un libro- creo que eran las cartas de Keats. Levantó el lápiz, apoyó el pie en la barra de delante de la estufa y dijo “quizá ésta fuera la postura en que estaba sentado cuando se preguntó en qué postura estaría sentado Shakespeare cuando empezó el ‘Ser o no ser’ ”. Le parecía tremendamente gracioso, no sé bien por qué (estaba relacionado con lo que Keats había escrito sobre Shakespeare). Pero por alguna extraña razón también tenía que ver con *nosotros*, y también me hizo reír a mí – me sentía tan a gusto, tan *feliz*.”

Le señalé a Ofelia que lo decía como si fuera una revelación para ella el que se podía tener “felicidad”. Pareció sorprendida, como si yo no hubiera entendido el significado principal de lo que me había contado.

“Lo que quiero decir es que, viéndolo ahora, esos fueron los mejores momentos”, explicó, “no la Obra, o cualquiera de las otras cosas. Pero la razón por la que puedo mirar hacia atrás, es porque ya pasó todo. De eso sí que puedo estar segura. ¿Tengo tiempo para contarle una cosa más?... ¿Sabe qué fue lo que me hizo decidirme a ponerme en contacto con usted? Fue cuando me encontré con Hamlet por casualidad después de pasar todo esto. Fue en el Mercado. Le vi con cara triste, y quería decirle que también yo había tenido la culpa, pero no podía. Tenía miedo de que explotara. No sabía por dónde saltaría su genio. Así que ya ve usted”, dijo con una nota de finalidad.

Y de frustración. Yo lo veía, y también veía mi incapacidad de hacer nada al respecto. Antes de irse Ofelia me hizo una pregunta más:

“Dígame, doctor Horacio - ¿fue realmente culpa mía? Me preocupa pensar que quizá yo sea una zorra completa. ¿Qué piensa usted de verdad?”

Era una pregunta de las que no requieren respuesta. Vi que Ofelia había venido a pedirme la absolución por su trastorno mental después del aborto, y preocupada también por el efecto que éste había tenido sobre su padre, y hasta cierto punto sobre Hamlet. El acto de la confesión era lo que quería, no un tipo específico de ayuda; e indudablemente si su padre no hubiera pasado a necesitarla tanto, habría confiado en él. Quizá es lo que había hecho toda su vida. Y ella al menos había aprendido de su experiencia pasada. No obstante, le propuse ver a un terapeuta de manera regular, si le parecía oportuno. Le expliqué que yo no podía verla, porque aún esperaba que Hamlet volviera al análisis en algún momento. No siguió mi sugerencia, y pasaron años antes volver a tener noticias suyas.

Después de irse, y como tenía una cancelación, juzgué que había suficiente tiempo para darme un paseo por el Vale of Heath hasta los tranquilos verdes del césped de Kenwood House y volver. La deserción de Hamlet, la belleza de Ofelia, el alejamiento de Beatrice, se hacían oír uno a uno en mi mente, confirmando mi confusión y mi vago

sentimiento de culpabilidad. Nada, sin embargo, me aportó conclusiones calmantes, o la más mínima claridad de pensamiento.

CAPITULO DIEZ

El sueño de Lanzadera

HAMLET: Yo amé a Ofelia. Cuarenta mil hermanos

Y toda su cantidad de amor, no podrían

Compararse a mi suma...

¿Quieres llorar, pelearte, ayunar, destrozarte,

Beber vinagre, comer un cocodrilo?

Yo haré eso. ¿O vienes aquí a lloriquear,

A retar mi valentía saltando en su tumba?

[v. I. 266- 275]

Tras conocer mejor a los Danes y los Polack se habían producido en mí sentimientos mezclados. Me hice más consciente de lo seductivo que resultaba el ambiente de la casa de Hamlet: nido de sensibilidad y oportunidades culturales donde no se escatimaban gastos. Y también Polack, a su manera, era un agente o un vástago de ese ambiente. Me acordaba de las palabras de Hamlet: “Nadie quiere a un tipo con una enfermedad social”. Ahora estaba yo en posición de entender mejor los aspectos sociales de la enfermedad que infestaba ambas casas– la confusión entre estatus social y privilegio, pérdida de identidad, miedo de verse arrollado por una nueva edad oscura de cinismo y avaricia, sentimiento de culpa por fracasos personales o errores pasados que quizá contribuyeron a ese estado de cosas. Hasta cierto punto, era el espíritu de los

tiempos que vivíamos, que a todos nos influía. Pero me sentía desilusionado al ver el grado en que Gertrude y Claudio habían caído presa de ese espíritu, y me pesaba no haber sopesado equilibradamente la lucha adolescente de Hamlet contra ello, su pelea. Eso se debía a mi propia ceguera, a mi idealización de su cuna de príncipe.

Ahora, el impacto de la belleza de Ofelia ampliaba mi perspectiva sobre el origen de esa lucha. Antes de conocerla personalmente, había imaginado que su “belleza” era primordialmente un aspecto de la arrogancia de Hamlet, una etiqueta para ponerla a la altura de su propio estatus como príncipe. Ahora entendí que era de verdad una fuente genuina de turbulencia emotiva. También me di cuenta de lo poco que Hamlet la conocía, de cómo su curiosidad se había detenido, por así decirlo, ante el portal de su belleza. La grandiosidad de Polack (que no difería mucho de la de Claudio) resultaba ahora evidente. Pero Ofelia había demostrado tener suficiente espíritu para poder dejar de obedecerle llana y humildemente, y aún así respetar su vulnerabilidad.

Y así fue que el encuentro con Ofelia quedó grabado con un resplandor romántico en lo recóndito de mi mente: símbolo de esperanza en los años que siguieron. Durante ese periodo mantuve contacto social ocasional con los Danes y supe que Ofelia se había casado. No por eso dejé de pensar que ella representaba de algún modo la clave del rejuvenecimiento de Hamlet y del resurgir de su abortado análisis. Mis esperanzas se anclaban tanto en un análisis como en el matrimonio, y el hecho de que Ofelia no me pidiera derivarla a nadie había sido una decepción. Pasaron 8 años antes de volver a tener noticias de Hamlet, durante todo ese tiempo esperé su vuelta. Era un momento difícil en mi vida personal. Poco a poco había aceptado la inevitable ruptura de mi relación con mi mujer, aunque hasta hacía poco habíamos vivido aún juntos. Mis hijas me causaban cierta preocupación, y la amargura de la partida de Beatrice –durante tanto tiempo anunciada – me dolía aún. Por una extraña razón, yo creía que no podía avanzar con mis propios problemas hasta no entender el misterio de Hamlet y de *su* partida, que con tanta fuerza se habían asentado en mi mente. Luego, en noviembre de 1981, recibí inesperadamente una petición de Hamlet para una cita. Fue poco después de la muerte de su padre.

Aunque no le había visto en esos ocho años, su progreso en la vida no me era desconocido. De hecho había seguido su carrera con cierta consternación. En los tres o cuatro últimos años había tenido un artículo fijo en *The Dictator*, ese órgano de las clases pensantes cuyas enormes páginas yo (al igual que el resto de la gente) dejaba flotar con libertad en torno a mí los domingos por la tarde en el jardín, con la tumbona atenazando el cuerpo y la mente en un estado de atontamiento, al que la juxtaposición de imágenes en la cabeza otorgaba una cualidad de pesadilla: nalgas de féminas superimpuestas sobre estómagos distendidos de niños y servidas como haute cuisine; sofa-camas y abrelatas gigantescos cortando a jóvenes morenos en trozos a todo color. La variedad de diversiones abundaba – un poco para cada parte de la estulticia. Mezclada en una neblina malsana después del almuerzo, la conciencia del consumismo rotaba por el intestino, dando refunfuños.

Y entre la neblina no podía evitar ver, y de vez en cuando leer por encima, las contribuciones de Hamlet. No me producían placer, y nunca me interesé por los artículos largos o libros que sin duda producía para la industria de la palabra escrita. Era la suya una columna “seria”, pensada para la estulticia con conciencia, y coqueteaba a veces con lo cultural. Escribía sobre temas que iban desde Suramérica a la ecología y el consumismo concienciado. Estaba impecablemente informado y sus conclusiones eran nobles. Pero me dolía la sospecha de que su “iconoclasmo juvenil” (como lo había llamado el catedrático) estuviera saliendo a flote bajo la forma de estar un paso más allá de la moda; en cuanto se diseminaba un tema, lo dejaba y cogía el siguiente. Si eso era su manera de entender la posición que quería mantener, estaba muy alejado de lo que había sido su apasionado interés por la literatura. En ocasiones también sacaba algún poema propio - que inevitablemente trataba del fracaso de otra relación carente de sentido e impropia - escrito con agudeza y superficialidad. En mi opinión su mérito literario era escaso, e incluso carecían de la vitalidad de uno o dos de sus poemas de juventud que yo había tenido ocasión de leer durante su análisis.

Por todo ello, cuando solicitó hora para verme, surgió en mí – entre la mezcla de emociones – la renovada esperanza de que quizá estuviera insatisfecho con su modo presente de vida.

Expresó alegría al verme. Con su tez morena, aspecto atildado y buena presencia se parecía más a su padre que antes, excepto en la talla, que en él era más fina. Tenía la misma caída de boca melancólica e irónica, y el pelo – que se le había vuelto algo ondulado – bien recortado.

“Un saludo, doctor Horacio, tiempo ha que no nos veíamos”, dijo en tono jovial mientras me daba la mano a la vez que paseaba la mirada por la habitación escudriñando los cambios ocurridos. “La misma alfombra”, añadió en el mismo tono de jovialidad forzada, y antes de tumbarse en el diván me puso en las manos una edición de bolsillo en papel glaseado : “Mi último libro – seguro que no lo ha leído aún. Se titula *¿Dónde estamos ahora?*”

Lo coloqué con desagrado en la mesita de la sala y esperé a que empezara.

“Sabrá usted que mi padre murió hace dos meses, ¿no?”

Sí, le dije; lo sentía mucho.

“Yo también lo sentí. Me pesaba que nunca le permití entrar otra vez en mi vida. Y ahora es ya demasiado tarde. Cuando murió, le imaginé a usted diciéndome que le había tratado mal. Recuerdo la expresión de su cara cuando me negué a que me diera dinero para el depósito de una casa, hace unos dos años. ‘Guárdate el oro danés, papá’, le dije – era una broma, es que así era como llamábamos a la paga semanal cuando era pequeño. Recuerdo que se quedó asombrado; además era la primera vez que le llamaba papá en años.

Y ahora, intervine yo, sentía pesar de su ingratitud.

“Verá usted”, dijo Hamlet en tono defensivo, “Pensé que me entendería – al fin y al cabo cuando él tenía mi edad seguramente también quería valerse por sí mismo. Por eso nunca acepté dinero de él desde que salí de la universidad.”

Pero ahora, suponía yo, lo había aceptado todo. No estaba yo seguro de que fuera realmente la muerte de su padre lo que le inducía a venir a verme – su

sentimiento de culpabilidad por una relación que nunca había rehecho, agravado por la carga de la herencia de dinero.

“Es cierto que siento culpabilidad”, reconoció, “pero el dinero me deja frío, ni me va ni me viene. Es la relación. He venido a verle a usted porque sé que a usted no le afecta el tipo de hipersensibilidad que priva a la gente de un juicio acertado, y les hace ver mis motivos bajo una luz equivocada. Quizá me crea si le digo que fui a ver al catedrático Polack la semana pasada, por primera vez desde que salí de Cambridge.”

Era el catedrático Polack uno de los que le había visto bajo una “luz equivocada”? pregunté.

“Ahora no – en realidad se alegró de verme. A eso me refiero precisamente, que me pesa no haber ido antes. Supongo que hice la visita en cierto modo como expiación por lo poco que visité a mi padre.”

Mi comentario de que quizá también había venido a verme a mí por la misma razón fue rechazado de plano: “No, no, doctor Horacio, esto es muy diferente. No sólo Polaquito está físicamente débil, sino también desconectado – aunque en algunos aspectos tiene una mente agudísima. Supongo que fue bueno verle, fue un cambio, un descanso del mundo real.”

¿El mundo real? Pregunté.

“La presión del sistema – lo entenderá cuando lea mi libro, lo expongo todo” (“donde estamos ahora”, me recordé a mí mismo). “Allí verá la razón por la que Gildstein ha terminado llevando un negocio de fondos de pensiones, y Rosenfeld dirige una empresa de formación de gerentes, y Nando está en Bahrain sacándoles dinero a los árabes – mientras Forte, claro está, ha conseguido una comisión especial del gobierno para vender armas a los de todos los lados.”

¿Y tú, qué hay de tí “ahora”? pregunté un poco irritado.

“Bueno, creo que estoy a punto de acabar con *The Dictator*”, anunció (lo cual me levantó el ánimo). “Mientras duró la relación, fue cosa buena – me ayudó a mantenerme independiente. Nunca tuve que vender el alma al lucro yuppy. Pero me estoy hartando – he decidido que necesito un cambio porque tengo un bloqueo de

creatividad. No hay nadie en *The Dictator* cuya preocupación máxima no sea a quién le toca lamer el culo o quién se lo va a lamer a él. En ese respecto no es mucho mejor que un periodicucho provinciano. ¿Se acuerda de la abominable señora Forte?” (en tono de confidencia, jocoso, como si fuéramos a compartir una broma); “ella fue la que me consiguió el puesto. Después de Cambridge, yo sabía que tenía que irme a algún sitio totalmente diferente o me moriría de claustrofobia – el último año en la universidad fue asqueroso, y la carrera acedémica en inglés había claramente acabado. O sea que les dije a los del periódico – una ocurrencia que tuve – que quería ir a Argentina, y allí fui, y de allí a Nicaragua, y a Chile.”

Habló del año o dos que pasó enviando reportajes desde Suramérica, y de cómo había llegado a la conclusión de que “no era lo suyo”, decidiendo entonces concentrarse en temas de ecología. “Ahí los temas eran a una escala que me parecía que yo podía hacer algo. ¿Leyó mi investigación sobre el desastre de la dioxina en Seveso, y el escándalo de San Rocher? Esos conglomerados de empresas químicas son mierda. Pero nunca atacé a la Universal por causa de mi padre, porque sabía que se lo tomaría como algo personal. Aunque no son mejor que los otros. Así que ya ve, tuve un poco de consideración hacia sus sentimientos, incluso cuando yo tenía que forjarme una posición.”

La frase “forjarme una posición” me recordaba a su padre. Hamlet no era consciente de que su propia grandiosidad, bajo su forma de beatería ecológica, era un paralelo de la de su padre con su patriarcado “socialista”. Siempre había tenido tendencia al paternalismo (a pesar de despreciarlo), y yo me arrepentía del tiempo que malgasté en sermones moralistas, que no habían servido sino para afianzarle en su autosatisfacción, manifestada ahora en el periodismo que ejercía.

“Pero ahora me vendría bien un cambio de escenario”, dijo. “Ahora que tengo independencia financiera, voy a dejar el periodismo – aparte de alguna contribución como freelance – y me voy a coger unas largas vacaciones en Toscana para dedicarme ¡sólo a escribir!”

Indudablemente siempre había sabido que su “independencia” estaría un día respaldada por el dinero de su padre. Empezaba a quedar claro que su deseo de cambiar de estilo de vida no se debía a una profunda insatisfacción consigo mismo. Mis esperanzas de que resumiera el análisis empezaban a desvanecerse, pero necesitaba saber más de sus relaciones personales. Esto parecía también ser lo que él había venido a consultarme. Me explicó que mientras estuvo en Chile había conocido a una mujer americana – “Cis, periodista” – con la que había vivido a intervalos durante cuatro años. “Era mayor que yo. Llevaba en Chile desde que la CIA provocó la caída del gobierno de Allende, y empezaron las muertes. Estaba siempre yendo y viniendo de Suramérica, incluso después de volverme yo para acá. Una mujer muy comprometida. La admiraba. Aún me manda artículos, pero hace ya mucho tiempo que no nos relacionamos como amantes.”

Seguidamente pasó a describir –dejando a un lado a Cis – la reaparición de Ofelia en el campo de sus pensamientos tras un encuentro casual con ella, al salir de la casa de Polack en su visita a Cambridge.

“¿Recuerda que muchas veces le acusaba yo a usted de ser un romántico?” bromeó; “pues ahora me va a decir que también yo lo soy.”

Su tono zalamero me hizo poner en guardia. ¿Estábamos por fin llegando a la razón por la que había solicitado entrevista? Me describió cómo al cerrar la puerta de la casa de Polack, vio a Ofelia bajándose de un coche y llevando a dos niños hacia la casa. “Se ha cortado el pelo, y la vi de espaldas, pero la reconocí inmediatamente. Fue como esa otra vez – no sé si se acuerda – en el mercado, después de salir ella del hospital. Me di cuenta de que estaba totalmente sorprendida, pero se portó amablemente, dijimos unas palabras, y luego...” Vaciló incómodamente y haciendo un esfuerzo siguió: “La cosa es, que cuando nos dijimos adiós, me tocó la mano un segundo no más. Sentí que me recorría una descarga eléctrica. Me ardía la mano.”

Levantó la mano y se la miró, como si esperara ver el estigma. Le sugerí – y él lo confirmó - que le había realmente emocionado el ver de nuevo a Ofelia, por primera vez, suponía yo, después de salir de Cambridge. Entre otras cosas Polack le había

dicho que Ofelia no había tenido un aborto provocado sino espontáneo (“así es que ya ve, no se desembarazó de mi bebé, no lo hizo a propósito”), y que en la actualidad estaba en proceso de divorcio de su marido. Pero fue el verla y verse nuevamente impactado por su belleza lo que hizo renacer su interés, a la vez que el contacto con su mano, que él había interpretado como una invitación íntima. “En ese momento sentí realmente pesar de haberla descartado de mi vida”, dijo concluyendo.

Le pregunté si pensaba que Polack había preparado ese “encuentro casual”.

“¡Ah, Polaquito!” dijo en tono desdeñoso y fatigado. “Quizá - ¿quién sabe, y qué más da? A él nunca le ha caído bien John, ni a mi madre tampoco – según ella John ha estado siempre demasiado obsesionado con su carrera en la administración civil para dedicar mucho tiempo a la familia. Pero Polly ni conoce a las mujeres ni sabe lo que quieren – él vive con la cabeza en las nubes. Yo creo que la única aventura que ha tenido fue con mi madre, hace años – aunque los dos lo niegan, por supuesto - ¿pero qué aprendió con aquello? Nada. No sabe ni por dónde empezar. Mire, ahora ella está libre y disponible, pero uno puede ver que él no tendría energía para ir por ella.”

O sea que su motivo al visitar a Polack no era tanto hacer reparación por su conducta hacia su padre cuanto buscar un consorte apropiado y de confianza para su madre. Era él el que estaba maquinando. Y al sentirse enojado, seguramente porque había fracasado su misión – se vería conducido a denigrar a Polack.

“Polaquito es básicamente un solitario”, continuó diciendo. “Le gusta su retiro, alejado del mundo. Tiene su cuarto de estudio, sus libros y su cenas de universidad – eso es su vida; nunca va a buscar nada diferente. Pero mi madre no es así. Dentro de su estilo ella es una mujer tan cultivada como él – lee mucho – pero para ella eso es secundario a una relación. Polaquito ni siquiera sabría lo que una mujer quiere de él. Creo que nunca lo ha sabido. Ahora no le serviría para nada a ella.”

Indudablemente Polaquito no “serviría”, pensé. Noté en mí un ligero aleteo de excitación al pensar que Gertrude, rica y bella, estaba también “disponible”. Me percataba también de que lo que Hamlet me había contado era su manera de ofrecérmela. ¿Qué habría averiguado- me pregunté yo - o qué le habría sugerido quizá

Gertrude sobre Beatrice y yo? Le reproché el suponer que era deber suyo, ahora que su padre había muerto, encontrar marido para su madre.

“¿Pero no ve usted, doctor Horacio”, dijo con premura (como si realmente hubiéramos llegado a lo importante) “que Polaquito es inútil? Eso y la muerte de mi padre significa que todo viene a parar sobre mis hombros. Y Ofelia también – ahora que sé lo que sé sobre su situación, es obvio que Polaquito no va a poder ayudarla.”

¿Creía a Ofelia incapaz de llevar su propio divorcio? pregunté.

“Me refiero a los aspectos psicológicos”, aclaró con insinuación. “Ofelia padece inestabilidad. Sé (y lo sabía antes de que me lo dijera Polaquito) que se acostaba con cualquiera antes de casarse con ese pelma de funcionario (y eso tampoco duró). Cuando viajaba con su grupo de Early Music Consort, cambiaban de pareja como quien cambia de instrumento. Era una broma entre todos, así que ahora con esos dos niños también, está obviamente en una posición vulnerable – una presa fácil para quien quiera.”

Le repetí que con su acostumbrada omnipotencia estaba tratando tanto a su madre como a Ofelia como dependientes desvalidos a los que tenía que situar – o bien con compañeros fiables o, como en el caso de Ofelia, quizá con un analista. (“Bueno, alguien tiene que tomar la responsabilidad”, dijo en tono herido.) Me dí cuenta, no obstante, de que casi sin querer estaba considerando si podría yo cumplir alguno de los papeles que tan tentadoramente me proponía. Volvieron a surgir en mí mi vieja ansiedad romántica y el deseo de proteger. Si Hamlet realmente no había vuelto con la intención de tener más análisis ¿no me sería posible recibir a Ofelia? Durante unos momentos le di vueltas en la cabeza a estas tentaciones como si fueran posibilidades reales. Pero no tardé mucho en recobrar el sentido.

Mencionaba ahora Hamlet, casi de pasada, que estaba pensando invitar a Ofelia a ir con él a la Toscana. “Le vendría bien el descanso”, sugirió. “Y desde el punto de vista monetario todo está cubierto. Mi único problema es dejar bien situada a mi madre antes de irme.”

Por fin empezaba a encajar todo. Esperaba colocar la “responsabilidad” de su madre en otra persona, para – con la conciencia tranquila y dinero en abundancia – tentar a Ofelia a irse con él. Y a mí me daba el papel de cómplice en todo esto. Reconocí un efecto que Hamlet ya había tenido en mí. Las posibilidades que me extendía ante los ojos me abrían el deseo de intervenir más allá de los límites de la contratransferencia, y a hora ese deseo se había convertido en resentimiento y enojo ante mi falta de inteligencia por dejarme llevar por su zalamería persuasiva. Nos encontrábamos de nuevo, le dije, ante Hamlet el director de otra gente – sobre todo de las mujeres de su vida.

“¿Y por qué no podría Ofelia irse allí conmigo?” protestó, ligeramente irritado. “Sería un buen lugar para ella – yo allí tengo contactos, conozco por ejemplo a una persona que lleva un festival de música...”

El dinero de su padre, le dije, le había dado una nueva sensación de poder. Ahora estaba realmente portándose como un príncipe. Creía que podría situar a su madre en una relación segura y fiable mientras él se llevaba a la princesa y escapaba a terrenos placenteros. (Yo estaba furioso ante su burdo intento de apuntarse mis servicios con respecto a Gertrude.)

“Ya sé lo que está pensando”, dijo obtusamente: “está pensando que cómo me voy a ver manteniendo a los hijos de otro, especialmente dada la historia de Ofelia ¿no será un poco duro para mi amor propio? Pues bien, lo he pensado y sé que soy capaz. He cambiado mucho desde aquel entonces. Incluso me gusta la idea de ser un pater familias – y claro tendremos hijos nuestros también. Lo puede uno tomar como una oportunidad para explorar los respectivos papeles de la herencia y la educación.”

De mal humor le señalé el modo en que su antigua grandiosidad – dura y terca – se presentaba ahora bajo una forma suave. Ahora veía su papel como “hacer el bien” –tras subirse al podio moralista para encubrir sus manipulaciones egocéntricas. Era su beatería de siempre. Igual que su periodismo, le dije, pero aplicado a las relaciones íntimas en lugar de a las estructuras sociales. Ahora que había heredado el reino de su padre (en el que –repetí una vez más- el rasgo fundamental era el dinero), parecía creer

que sus payasadas estaban justificadas. ¿Era ésta su manera de reparar la relación con sus padres?

“Vale, vale”, dijo, como si estuviera decidiendo jugar la carta que estaba seguro me convencería de su sinceridad, “hay también razones psicológicas. Verá usted, doctor Horacio, estoy convencido de que si me llevara a Ofelia a la Toscana, mi creatividad se desbloquearía. Sé que ha quedado sumergida por todo ese trabajo de chupatintas y el esfuerzo de tener que ganarme la vida. No me negará usted que sería bueno que consiguiera yo salir de este agujero.”

Eso fue ya la gota que colma el vaso. O sea, le dije, que su herencia le absolvía de tener que trabajar el resto de su vida. Su fantasía de poseer a Ofelia como una especie de talismán que “liberaría su creatividad” en un rincón idealizado y poético, era precisamente su antigua omnipotencia bajo un nuevo disfraz.

“¿Ha pensado usted, doctor Horacio”, insistió seriamente, en tono de entrevistador profesional, “en lo mucho que se beneficiaría Ofelia de venir conmigo? Para ella eso sería seguridad – y no quiero decir económica – quiero decir que estaría fuera de peligro de caer en su antiguo problema.”

Su autosuficiencia y arrogancia me empezaban a caer realmente mal. ¿De qué se trataba, de un sistema de protección mútua que se iba a imponer a Ofelia, un tipo de seguro de vida de tipo emotivo? ¿No veía cuánto desprecio hacia ella iba implicado allí? Y más aún – pregunté por fin - ¿se le había ocurrido pensar el daño que él había hecho a su “creatividad” al romper prematuramente su análisis años atrás? Hasta que no se concienciara de eso no había esperanza de recuperarlo.

Pareció sorprendido de que lo viera yo así y murmuró entre dientes que “nunca fue partícipe de seguir en situaciones “acabadas”....Yo soy de los que tiran adelante, y había llegado el momento de irme.”

Bien – le dije – había llegado el momento de decirme la verdad sobre por qué se escapó esos años atrás.

“No escapé”, dijo en tono petulante. “Sabía que usted había hecho por mí todo lo que podía...y estaba agradecido – le escribí diciéndoselo, ¿no se acuerda?”

Sí, recordaba aquella desagradable carta, y así se lo dije: un transparente ejemplo de retórica insincera. Era a mí a quien había “acabado” y engañado. Y ahora esperaba la absolución de su ofensa, confirmación de que ni me había herido a mí ni a sí mismo. Pues no, le dije, no valía; esta vez yo quería saber la verdad.

“¿Qué verdad?” murmuró en tono evasivo.

La verdad sobre lo que no me dijo cuando se fue.

Hubo un silencio. Puso cara larga. De su creciente ansiedad salían flujos que llenaban la sala. Por fin empezó:

“Supongo que hubo un sueño que no le conté. No parecía muy importante en esos momentos. Y sabía exactamente lo que me iba a decir usted. Lo curioso es que sigo acordándome. ¿Usted cree que la compulsión de repetición existe de verdad? Sería interesante escribir un libro sobre el tema, o un artículo, si se pudiera recoger suficiente material de distintas personas, en todas las clases sociales a ser preferible, para llegar al arquetipo...”

¡No! le corté. (No me iba a desviar así de fácilmente, además, corría la hora) ¿Cuál fue el sueño? Insistí. Tras unos gruñidos como para quitar importancia respiró hondo y capituló.

“Estaba en medio de un bosque oscuro. Me resultaba conocido y extraño a la vez. Por un lado en el sueño yo sabía que se trataba de un lugar concreto que hay en el Heath – se lo podría mostrar – donde hay una hondonada con unos árboles grandes, viejos, y en medio un roble que –me dijo una vez mi padre – se cree que tiene más de 400 años. ‘Ahí tienes, Hamlet’ me dijo – ‘ese árbol era un retoño en tiempos de Shakespeare!’ Y pasada la hondonada hay un trozo medio salvaje con arbustos muy densos – hay que saber el camino para llegar.

“Y bueno –al principio en el sueño yo estaba jugando al escondite con mis amigos. Era un juego de niños, claro, pero éramos mayores, de la edad de ahora – Ros, Gil, Nando, los de siempre. Y a la vez parecía que estábamos en el medio de una jungla; había gritos y ruidos extraños por todas partes, en las copas de los árboles y en los setos. Parecía normal; y yo me lo estaba pasando bien imitando los ruidos de algunos

de los animales de manera que nadie me encontraba. Por fin me harté de que no me encontraran los imbéciles y salí de dentro del enorme roble con los brazos extendidos y grité '¡Aquí estoy --Hamlet el danés!'

“Se quedaron parados de repente y mirándome con cara de atontados. ‘¡Hamlet!’ dijo Nando por fin, ¡Te han traducido!’ Parecía como si la Medusa les hubiera dejado traspuestos. En cuanto recobraron el uso de las piernas se echaron otra vez a correr entre los arbustos, tropezando con la maleza. ‘¡Vuelve, Nando, burro!’ le grité, pero me echó una mirada rápida y siguió corriendo. Decidí esperar; sabía que volverían. Me eché sobre un montón de hojas y me puse a mirar las nubes por entre las ramas de los árboles.

*“Nada hay ya seguro, pensé; y dirigí la vista
A las extrañas formas que por arriba pasaban,
Y que rivalizando con mi fantasía imbuían en mí
Anhelos inmortales, más allá de los sueños.
Hincó su diente el áspid, el invisible áspid,
Tamiz que de los hombres separa
A muchachos y muchachas. Y heme aquí Hamlet,
Sin poder delimitar mi visible forma,
Ni contener a una nube, cuando pasando entre las hojas
Se aprieta contra mis enramados pensamientos
Alterando la textura y forma de mi cabeza.
Se desvanece la nube, y se esfuma. Y ahora Ofelia
Con la deslumbrante bóveda
De su pelo envolviéndome de cerca, de tan cerca
Que moverme no puedo, sobre mí se inclina
Y me susurra al oído que me levante, que ha llegado la hora
De probar manjar hecho para dioses...”*

“Y entonces”, dijo Hamlet, con la boca seca, pegándosele las palabras a la garganta, “*me di cuenta de que ella estaba sonriendo. Los lados de mis carrillos estaban cubiertos de vello, y sentía las orejas hinchadas y enormes. ¡Era un monstruo y ella se reía de mi aspecto de idiota!*”

¡Por fin lo tengo! pensé – ¡el sueño seleccionado! El hecho escogido que aún el todo dentro de un modelo estético inteligible.

Y me sentí cual astrónomo

*Que vislumbra un nuevo planeta.*²

¿Cómo se las había ingeniado para tener un sueño tan bueno? Casi me daba envidia. Noté en mí el deseo de que hubiera sido *mi* sueño.

Hamlet parecía perplejo ante mi entusiasmo – incluso creo que le resultó desagradable:

“Cuando tuve el sueño fue horrible”, dijo en tono firme, “pero visto a la luz del día no es nada, ¿verdad?”

¡Ah! por fin me quedaba claro, dije, el por qué había dejado el análisis. Se veía cuál era el compromiso emocional que no se veía capaz de afrontar “a la luz del día”.

“¿Cuál es lo que no podía yo afrontar?” fue su reacción sarcástica como en otros tiempos. “No es ni más ni menos que otro sueño sobre el desastre de La ratonera - ¿no mordí el polvo y me arrastré lo suficiente entonces? ¿quiere más?”

Era típico en él suponer que el sueño trataba de su humillación, dije – de la manera cómo hizo el ridículo dirigiendo la obra. Aquí, en el sueño, era la idea de enamorarse lo que le ponía en ridículo delante de sus amigos. ¿Quién sería el idiota que dejaría los juegos, las bromas, para colocarse en una posición tan vulnerable – perder su “forma visible” por una “deslumbrante bóveda de pelo”? No habría nada más ridículo. No era de extrañar que se hubiera alejado de un análisis que le situaba en una posición tan incómoda, amenazando minar de forma tan crítica su arrogancia

² Keats, “Al estudiar por primera vez el Homero de Chapman”.

Pero ni siquiera ahora parecía entender Hamlet mi interpretación. Aún no podía enfrentarse a las implicaciones emotivas de su sueño. Su actitud se hizo más dura, más despectiva. Me anunció que en todo caso no importaba ya porque todo eso eran cosas del pasado, y en cuanto al futuro, había tomado ya “una decisión”.

¿A qué decisión se refería? Le pregunté un tanto friamente, temiéndome cuál iba a ser la respuesta.

“Me llevo a Ofelia conmigo. En cuanto el divorcio se finalice nos vamos.”

¿Le había consultado a Ofelia? Pregunté.

“Usted la conoce, ¿no?”, me dijo con un deje de su antigua agudeza de percepción. “Estoy seguro de que ella respetará el consejo que usted le de.”

Me quedé asombrado de que aún estuviera intentando ponerme a mí de mediador, o celestino, después de todo lo que le había dicho de sus manipulaciones anti-analíticas. ¿Quién se creía que era yo?

“Por lo que se refiere a todo eso de acostarse por ahí”, siguió, convencido al parecer de que usar mi preocupación por Ofelia era su mejor táctica, “entiendo ahora que quizá es algo que tenía que manifestarse de algún manera, dado que en cierto modo fue abusada en su niñez, su hermano se acostó con ella durante años...”

Le interrumpí. Me saltó a la memoria algo que en el análisis no habíamos trabajado. Recordé las acusaciones infundadas de Hamlet cuando estaba en el periodo más maníaco de La ratonera, y le repetí la pregunta que le había hecho entonces - ¿qué evidencia tenía para hacer esa afirmación?

“¿Evidencia?” exclamó cínicamente. “Pero si hace años que lo sé. Ya se lo conté. A mí me lo dijo Nando cuando estuvimos en la India. Y otras muchas cosas que yo no sabía. Yo era torpe e ignorante en aquel entonces. Recuerdo lo sorprendido que al principio me quedé ; incluso no quería creerlo porque Nando siempre estaba alardeando, pero luego sumé dos y dos y todo encajó. Hoy en día nadie se inmutaría por algo así, claro está...”

Siguió hablando, pero yo había dejado de escuchar. Recordé la “virginidad” de Ofelia, y para mis adentros llamé a Nando cerdo y mentiroso hijo de puta. Una idea de

ese tipo era lo justo para hinchar el narcisismo beato de Hamlet, animándole a suponer que Ofelia necesitaba alguien que la rescatara. Si yo hubiera conocido mejor a Nando, pensé, podría haber rescatado a Hamlet de sus garras – o si Hamlet hubiera sido más franco conmigo (pero ese había sido nuestro persistente obstáculo). Me di cuenta también de que me estaba tomando la traición de Nando personalmente, como si su deseo de arruinar la relación entre Hamlet y Ofelia estuviera dirigido en último término contra mí...

Y ahora Hamlet estaba a punto de partir, tras dirigirme unas corteses frases de despedida, habiendo recobrado su compostura de ex-alumno de colegio privado. Ambos sabíamos que nuestro encuentro una vez más había sido infructífero.

“Buena suerte, doctor Horacio”, dijo mirándome a los ojos, como aceptando generosamente su derrota en un evento deportivo. No, pensé yo, el que ha perdido he sido yo. Me vino a la mente el “cielo azul” de su sesión del Cuento de invierno. ¿Había sido yo demasiado optimista? ¿Era su imposible anhelo de alcanzar un cielo azul un rasgo de su claustrofobia y no el preludio de la salida? Hasta esos momentos no se me había revelado la profundidad de la tragedia en toda su enormidad; entendía que Hamlet estaba realmente perdido. Mis esperanzas semiconscientes de que volviera al análisis quedaron extinguidas para siempre con este encuentro.

Al darnos la mano por última vez noté que la mía temblaba. Empezaba a penetrar en mi consciencia una horrible verdad, o conjunción de verdades. Me dirigí a la habitación contigua a encender un cigarrillo, a la vez que tiraba a la trasera de la estantería el ejemplar de *¿Dónde estamos ahora?* Nunca leería esa banal caricatura de lo que una vez había sido la flor del secreto de Hamlet.

¡Absalom, Absalom!

CAPITULO ONCE

La Lucha de Horacio

HAMLET: Tu has sido
 Como quien sufriendolo todo, nada padece,
 Que reveses y favores de la Fortuna
 De igual modo agradece; dichosos los que
 Con naturaleza y juicio tan bien ponderados
 No son flauta que la mano de la Fortuna
 Hace sonar a su antojo.

[III. ii. 65-71]

El sábado por la tarde, después de la entrevista con Hamlet, para celebrar mi 50 cumpleaños llevé a mis hijas y a sus novios a un restaurante caro de Curch Row.

Ambos novios en mi opinión eran perfectos –aunque como nadie me había pedido mi opinión, a nadie se la di. La mayor de las chicas, Antigone, alta y esbelta, muy parecida a su madre, tiene un título en Estudios Orientales y es una insaciable trotamundos, lo cual parece directamente ligado a la naturaleza transitoria de su vínculos amorosos. El novio de turno era un joven de buena presencia, y poco más, a quien había conocido en la carretera A40 al pararse a ayudarle a cambiar una rueda del coche. El estaba en el paro pero con serias intenciones, decía, de montar un negocio de coches de segunda mano después de ese crucial incidente en su vida – o por lo menos así fue como interpretó Antigone sus gruñidos y monosílabos inconexos. La pequeña, Ismene, una chica dulce, estudiante aún, trajo de pareja a un joven profesor

de filosofía - prematuramente avejentado- de ojos inquietos y paranoicos, y con tal capacidad de hablar sin parar que Hamlet comparado con él podría pasar por un monje budista absorto en silenciosa contemplación. Ismene le trataba como a un ídolo y como si fuera su madre, y tanto lo uno como lo otro parecía agradarle a él. Mientras escuchaba los torrentes de palabras sin sentido que caían de su boca, envueltas en partículas microscópicas de comida, me pregunté qué había hecho yo para merecer esto. He pecado, pero más se ha pecado contra mí, pensé.

Desde el encuentro con Hamlet, me perseguía la imagen del desastre y ruina de su prometedor juventud. Mientras miraba ahora a Antigone e Ismene a quien veía era a Ofelia, y se iba formando en mi mente un cuadro de su situación presente. Se me presentaba una vívida imagen de cómo sería ahora, ocho años después de nuestro último encuentro, y los probables problemas y complejidades de su matrimonio y divorcio. Y al observar a mis hijas en este contexto, intenté hacerme una imagen de las perversidades que corresponderían a la siguiente ola de adolescentes. ¿Conseguirían ellos, me pregunté, llegar al tipo de matrimonio infeliz y convencional de Ofelia – adecuado por lo menos en cuanto a clase, personalidad física e inteligencia? ¿O era ese el ejemplo que trabajaban seriamente por evitar – un matrimonio en apariencia armonioso pero en su interior una verdadera cámara de tortura? No cabía duda de que no se podía acusar a mis hijas de formar relaciones amorosas con buenos partidos. Era tan obvio que hasta el camarero (noté yo) se había percatado:

“Permítame, señor”, dijo en tono irónico mientras colocaba un mantel nuevo delante de Fornido que acababa de derramar su copa de vino tinto. Ismene limpió con solicitud la delantera de la chaqueta de Encogido donde le habían salpicado unas gotas. He de admitir que Encogido ni siquiera paró de hablar mientras se llevaban a cabo todos estos cuidados. Fornido le echó un gruñido a Antigone y ella lo interpretó:

“¿Podría traernos otra copa, por favor?” El camarero tomó una de detrás suyo, la sacó brillo y la colocó con mucha ceremonia en el posavasos.

“No. Quiero decir, un tipo diferente de copa”, dijo Antigone.

“Es una copa de vino, señora”, dijo el camarero, arqueando las cejas en gesto entre burlón y falsamente herido.

“¿Podría traer una jarra de cerveza?” se atrevió por fin a decir, fijándole la mirada . Y una jarra de cerveza le fue traída a Fornido.

¿Por qué les he traído aquí? Me pregunté. ¿Me estaba autocastigando por el fracaso de mi matrimonio? Beatrice hacía poco que me había dejado para irse a vivir con el que había sido su amante durante muchos años; y a mis hijas se les podía considerar ya personas adultas. Me pregunté si se habrían portado de la misma manera estando allí Gertrude. Poco a poco fui cerrando mis sentidos al ruido inocuo que me envolvía. Fornido y Encogido quedaron relegados a la penumbra de la actualidad y yo me vi *sentado a una mesa enfrente de Gertrude, con velas encendidas, como en una ocasión muchos años atrás, pero esta vez solos ella y yo. Bebiendo de sus ojos y totalmente absorto en la atención que me prestaba y nuestros mútuos intereses y deseos.*

“Mira, David,” me decía, “siempre me he considerado como una madre substituta para Ofelia. Pero ha sido difícil porque nunca me he sentido con la libertad de influirla directamente como si fuera mi hija legítima.”

“A veces ése es el mejor modo”, contesté, pensando en la poca influencia que yo tenía en mi propio caso. Pero ella, lógicamente, interpretó mi comentario de otra manera:

“Ah, tú estás pensando en Gertrude y Hamlet”, dijo con un suave suspiro. “Lo más triste es lo parecidos que son en el fondo. Deberían haber sido amigos. Yo siempre esperé que un día lo serían – pero ahora es ya demasiado tarde. ¿Has notado que Hamlet empieza a parecerse físicamente a Claude? Cuando era aún un bebé también se parecía, antes de alisarsele el pelo. No”, dijo como meditando una idea que se le acababa de ocurrir, “Creo que Claude nunca cayó en el error de imaginar que Hamlet quizá no fuera suyo. No era eso lo que le causaba insatisfacción. Y en la última época Hamlet se portaba de un modo mucho más educado con él. Pero no era más que una fachada. Era obvio que en su interior aún consideraba a su padre como

un tirano, un dictador. ¡Claudio, que era un hombre tan tierno! En su vida castigó a Hamlet. La que le daba cachetes cuando se portaba mal de pequeño era yo.”

En temperamento, comenté yo, Hamlet se parecía quizá más a su madre.

“¡Pequeño y malo!” Se rió ella. “Pero la verdad, David, es que sé que no ha sido feliz, en el verdadero sentido, en todos estos años – y ya es hora de que solucione su vida y encuentre una relación permanente. No le faltarían mujeres, pero él siempre pierde interés en cuanto la relación toma un tono serio – y no es que sea un mujeriego, es simplemente que – pierde interés. Parece que no le ve el sentido a un compromiso serio. Me preocupa que quizá se vuelva un tanto misántropo. Pero en fin, de quien verdaderamente quería hablar es de Ofelia. Sé que me comprenderás, David: ¿tú crees que existe alguna posibilidad de que se junten de nuevo?”

Arrugé el entrecejo y sacudí la cabeza con pena, tristeza y amarga frustración. No encontraba las palabras para expresar mi desesperación ante lo que Hamlet había hecho de su vida, y su manera de ver a Ofelia. Gertrude me dirigió una mirada penetrante y explicó,

Entiéndeme, yo no estoy segura de que ella se de cuenta de la difícil situación en que se va a encontrar con los niños – Antony tiene cuatro años, y Miranda dos solamente.”

“Parece que ella es la que lo ha solicitado...”

“Y John no se opone, lo encuentra demasiado degradante – desde ese punto de vista será un asunto sencillo.”

“John no es mala persona. Demasiado frío únicamente – y ambicioso. En ciertos aspectos no es muy diferente de Nando.”

“No es la persona apropiada para Ofelia”, dije tajantemente. “Y luego será peor, cuando se meta de lleno en su trabajo en Hacienda. Quizá sea mejor que rompan ahora.”

“¿O sea que no te parece que habría sido mejor mantener unida a la familia, al menos oficialmente, hasta que los hijos crezcan?”

“¿Cuándo crecen los hijos?” dije con desaliento. Gertrude me miró sorprendida. Reprochándome el haber permitido que afloraran de nuevo mis propios problemas con mis hijas, comenté que los hijos de Ofelia tenían edades parecidas a ella y Nando cuando murió su madre. Eso, añadió Gertrude, era lo que parecía preocupar más a Ofelia: el repetir la historia de una familia con un solo adulto.

“Y el problema es que los dos niños están muy apegados al padre”, continuó ella. “Cuanto menos le ven – o bien porque trabaja o viaja cada vez más – más fuerte gritan por su compañía. John no podía con eso. Cuando el chico era pequeño le tenía como a un ídolo. Era como si se hubiera duplicado a sí mismo y demostrado ante el mundo que era un hombre potente. El niño era un John en pequeño. Pero al nacer Miranda perdió el interés por Antony también. Ofelia me dijo una vez que era como si John no creyera que Miranda era hija suya. Y además, lógicamente, Antony tenía momentos imposibles porque estaba celoso, pero John no lo entendía, se lo tomaba como un ataque personal. Cuanto más tiránico se ponía Antony, más frío y distante se volvía John – con toda la familia.”

Esa descripción de la situación que Ofelia daba, le dije a Gertrude, coincidía con un modelo narcisista que se da con frecuencia en el tipo de hombres que son en realidad niños grandes con una tolerancia bastante limitada de los niños pequeños, cuando se trata de algo más que de considerarlos meros atributos de sí mismos. Aunque tampoco se debe olvidar que un matrimonio no falla si uno de ellos no quiere. Yo eso lo sabía. Yo era muy consciente de eso. Pero John parecía ponerse a distancia de la nueva turbulencia que se producía en él, en lugar de buscar a alguien que le ayudara a entenderlo. No me parecía que había prospecto de mejora.

“Es interesante eso” dijo Gertrude en tono de haber comprendido rápidamente algo. “Así es también como trataba a Ofelia, al principio. Como si hubiera que darle la enhorabuena por haber conseguido el premio, o haber ganado la carrera contra fuerte competencia. Ella era también un atributo suyo. ¿Sabías – me preguntó sin rodeos – que Ofelia pasó por una fase bastante promiscua después de dejar a Hamlet?”

No es que se estuviera tomando la revancha, más bien probando su poder sobre los hombres, como si dijéramos.”

“Fue la humillación”, dije, “de que todo el mundo pensara que se había quedado embarazada para que Hamlet se casara con ella.” (Me dolía mucho que en lugar de haberse dirigido a mí, Ofelia hubiera escogido ese dudoso método de autoafirmación.)

“¿Pero después de todo eso se volvió a quedar embarazada!” dijo Gertrude.

“Esa fue la manera de conseguir John que se casara con él.”

“¿Tú crees? Ella tomó la decisión de no usar la píldora.”

“Será que decidió que la píldora era un invento de los hombres para no tomar responsabilidad en el acto sexual”, sugerí yo.

Gertrude se echó a reír, luego se inclinó hacia mí animadamente y continuó: “David, a mí en esa época me preocupaba que se volviera dura con los hombres. Había una cualidad mecánica, como de deber, en todo ese acostarse por ahí. Es que ni siquiera era exactamente experimentar.”

Sí, pensé. Me acordaba de aquel aspecto defensivo que había visto en la Ofelia de años atrás, y que tanto le preocupaba a ella. Pero en mi imagen de ella ahora no veía esos rasgos. Ahora me parecía más viva, más afectuosa, a pesar de su preocupación por el divorcio.

“Fue el tener los niños lo que la cambió”, dijo Gertrude, como si me leyera el pensamiento. “Se volvió más abierta al tener un bebé en quien concentrarse” Los ojos oscuros, profundos y expresivos de Gertrude me dirigieron una mirada significativa. Me pregunté cuántos años más que yo tendría – quizá seis o siete.

Luego hablamos del pesar que sentía Ofelia de haber dejado creer a Hamlet que había tenido un aborto, por su deseo de vengarse de él, hacerle sentir culpable, castigarle. Le había confesado a Gertrude, hacía no mucho tiempo, que si hubiera hablado sinceramente con él, la situación podría haber evolucionado de otra manera.

“Hamlet se castigó a sí mismo”, dijo Gertrude con tristeza. “Quizá Ofelia tuvo más suerte. También parecía que le había tocado sufrir más, pero tenía todo un

mundo nuevo de experiencias, después de haber pasado tanto tiempo escondida en su música. Como la Bella Durmiente.”

“Sí, ahora parece que tiene la música un poco abandonada”, dije yo.

“Sólo desde que nació Miranda”, dijo Gertrude con aire pensativo. “Hasta entonces estuvo muy metida en ello.”

“No creo que John le haya animado mucho.”

“Una vez que la consiguió ya no. Estaba orgulloso de su talento al principio – era parte del premio que había ganado. Una vez me dijo ella que le aterraba terminar como Natasha en Guerra y Paz – cantando sólo hasta conseguir el marido apropiado, ¡y luego ponerse a tener hijos y a engordar!”

Gertrude se rió de lo que acababa de decir. Con su tipo, observé yo para mis adentros, ella nunca sería gorda. Su figura siempre fue fina y ligera. Sonreí al considerar los dos tipos opuestos – casi complementarios – de belleza en ellas.

“Pues aún no ha encontrado el marido apropiado”, declaré yo. E inmediatamente me arrepentí de haberlo dicho. ¿De quién hablaba yo en realidad? ¿De Gertrude? ¿De Ofelia? ¿De mí mismo? ¿En qué maraña me había metido?

Ruidos y vibraciones del mundo externo empezaron a infiltrarse en mi sueño, aunque traté de apartarlos. La cabeza me daba vueltas, y en un fogonazo de pesadilla vi a Gertrude alejándose de mí como Euridice al entrar en el Averno.

“¡Espera!” grité. “Gertrude, espera...” Pero había regresado a las sombras, dejándome más aturdido y confuso que después de una sesión con el más difícil de mis pacientes.

* * *

“¡Papá, despierta! Estás completamente soñando”. Era la voz clara y firme de Ismene. Me tocó en el brazo con gesto acusador. Noté que los mensajes transmitidos por las ondas sonoras que me circundaban la cabeza eran desagradables, arítmicos y desvirtuados:

“Una vez que el discurso de lo Femenino- herméticamente separado de la historia por tan largo tiempo – haya sido desmarginalizado de los significantes usos metabólicos de la falocentricidad imperial, y se haya renegociado su sociabilidad con y contra los determinantes cerebrales que lo han ausentado hasta ahora del repertorio cultural existente de significados referentes, una validación trans-hermenéutica nueva de su estatus apasionantemente desviacionista podría substancialmente reposicionar sus figuraciones, desvelando así la violencia metapsicobiológica cometida en el lenguaje ordinario...”

Era la voz de Encogido. La intensidad de la mirada de esos ojos nerviosos, irritables y suplicantes, y la rociada de partículas vaporosas que caía en mi plato, me hizo comprender que me estaba hablando a mí.

“¿Qué dice?” le pregunté a Ismene.

“¡Papá, por favor!” me dijo con aire de reproche. “Te está pidiendo que le des una carta de recomendación.”

“Ah, ya, claro, desde luego”, me apresuré a contestar, sintiéndome culpable de mi falta de atención; “¿qué pasa, que también éste está en el paro?”

“No, papá, es para un puesto en la universidad. Una adjuntía nueva. En Hermenéutica universal. Es un puesto interdisciplinario. Le vendría como anillo al dedo a Stephen.”

Sin duda, pensé, mientras me esforzaba en evitar la mirada de Encogido.

“Ah, oh _” contesté inutilmente, sabiendo que me habían vencido; “¿Por qué me van a creer *a mí*? Ese no es en absoluto mi campo de trabajo.”

“¡Papá, a a !” suspiró Ismene con fuerza, en ese tono suyo de persona práctica. “Es tanto tu campo como el de cualquier otro. ¿No dices tú siempre que ya es hora de que el psicoanálisis se separe de la medicina, forme vínculos con las humanidades, y consolide su estatus cultural amplio?”

Me pregunté si el lenguaje a lo Encogido sería contagioso y si lo era ¿se transmitiría por vía venérea or estaría contenido en las partículas?

“Sí, “ empezó a decir Fornido con un gruñido largo. Y vi, ante mi asombro, que se disponía a empezar a hablar. (De hecho una vez que se puso resultó ser tan elocuente como Encogido). “Sin mí, David, estás perdido. Conmigo tienes oportunidades fiscales. En cuanto empecemos a levantar las Empresas – la tuya y la mía...”

“¿Qué?” exclamé, atónito.

“Nuestra sociedad, ya sabes – La Empresa David y Michael, ¿ya?” me miró de soslayo, como dándome ánimos. “Es una idea de Tig, ¿no es cierto, Tig?”

“No has estado escuchando, ¿verdad que no, papá?, me dijo Antigone en tono de acusación. “Me dijiste que te parecía una buena idea. Le dije a Mick que te quejabas del IVA en el psicoanálisis. Y él propuso como solución montar una empresa con él...”

“¿Y qué caramba se le ha ocurrido?” pregunté extrañado.

“Una cosa meramente nominal, claro”, explicó mi hija. “Una cosa por encima de tu trabajo – y Mick tendría su venta de coches también, si consigue el local en South End Green...”

“Así es, David”, confirmó Fornido. “Hay que saber sacarle partido al sistema. Nos unimos, y tú te olvidas del IVA. Hoy día en el mundo del negocio toda pérdida es una ganancia fiscal. Es el único modo de ver dinero de verdad.”

Ganancia para él, pérdida para mí, pensé. Me pregunté si tras el sólido corpachón de Fornido se ocultaba quizá una cierta malicia, pero decidí que eso sería sobrevalorar su inteligencia. Para poner fin a la conversación pedí la cuenta, pero antes de poder llevar a cabo el escape hubo que escuchar a Encogido insistiendo en confirmar su recién descubierto sentimiento de solidaridad con los presentes; relajado y alegre al ver que su carta de recomendación estaba asegurada.

“Estoy totalmente de acuerdo con Mick”, medio gimió con vehemencia . “Ahora todos somos compañeros. Se acabó la era de las disciplinas reduccionistas. Ha empezado el humanismo suave postmodernista.” (Noté con alivio que se había desvanecido de sus ojos aquel aire servil de animal acorralado). “Al fin y al cabo,

David”, añadió, dirigiéndome un guiño de complicidad, “no estoy seguro de que tú seas partidario de la doctrina del *talento*.”

Era de noche y hacía viento cuando salimos del restaurante. Desfilamos uno a uno por el estrecho pasadizo y subimos los peldaños, yo delante. Al llegar arriba el viento lanzó el cinturón de mi gabardina por los aires y se clavó en las rejillas; me paré para soltarlo, cuando la sólida y ciega cabezota de Fornido, que subía los peldaños, me dio un golpe en la espalda. Resbalé en un montón de hojas mojadas y caca de perro y caí de costado sobre el brazo. El tirón fue terrible, oí el ruido del hueso. Fornido se quedó parado sin hacer nada, tambaleándose como un rascacielos que mueve el viento.

“¡Quítate de en medio pedazo de imbécil!” gritó Antigone metiéndole el codo en el estómago y ayudándome a mí a levantarme. Me llevó en el coche al Royal Free mientras en el asiento de atrás Fornido daba gruñidos de arrepentimiento (o al menos eso me pareció que eran).

Supuse que ahí acabaría la relación con él, pero de todas maneras no creo que hubiera durado mucho. Nunca duraban. Encogido iba a ser más difícil de mover. Una mera catástrofe física no serviría. Ismene había sido el tipo de chica que trae a casa pájaritos heridos y animalitos maltratados, y Encogido era uno de ellos. Una mezcla de auto-idealización, testarudez y espíritu materno hacía de mi hija una persona patológicamente fiable. Una vez más me pregunté si Beatrice y yo habíamos hecho bien en seguir unidos por las hijas. Me había acusado tantas veces de “trabajar demasiado”, de “no escucharla”, de convertirme en alguien con quien era “imposible convivir”, obsesionado con mi “autoengrandecimiento”. Me dolía, pero siempre le respondía que ella estaba celosa de mi trabajo, celosa a nivel personal. Le explicaba con mucha paciencia que mi trabajo requería esa relación emocional íntima, que si no era así no valía de nada. Incluso después de dejarme, yo seguía pensando que se había equivocado en algo, pero ahora por primera vez empezaba a cuestionarme si no era cierto que no me había ocupado de ella. ¿O quizá mi ceguera sobre la ruptura de nuestro matrimonio había afectado la sinceridad de mi trabajo?

El traqueteo del coche me causaba dolor en el brazo y hacía pasar a mi consciente pensamientos cada vez más dolorosos y preocupantes. “Viejo romántico, viejo romántico” – me venía con nitidez a la mente la pulla de Hamlet. Miré de reojo a Antigone: los ojos le brillaban y tenía la mandíbula, firme y pequeña, un poco alzada mientras circulaba a buena velocidad entre las filas de coches aparcados en la estrecha calle, salvándose de chocar por un pelo. Su manera de conducir era alarmante aunque – por lo que se podía apreciar- competente. Le fascinaban las situaciones de urgencia y no había encontrado aún la vocación que le proporcionara suficiente número – “Viejo romántico, viejo romántico”. Antigone ciertamente no era romántica. ¿Sin embargo, era ese feminismo suyo, duro y obstinado, que insistía en relacionarse solamente con hombres a los que podía despreciar, en realidad muy diferente del romanticismo mío? ¿Era muy diferente de la mojigatería fanática de Hamlet?

Mientras me sostenía con cuidado el brazo en la sala de espera de accidentes, sentí por primera vez mi viejo romanticismo como una dura coraza, defensiva, moralística e idealizadora de las mujeres. La fe de mi padre no había sido esa. ¿Era contra eso contra lo que se había replegado Hamlet al cerrarse a mí y meterse en la dura cáscara de su ideario Forte grandioso, príncipe de la sociedad moderna? Yo, como sus padres, le quería convertido en príncipe de la edad nueva, liberado del venidero dominio de los Encogidos y Fornidos que llenaban con toda su vulgaridad el espacio. Yo tenía ambiciones románticas para él; quizá le había abochornado con mis propias esperanzas, proclamándole el escogido, el relicario de mis deseos. ¿Era esa la razón por la que, llegado el momento, había sido incapaz de enamorarse – de dar el salto de fe que Kierkegaard había descrito y que todas las fuerzas que mueven al desarrollo habían de requerir de él? ¿Le habían debilitado mi apremio y mi importunidad, y por eso se había alejado, con pasos silenciosos, de mi esfera de influencia? ¿Y ese apremio mío era a su vez un sustituto de la fe en mi propio matrimonio? ¿Si hubiera tenido fe, me habría quedado con Beatrice, era yo quien la había hecho irse?

Cuando me llamaron al departamento de rayos X, insistí en que Antigone se fuera a casa (argumentando que casi era seguro que pasaría la noche en el hospital).

Aunque la quería mucho, no soportaba su compañía por mucho tiempo- cosa que con frecuencia me entristecía. Antigone era un obstáculo al pensamiento – no, peor aún, un obstáculo al sentimiento- y a esa hora, en el pasillo anónimo del hospital el dolor del brazo actuaba como imán de una hueste de datos emotivos que me asaltaban. Ahora se trataba de Nando y de su fanfarroneo cínico de hermano mayor. A Ofelia no le había afectado (lo tomaba como algo normal) pero a Hamlet – en mi opinión – le había envenenado. Antes de conocerla, yo no veía razón para dudar que ella y Nando hubieran tenido una relación de incesto. Hamlet lo creía y a través de él también yo. Y aunqu le pregunté qué “evidencia” tenía, seguro que sintió que no le iba a exigir una respuesta. El error radicaba en mi extrema identificación con él.

Pero ahora, pensándolo de nuevo, sentado ante la mesa redonda, bajo la luz de la lámpara en la madrugada, con el perro dormido a mis pies y un silencio profundo fuera, no podía encontrar ni rastro de la ira que había sentido contra Nando. Sus fanfarronadas eran cosa normal, y carecía de importancia que fueran o no ciertas, era una pista falsa. La verdad residía en otra parte. Estaba claro que Ofelia se consideraba virgen – a pesar de sus esfuerzos por “perder” la virginidad – hasta llegar a su primera relación seria, con Hamlet. Y yo imaginaba que incluso ahora, a pesar de los acontecimientos de los últimos ocho años, Ofelia quizá aún anhelaba al chico que la sacó del “convento” al mundo. Mi ira contra Nando no tenía razón de ser. Pero hasta ahora no había podido ver que mi sentimiento de protección hacia Ofelia también era inapropiado y lo había sido durante todo el análisis. Una fantasía de la noche anterior me vino vívidamente a la mente. Me había venido con fuerza, como una revelación, al irse moviendo la máquina de los rayos X hacia mí y ajustar el radiólogo un poco la posición de mi brazo. Creo que me quejé en alto porque él comentó en tono sentido “Debe doler mucho, supongo”.

Quizá – se me ocurrió – *fue en esta misma sala donde se sentó hace dieciséis años más o menos, una chica rubia, con una lesión quizá idéntica a la mía , y un tobogán roto, furiosa y llena de desafío contra “los chicos” y contra el prospecto del inicio de la menstruación. Casi veía la cabeza calva de su angustiado padre*

asomándose por encima del biombo. Pero no era Nando (ni Fornido) quien me había roto el brazo; ni quien se lo había roto a ella. Su situación, como la mía, era fundamentalmente autoimpuesta, y ahora, al ver el paralelismo, entendí que había proyectado mi feminidad en esa chica en el umbral de ser mujer. Lo que había proyectado debería habérmelo quedado como parte de mí mismo, porque había impuesto un peso demasiado fuerte a Hamlet: en lugar de esperar a que se enamorara, se lo había impuesto, para que actuara así mi enamoramiento. ¿No era acaso cierto que siempre había estado yo un poco enamorado de las dos mujeres de su vida – siempre “de parte de las mujeres” como me solía acusar él?

Aquí estaba el factor crucial de la chapuza que hice yo de la contratransferencia. Mi incapacidad para contener el impacto de su yo “romántico” había repercutido en él. No podía olvidar la mirada de despedida suya en nuestro último encuentro. Ahora entendía por qué su grandioso intento de casarme con su madre me había irritado tanto – porque en cierto modo era un reflejo de mi propio deseo, y no sólo eso sino también el quid pro quo de mi fallo técnico respecto al manejo de sus relaciones. No se había equivocado en su fantasía de quién me iría bien, pero sí – y solamente- en su idea omnipotente y paternalista de esa relación. En los años en que no nos vimos, esa ligerísima percepción de un fallo en la transferencia emotiva entre nosotros se había tornado rígida en su mente, de modo que yo había acabado siendo para él la caricatura del casamentero. Me había devuelto mi equivocación, de modo grotesco, en letras mayúsculas – pero era mi equivocación.

“Ya no es el chico del que estabas enamorada”, le dije a Ofelia en mi interior, “su egocentrismo ha hecho presa en él.”

“¿No son así todos los hombres?” me dijo ella fijando los ojos en mí. “No”, le contesté. La tragedia de Hamlet era que *no* había cambiado, se había simplemente cristalizado en su papel social predeterminado. Cambiar requiere un salto de fe y el abandono del egocentrismo. Yo no logré instilar en él esa capacidad porque yo no la poseía, de modo que el análisis le había dejado intacto, dado que no fue un análisis. Como el Próspero de sus sueños yo había querido que su prosperidad interna tomara

forma en el egocentrismo y la auto-motivación; no había posibilitado la evolución de su historia, no le había seguido donde eso le llevara. Yo había querido ser su historiador. Movido por la urgencia, la ansiedad y la sombra no metabolizada del desmoronamiento de mi relación con Beatrice – que durante tanto tiempo no había querido ver - interferí en el método psicoanalítico, intenté empujarlo hacia adelante. Al no poder tolerar la incertidumbre dejé vía libre a mis sentimientos, que se desbordaron de las paredes del contexto analítico y contaminaron la receptividad de la transferencia. "El cielo y la tierra en la jaula de la forma" – así define el antiguo poeta chino un poema. El análisis de Hamlet no había sido un poema. Y su fallo, veía ahora yo, era algo más que un error, era una falta de lealtad al método psicoanalítico. "Si hubiera tenido fe no habría dejado a Regine". Esa frase de Kierkegaard seguía golpeándome el cerebro con nuevo impacto. Y entendí por fin en qué modo esas palabras se podían aplicar a mí. Si yo hubiera tenido fe no habría dejado el método psicoanalítico con toda su belleza; habría seguido sus exigencias emocionales en la transferencia y contratransferencia. Mi mente habría estado alerta a los peligros de mi peregrinaje. No me habría salido - errónea y dogmáticamente- de sus límites poéticos, fuera cual fuera la turbulencia emotiva que allí dentro se diera, y fueran cual fueran las distracciones procedentes del exterior. No se trataba solamente de la cena con sus padres, el encuentro con Ofelia – uno y otro excusados por mí en su momento como necesarias infracciones técnicas; era todo, todo mi enfoque debilitado por sentimientos no analíticos. Quizá no al principio, pero de un modo insidioso al persistir mi ceguera personal. Aunque mi situación personal me hiciera vulnerable, si me hubiera ceñido al método psicoanalítico no me habría visto atrapado en la red de relaciones personales inapropiadas – con Claude y Gertrude, con Ofelia – que minaron la fe de Hamlet en mi obediencia a sus necesidades infantiles. Necesidades con un cariz burdo, vulgar, agresivo, incluso a veces tiránico; pero que, como sus maravillosos sueños me mostraban continuamente, contenían la flor de su secreto. Y sí que progresó durante el análisis, sus sueños sacaron hacia afuera lo que había de prometedor en él (y eso quizá hizo que yo no viera los peligros), pero no le proporcioné suficiente contención. Si

alguna vez en tu corazón estuve...Pero rechacé la perplejidad, me salí del sendero del desconocimiento. Se desconocen los hechos ...tal vez nunca se lleguen a conocer – el hombre que Hamlet podría haber sido, por ejemplo. En esta prueba de fe analítica yo fallé, y le fallé a Hamlet, sí, fui yo el instrumento del azar. No obstante, conocer bien a una persona es conocerse a sí mismo; y en ese sentido ahora estoy en un estadio más avanzado que cuando empecé a relatar al mundo de mi propio consciente esta historia que aún no conocía.

APENDICE

Teseo, al final de *Un Sueño de una noche de verano*, dice cuando todos los actores han muerto, no se necesita culpar a nadie. Un drama, un libro, debe hablar por sí mismo sin necesidad de apología. No obstante, dado que esta novela ha sido en realidad una forma de apreciación literaria, la apología que viene a continuación puede ser de utilidad para subrayar la estructura poética de la obra sobre la que aquella se basa.

¿Qué es ser "fiel" a Shakespeare? Esa es quizá una consideración más relevante que la de si una interpretación es "objetiva" o "subjetiva", cuando lo primero hace referencia a algo erudito y falto de imaginación, y lo segundo es una disculpa para ilimitadas substituciones de valores personales. Si hay intención sincera de ser fiel, se deberá tener en consideración el significado contenido en la forma estética de la obra – la "expresividad" del símbolo artístico (en palabras de Susanne Langer, 1953). La obra está llena de sentido, y el acceso subjetivo a su realidad objetiva depende de la apreciación de la forma artística. De ahí se concluye que la fidelidad no es nunca un intento de decir la última palabra sobre un tema ("la verdad") sino más bien un intento de reflejarlo sinceramente.

La novela presentada aquí es la última fase de mi exploración personal del Hamlet de Shakespeare (un proceso que empezó hace muchos años y que trato en mi

ensayo "El País sin descubrir" publicado en *La Aprehensión de la belleza*, Meltzer y Harris Williams, 1988). El encuadre moderno y la extensión de las historias personales de los personajes no tienen otro objetivo que el de proporcionarme a mí herramientas más efectivas para explorar más a fondo la infinitamente fascinante obra de Shakespeare. (Y a la vez divertirme y divertir quizá a mis lectores). Lo mismo ocurre con la perspectiva psicoanalítica de la novela. Con la ayuda y supervisión del Dr Meltzer esta perspectiva (en forma latente en la obra) ha sido desarrollada como vehículo a través del cual los personajes de Shakespeare y sus dramas emotivos se me han aclarado, por así decirlo. Igualmente, la obra tiene mucho que ver con los padecimientos y tribulaciones de la profesión de actor/escritor, y por medio del personaje de Horacio lo muevo hacia la historia análoga de la curva de aprendizaje de un psicoanalista en una situación que le pone a prueba.

En la cuarta estrofa de la "Oda a una urna griega" de Keats hay un momento clave en que parece que el poeta se desvía de la observación directa de la urna para describir un "pequeña ciudad" que no existe de forma esculpida, sino meramente como algo imaginado. Pero es precisamente esta desviación imaginativa, esta libertad no-académica, lo que salva la relación del poeta con la obra de arte y los valores que ella encarna. Me gustaría tomar esa desviación como un modelo del tipo de apreciación literaria que he tratado de emular en esta novela. Las aparentes libertades que con la obra de Shakespeare me he tomado (que van más allá del ponerla con vestuario moderno, que no pasaría de ser una traducción) tienen su origen en la necesidad de ampliar las implicaciones de la obra. Con *Hamlet*, quizá más que con cualquiera de las otras obras de Shakespeare, esto tiene especial relevancia ya que es una obra que supera su propio "molde formal" (III. i. 155); ocupa como si dijéramos el centro de su producción y contiene la esencia de dramas pasados y el germen de otros futuros. Por eso he usado referencias a otras obras (en especial *La tempestad* y *El cuento de invierno*) para ayudar a iluminar ciertos movimientos del drama que están sólo microscópicamente incrustados en el *Hamlet*, pero que sin embargo es esencial hacerlos ver.

Voy a empezar con un comentario sobre Horacio y el setting psicoanalítico, que es quizá donde más me desvió estructuralmente del drama. ¿Quién es Horacio, y qué hace allí? ¿Es un compañero de estudios (" de Wittenberg") o pertenece a la generación de los mayores (por ejemplo, se acuerda del padre de Hamlet)? La familia real le consideran ligeramente, casi imperceptiblemente, de una clase social más baja ("¿por qué se ha de adular a los pobres?", III.ii.59). Horacio es el primero que prevee una "erupción" en el estado de Dinamarca (I.i.72) y alerta a Hamlet sobre el Fantasma "en su mente" (I.ii.185). Se menciona con frecuencia que Shakespeare implica al final de la obra que Horacio tiene una historia que ha de ser narrada (V.ii. 354), y que durante toda la obra Horacio ha servido de telón de fondo a Hamlet, ha sido su compañero íntimo pero impotente ("nunca esclavo de la pasión", III.ii.72). Lo que no siempre se menciona es que a Horacio le usan también los otros personajes a modo de medida imparcial de cordura (los centinelas al principio, I.i. 45; Claudio para que vigile a Ofelia primero y luego a Hamlet, IV. v. 74; V.i. 288). Por supuesto nadie quiere su *consejos*, y en realidad él no tiene mucho que decir. Sus interjecciones irónicas destinadas a calmar a Hamlet las usa éste únicamente para asegurarse de que tiene a alguien observándole, escuchándole en todos los puntos claves ("¿Observaste?" – "Yo lo vi claramente", III.ii. 281-284). A Hamlet le falta confianza respecto a su propia "historia" (I. v. 107, V. ii. 30), y Horacio es para él un testigo fiable. Todo esto concuerda con la posición que Horacio detenta como analista (y es de suponer que también con alguna equivalente función del dramaturgo que contempla el desarrollo de su obra o sueño). Horacio siente, por empatía, todo lo que siente Hamlet pero a un nivel de abstracción; es el que "sufriéndolo todo, nada padece" (III.ii. 66) – al menos así lo ve Hamlet en su egocentrismo adolescente. Todo el "actuar" de Hamlet, real e irreal, tiene lugar con la figura de Horacio presente de algún modo en su mente, empezando con el momento en que Horacio – al modo del "órgano de la atención" de Freud – le presenta al Fantasma, mostrándole el mundo onírico de su perturbación. La presencia de Horacio en la obra en los momentos claves del Fantasma, la Ratonera, el Cementerio, el Duelo, etc, afecta a la cualidad de la experiencia que se nos trasmite a

nosotros, el público. Añade consciencia del potencial de conocimiento propio que nunca cristaliza, a pesar de los juegos de palabras que continuamente rondan en torno al tema ("conocer bien a un hombre equivale a conocerse a sí mismo" etc., V.ii. 137).

Sin la dimensión que añade Horacio Hamlet parecería menos un adolescente confuso y más un lánguido pero impulsivo esteta (que es como a veces se le representa). El concepto romántico (isabelino en un principio) del hombre melancólico se difumina ante el otro más relevante del joven en conflicto, indeciso ante un desarrollo de personalidad que se centra sobre el sentimiento de enamorarse. Como dijo Hazlitt "*Nosotros* somos Hamlet". El tipo de "locura" desplegada aquí es la derivada del conflicto, la confusión, y la turbulencia asociadas con lo que Bion llama el "cambio catastrófico", ese modelo de todos los desarrollos mentales en acción (Meltzer, 1978). Y en el drama del progreso (y la falta de progreso) de Hamlet, Horacio es la figura un tanto vaga pero esencial. Este cuadro general de la novela da pie a la reflexión sobre los problemas de la transferencia analítica entre ellos dos, y la posible índole de la historia personal del doctor Horacio.

La obra de teatro contiene dos movimientos y tiene lugar en una escala temporal doble. El primer movimiento es un crescendo que termina con la Ratonera, la escena del camerino y el asesinato de Polonio; el segundo (cuando las imágenes de corrupción se ven sobrepasadas por el oleaje del mar y las imágenes de agua) contiene el flujo y reflujo de los esfuerzos del propio Hamlet por entender y reparar los efectos de su violencia. Su fracaso final aboca en su "muerte" delante de Fortinbras (el invasor de Dinamarca anunciado al principio). Eso simboliza el abandono de su intento de convertirse en el Nuevo Príncipe que "cure" la enfermedad social (I. v. 197) y su capitulación ante las presiones del sistema social. Y en efecto Hamlet *se convierte en Fortinbras*. Su inteligencia y su pasión, en efervescencia en la adolescencia cuando casi llega a enamorarse, se echan a perder. Se convierte en un príncipe al estilo antiguo – la ideología y la jerga nueva son mero aderezo- y nosotros perdemos interés en él. Esa es su tragedia y la venganza del Fantasma.

La escala temporal doble deriva de la sensación que nos da la obra de que Hamlet vive en dos periodos de su vida : uno es el de la riada de turbulencia adolescente, y el otro años más tarde (a los 30 más o menos, según dice él en la escena del cementerio). Entre un periodo y otro hay una laguna, ahí fue cuando abandonó la lucha (lo que explica la impresión de muchos lectores de que Hamlet en ese entremedio fue a Inglaterra donde pasó un tiempo antes de volver a Dinamarca – lo cual demuestra que la trama de Shakespeare en esta obra carece de realismo y ha de leerse como una secuencia onírica). Visto así, no cabe duda de que Hamlet ha estado 'ausente' y ha perdido el contacto con Horacio ("¿ De qué otra parte del mundo deberían llegarme saludos si no de la parte del señor Hamlet?", IV.vi. 4-5). En la novela ese hiato se ha traducido en los ocho años durante los que la historia de Hamlet queda sin resolver en la mente de Horacio, impidiéndole analizar por completo sus propios problemas.

Vemos a Hamlet por primera vez cuando acaba de volver de la universidad de Wittenberg para asistir al funeral-boda-coronación de su "tío-padre" y de su tía madre. La universidad y la corte apuntan a dos áreas de existencia –el mundo de los compañeros, su presiones, sus valores, y el mundo de las relaciones íntimas (la familia), que a su vez hace revivir recuerdos de la niñez. El mundo de los compañeros está representado en la obra por Rosencrantz, Guildenstern, Laertes, Fortinbras, y los soldados del principio. La campechanería alegre de Hamlet ("amiguetes", II.ii. 225, "vuestro amor y el mío", I. ii. 254) va mezclada con tacos y bromas que o son de mal gusto (II. ii. 225ff) o por lo menos sospechosas (¿una visita "gratis"?, II. ii. 275). El precio a pagar por ser el príncipe es ser hijo único. También entrevemos aquí y allá a lo largo de la obra lo que han sido las relaciones de Hamlet con otros miembros de su familia y de la de Polonio – con Laertes se peleaba primero y luego le sobrepasó intelectualmente, pero siempre "le amó"(V. i. 285), Polonio fue su compañero y tutor de intereses intelectuales y culturales, Ofelia le pasó desapercibida hasta que creció y se convirtió en una belleza, su madre querría reanudar la intimidad perdida pero está asustada de su "locura" y se refugia detrás de los hombres (usando a Polonio como cotilla indiscreto), diciendo meramente banalidades. Y especialmente su padre que –

como Polonio- fue objeto de admiración y ahora es despreciado, hasta el punto de haberle dividido en dos padres ("Hiperión comparado con este sátiro", I.ii.140)

El Fantasma representa ese padre heroico, idealizado, que retorna en forma vengadora para aguijonear y humillar a su hijo que ya no sabe qué requiere de él el ser un príncipe. Con "paso marcial" (I. i. 69) el Fantasma entrega a su hijo un mensaje ambiguo: "vengarse" a la vez que "no manchar su mente ni dañar a su madre" (I. v. 85). Esto refleja su propia ambigüedad: exhibe su posesión sexual por un lado y a la vez se siente despedido ("sin hogar", I. v. 77) por una mujer "caída" (I. v. 47): es el conquistador de mujeres y el bebé a quien la leche se le ha cortado (I. v. 69). En las palabras del Fantasma hay evidencia tanto de su amor real por la reina como de una nube que oscurecía sus relaciones con ella el padre y la madre de Hamlet. Es la incapacidad de Hamlet de manejarse en la turbulencia que esto despierta en él lo que le hace propenso al aspecto vengativo del Fantasma cuando éste da vueltas por debajo del suelo del escenario recitando "jura" en una especie de sortilegio primitivo.

Se hace entonces aparente en la obra que tanto el problemático "matrimonio", como el Fantasma han tomado un lugar prominente en la mente de Hamlet debido al elemento nuevo del impacto de Ofelia, a quien acaba él de empezar a notar. (Polonio, como de costumbre, no se equivoca, aunque sus percepciones se malogran por su método omnipotente de sacar "la verdad de donde esté escondida", II. ii. 158). Hay un sentimiento general de que todo el mundo en la corte de Dinamarca mira hacia la deseada unión entre Hamlet y Ofelia como la solución a las aflicciones del estado (en muchos apartes entre el rey y la reina a lo largo de la obra se percibe una depresión de fondo – "las manchas negras y profundas" de Gertrude, III. Iv. 90, su "alma enferma", IV.v. 17; los "engaños" y el "alma sucia" de Claudius, III.iii. 61-68, la "pesada carga", III. i. 54, "muerte superflua", IV. v. 96, y su hábito de beber). De la "elección" de príncipe depende la "cordura y salud de todo el estado" (I.iii.21). El matrimonio es deseo expreso de Gertrude (V. i. 237), y Claudio lo ve como modo de

desviar la atención de Hamlet y calmar el "brío de su sangre" (III.iv.69); Hamlet tiene su "voz" en la sucesión (II. ii. 333). Parte del realismo psicológico de la obra es que las luchas y fracasos personales de los personajes se derivan en parte de los cambios sociales, que ellos sienten que ya no pueden influenciar – así vemos que desde el comienzo del reinado de Claudius tanto Noruega como Dinamarca han sufrido no las miserias de la guerra sino los "tumores del exceso de riqueza y paz" (IV. iv. 27). Los "desheredados" "reclutados" por Fortinbras (I.i.101) son un nuevo tipo de ejército, quizá como los gangsters urbanos de Brecht, chulos, adinerados – un nuevo tipo de invasión. La generación de los mayores están cansados y presionan a Hamlet para que repare las faltas por ellos cometidas y metabolice esta nueva dictadura. La boda entre Hamlet y Ofelia se ve como el rasgo esencial del "estado sano", Ofelia sería la "Rosa de mayo" (IV. v. 157) y Hamlet "la esperanza y la rosa" del estado (III. i. 154). El supuesto básico en esta situación se corresponde con la "idea mesiánica" erótica de Bion (1961). Todos lo quieren y todos se conducen contrariamente al modo necesario para lograrlo (especialmente al servirse de Polonio) – y finalmente impiden que suceda por sus propios medios.

En la obra Hamlet tiene una idea de Ofelia que está teñida por su creencia de que su atractivo sexual está controlado artificialmente por una figura paterna interna, de ahí que su belleza exterior sea "pintada" (su perorata en la escena del convento, III.i, y su pregunta "¿Dónde está tu padre?"). Esta idea inevitablemente le impide comunicarse real y directamente con Ofelia. No cabe duda de que el espionaje y manipulaciones de la corte lo exacerban, pero es que Hamlet es especialmente vulnerable a ello porque ya ha proyectado esa idea de Ofelia en la escena en que irrumpe en su cuarto suspirando como un lunático (II. i. 77ff) después de la incitación del Fantasma cuando ha decidido adoptar

una "aire extraño" (en la novela el sueño de Batman). Con una visión primitiva de la masculinidad, él cree que su heroico padre real ("Marte", "Júpiter", "Hiperión") – aquel que venció a Fortinbras en un combate único – con igual gallardía conquistaría a Gertrude, y él, Hamlet, nunca podrá emularlo. Según este punto de vista la belleza femenina es un atributo del héroe que la posee (ende "gracia en la frente", "rizos de Hiperión", "frente de Jupiter", etc – él es una montaña donde la mujer "se agarra" y de la que "se alimenta" (III.iv.55). Parece que su madre ha abandonado ("perdido") ese modelo de masculinidad y ha elegido a un tipo sensual, un "sátiro", Claudius, tipo de segunda fila, degradado, padre de segunda mano. De hecho a Hamlet le queda pequeño el modelo heroico pero el que viene detrás es más confuso. Claudius y Polonio juntos parecen ofrecerle Ofelia, tentadora, fraudulenta, cuya belleza es en realidad un arma agresiva y a quien habría que encerrar en un convento para proteger a los inocentes varones. Porque si un hombre queda atrapado en esa casa de Circe, lugar de "perdición" se convierte en un monstruo (III. i. 140). Allí están los "lugares secretos de la Fortuna" (II. ii. 235), el hogar de los "malos sueños" (II. ii. 255) la falsa belleza que revela que el mundo no es sino "una congregación de pestilentes vapores", "quintaesencia del polvo" (II. ii. 295ff). "Dinamarca es una prisión" (II. ii. 243). En esta visión claustrofóbica, generada por el Fantasma en su "casa prisión" (I. v. 14), el futuro amante participa en un festín como el de los muertos: un tipo de "convocatoria de gusanos políticos" (IV. iii. 20), víctima de la astucia de Polonio.

Esta es la fantasía de trasfondo en la preparación de Hamlet de La ratonera – una obra sobre un matrimonio envenenado – en apariencia para "llamar a la conciencia del rey" (II. ii. 601), pero en realidad (como lo demuestra el devaneo con Ofelia) para resarcirse de la confusión que le ha causado el impacto de ésta. Su relación con Ofelia ha llegado a la fase en que ella es el foco de toda su "filosofía" (que el doctor Horacio

en la novela trata de hacer entrar en la transferencia psicoanalítica). El acusa a todo el mundo de tratar de "sacarle la flor de su secreto" (III. ii. 357) – con una buena parte de verdad - pero sin darse cuenta de que es él mismo quien lo está provocando y actuando de manera análoga. No obstante es consciente de que en un sentido profundo "no progresa" (su irónico juego de palabras con Rosencrantz y Guildenstern, III. ii. 331), y entonces es cuando dirige a Horacio una urgente petición de ayuda (III.ii. 56ff).

El ataque verbal de Hamlet a su madre en la escena del camerino es una extensión de su ataque a Ofelia durante la función de La ratonera – una especie de ceremonia de matrimonio perverso en el que las mujeres "mal-toman a sus maridos" (III. ii. 246). Culpa después de esto a su madre – acusándola de haber cortado la "rosa" de "la frente de un amor inocente" (imagen asociada con él y con Ofelia) y de haber "dejado allí una ampolla" (imagen de enfermedad venérea, III. iv. 42). Mientras le habla "lanzándole dardos" (II. ii. 387), hunde su acero en el infantil Polonio que estaba escondido en su "tapiz", y le muestra a ella la imagen dividida de su marido (los "dos hermanos"), a lo que ella responderá más tarde que le "ha partido en dos el corazón" (III. iv. 158). Pero tras toda esa violencia verbal, que casi llega a violencia física (el asesinato de Polonio visto como sueño asesino suyo), hay siempre su propio sentimiento de insuficiencia y humillación, que empezó al devolverle Ofelia sus "recuerdos" (sus "pecados" los llama él) al comienzo de la escena del convento (en la novela el episodio de impotencia). Esto se conecta con su pobre poesía amorosa (en la que Polonio le critica la "vil frase", II. ii. 115) y su miedo general de ser un novato en el amor muy por debajo de Hiperión o del sátiro. Y la reaparición del Fantasma en forma muy diferente durante la escena del camerino confirma la impresión de que Hamlet se siente meramente un niño travieso regañado por su padre, que ha venido a desviar su "turbio" propósito hacia "lágrimas" de arrepentimiento (III. iv. 130).

No cabe duda de que Hamlet aprende en el episodio de La ratonera. La agitación violenta, la manía se disipan y no vuelven a aparecer, lo que aparece a partir de ahí es su lucha contra la depresión y el inicio de un sentimiento de futilidad. (En la novela en ese momento surge la figura de la señora Forte encapsulando las cualidades

angustiosas de su madre en caricatura, e investigando a la vez la vulnerabilidad de Hamlet ante esa versión femenina de un Fantasma vengador.) Durante este largo periodo de letargo aprende de la depresión de Ofelia ("locura") y de su "muerte ahogada" (traducible a imágenes de embarazo). Aprende de sus propios "sueños", el del rescate del barco pirata (que cuenta a Horacio) y aprende a través del enterrador que (en presencia de Horacio) resucita otra versión más del Fantasma bajo la forma de la calavera de Yorick. En el enterrador descubre a un padre-actor capaz de despolvar pésimos "equívocos" y juegos de palabras, un padre más en contacto con su propia feminidad. También aprende un poco a través del calor que siente en su primer combate con Laertes (su salto a la tumba de Ofelia), forcejeando con el concepto de si Ofelia está "muerta" para él. Aprende un poco, pero no lo suficiente – siempre encuentra un modo de evitar el tener que enfrentarse realmente a su conocimiento e incorporarlo dentro de la estructura de su carácter (en esos momentos Horacio es más inefectivo que nunca). Cuando llegamos a su participación en el duelo que ha preparado el rey en el escenario, Hamlet ya ha abandonado la lucha por autorealizarse, y ha aceptado el papel que socialmente tiene predeterminado. De ahí viene la artificialidad de su apología pública en V. ii. 221ff: ya no trata de *expresarse a sí mismo* y ha empezado, como Claudius y todo el linaje de "reyes" (pilares de la sociedad) a hacer discursos cínicos – los que la sociedad requiere de él. Está ya en camino de convertirse en Fortinbrás.

Shakespeare nos dice que el resto de lo que se puede aprender de la historia de Hamlet lo tendremos que aprender a través de Horacio, porque Horacio "lleva en su corazón" a Hamlet (V. ii. 351), el espíritu de Hamlet vive aún en él. De modo que mientras que la "voz moribunda" de Hamlet está en Fortinbrás (V. ii. 361) en Horacio está la voz viva. Pero eso implica el tener que contar su propia historia de "juicios accidentales y asesinatos casuales", fracasos y equivocaciones. Y sólo después que haya sido por dos veces contado puede constituir una experiencia evolutiva.

Obras citadas

Bion, W. (1961) *Experiences in Groups*. London: Tavistock

Langer, S. (1953). *Feeling and Form*. London: Routledge.

Meltzer, D. (1978). *The Kleinian Development, Part III*. Strathclyde, Perthshire: Clunie Press.

Meltzer, D. & Harris Williams, M. (1988). *The Apprehension of Beauty*. Perthshire: Clunie Press.

INDICE DE SUEÑOS

(Las referencias principales aparecen en negrilla)

Sueños de Hamlet

Sueño de Batman **33**, 34-37, 38, 41, 46, 55, 61, 76, 79, 87, 180

Sueño de Lanzadera, **154-155**

Sueño de los bombones, **23-24**, 56

Sueño del fantasma, **26**, 30, 32- 34, 35- 37, 40, 42, 46, 52, 55, 65, 90, 93, 102, 119, 175, 176, 178- 182

Sueño de la tumba, **80-81**, 83, 87, 90, 91, 92, 93, 95, 107, 143, 146, 182

Sueño de la ratonera, 38, 54, 59, **64-66**, 74, 77, 79, 80, 83, 89, 90, 91, 99, 102, 156, 176, 180, 181

Sueño del museo, **56**, 105

Sueño de Próspero, **105-106**, 171

Sueño del submarino, **90**, 91, 100, 102,103

Sueño de la tempestad, **96**, 103, 106,174

Sueño de “ser o no ser”, **49**, 62, 86, 128

Sueño del cuento de invierno, **93-94**, 106, 158,174

Sueños de Horacio

Sueño de Gertrude, **161**

Sueño de Ofelia, **170-171**

Sueño de Ofelia

Sueño del ataúd de su madre, **137**